

HISTORIA



NATIONAL
GEOGRAPHIC

NÚMERO 79 • 3,50 €

SUMERIOS:
NACE LA
ESCRITURA

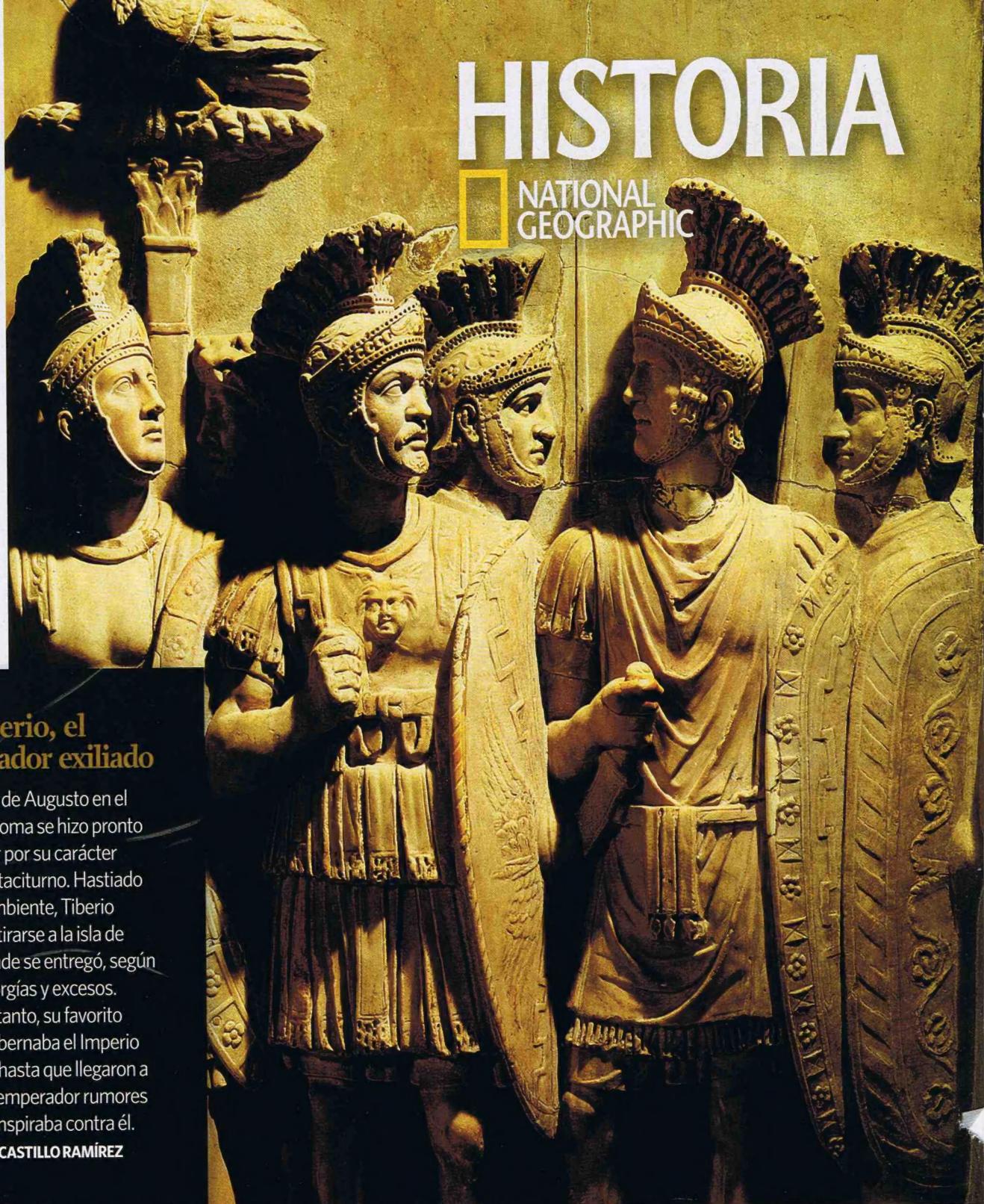
ENEMIGOS
DE EGIPTO
LA AMENAZA DE
HITITAS Y NUBIOS

TIBERIO
EL EMPERADOR
MAS CRUEL DE ROMA

LUCRECIA BORGIA
POLÍTICA E INTRIGA
EN EL RENACIMIENTO

SANTIAGO DE COMPOSTELA

La ciudad santa de la España medieval



54 Tiberio, el emperador exiliado

El sucesor de Augusto en el trono de Roma se hizo pronto impopular por su carácter retraído y taciturno. Hastiado por ese ambiente, Tiberio decidió retirarse a la isla de Capri, donde se entregó, según se dijo, a orgías y excesos. Mientras tanto, su favorito Sejano gobernaba el Imperio en Roma, hasta que llegaron a oídos del emperador rumores de que conspiraba contra él.

POR ELENA CASTILLO RAMÍREZ

NÚMERO 79

Reportajes

30 Los enemigos de Egipto

Con el brazo en alto y a punto de descargar su maza sobre nubios, libios o asiáticos, a los que sujeta por los cabellos: así representaron los artistas egipcios a sus faraones, garantes del orden frente al caos, en lucha constante contra sus enemigos. **POR MERCÈ GAYA MONTSERRAT**

40 Sumer: nace la escritura

Hace cinco mil años nació entre los ríos Tigris y Éufrates una técnica que cambiaría la historia de la humanidad: la escritura. Para los sumerios, aprender a leer y escribir se convirtió en una parte fundamental de la educación de sus hijos. **POR FELIP MASÓ FERRER**

64 Santiago, ciudad de peregrinos

El hallazgo del sepulcro del apóstol Santiago, en torno al año 830, atrajo enseguida oleadas de peregrinos de toda Europa. Así nació una nueva ciudad, Compostela, dominada por ambiciosos arzobispos que se trataban de igual a igual con grandes abades, reyes y papas. **POR JESÚS VILLANUEVA**

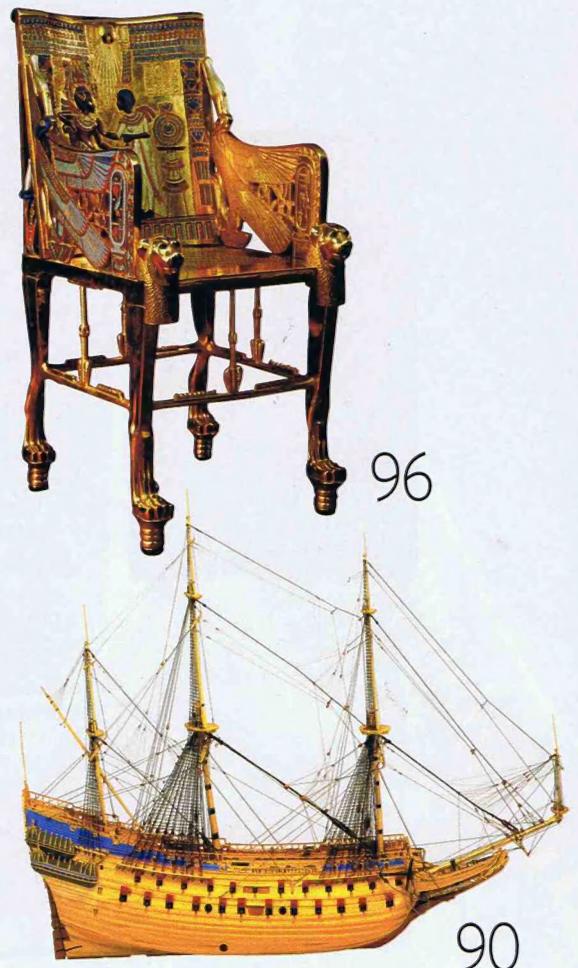
80 Lucrecia Borgia

La hija del papa Alejandro VI ha pasado a la historia como culpable de los peores crímenes. En realidad, Lucrecia fue una joven culta y refinada que, cuando aún era una adolescente, hubo de servir a los intereses políticos de su padre y de su hermano César. **POR JOSEP PALAU**





26



96



90



8



12



20

Secciones

8 ACTUALIDAD

12 PERSONAJE SINGULAR

Isabel II, una reina destronada

Proclamada reina mayor de edad con tan sólo trece años, sus torpezas políticas y escándalos amorosos provocaron una revolución que la expulsó del trono de España en 1868.

20 HECHO HISTÓRICO

Luis XIV contra los hugonotes

Tras años de tolerancia, en 1685 Luis XIV revocó el edicto de Nantes y puso a sus súbditos protestantes, los hugonotes, ante un dilema: convertirse a la fuerza al catolicismo o huir del país.

26 VIDA COTIDIANA

El café conquista Europa

Procedente de Arabia, el café llegó a Europa en el siglo XVII, donde enseguida surgieron locales especializados en los que, en torno a esta exótica bebida, se hablaba de política y de negocios.

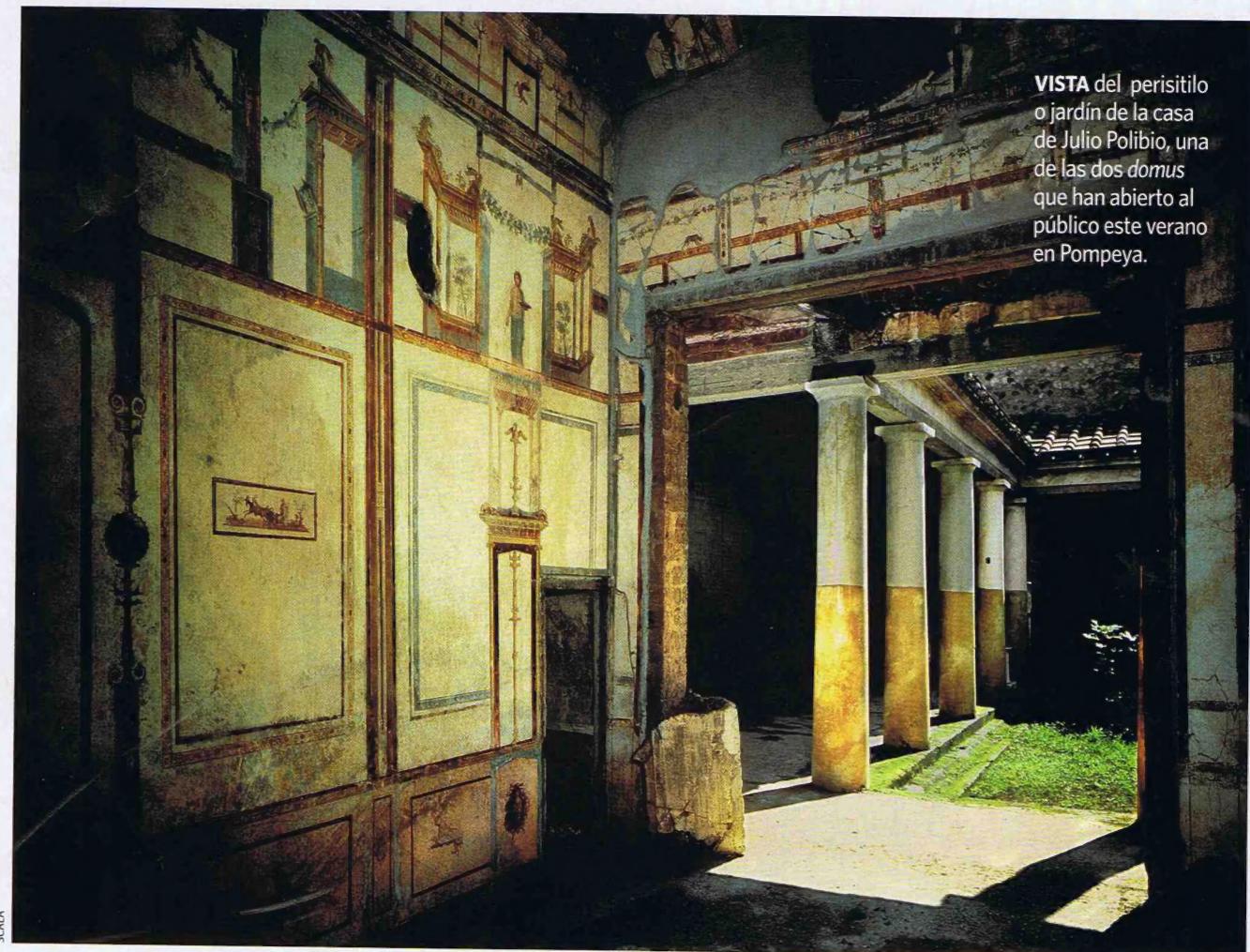
90 GRANDES DESCUBRIMIENTOS

El rescate del Vasa, el Titanic del siglo XVII

En 1628, el Vasa, orgullo de la armada sueca, se hundió en aguas del puerto de Estocolmo el mismo día de su botadura. En 1961, un ambicioso proyecto logró rescatarlo prácticamente intacto.

94 LIBROS

96 AGENDA



VISTA del peristilo o jardín de la casa de Julio Polibio, una de las dos *domus* que han abierto al público este verano en Pompeya.

SCALA

Antigua Roma

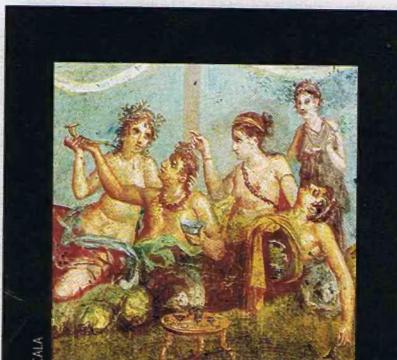
Abiertas al público dos casas de Pompeya

Dos *domus* del yacimiento arqueológico han sido adecuadas para recibir a los visitantes de un modo didáctico e interactivo

Desde el 1 de junio, los numerosos visitantes que acuden a Pompeya, la ciudad romana sepultada por la erupción del Vesubio en el año 79 d.C., podrán realizar una visita multimedia a la *domus* de Julio Polibio y recorrer la casa-panadería de los Castos Amantes, hasta ahora no incluida en las visitas guiadas del yacimiento. La iniciativa ha sido promovida por Marcello Fiori, comisario delegado para la emergencia de la zona arqueológica de Nápoles y Pompeya.

Un viaje al pasado

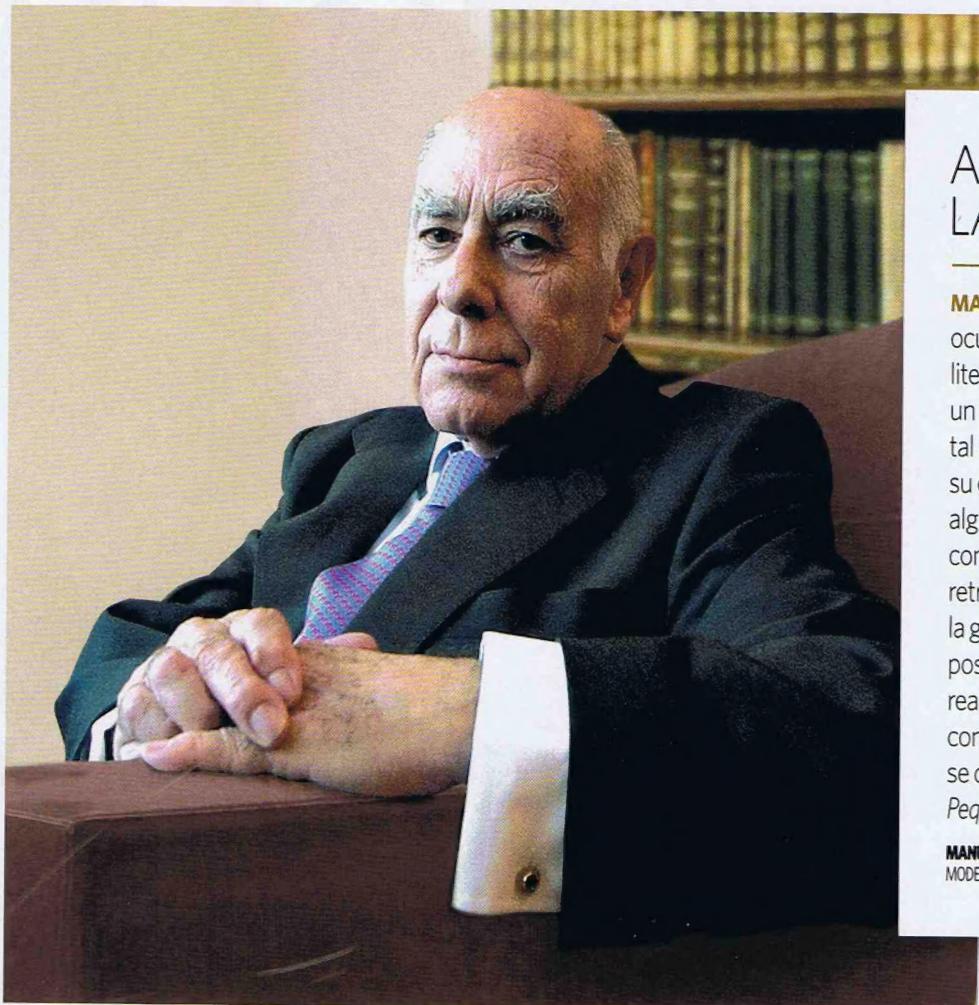
La *domus* de Julio Polibio, un rico liberto de origen griego, tiene una superficie de 900 metros cuadrados y cuenta con dos entradas que dan a la populosa vía de la



LA CASA de los Castos Amantes reúne una de las colecciones de frescos sobre banquetes más espléndidas de Pompeya. Arriba, uno de los frescos hallados en el comedor muestra a dos hombres abandonados a la bebida mientras unas cortesanas los entretienen.

Abundancia. La visita didáctica, que tiene una duración de una hora, se ha definido como «multisensorial», ya que el propietario, representado en forma de holograma (imagen tridimensional realizada a partir de uno de los cuerpos hallados en la *domus*), recibe a los visitantes y los acompaña por las dependencias de la vivienda, hasta que al final los saluda otro holograma de una joven embarazada (cuyo cuerpo también fue descubierto aquí). Una magnífica instalación de sonido reproduce los ruidos de la calle, los sonidos de la vajilla y el fuego en la cocina, los trinos de los pájaros y el ulular del viento entre los árboles en el jardín... Un vídeo en 3D muestra la restauración digital de los frescos y la reconstrucción virtual de la *domus*, además de una animación de la erupción y su impacto sobre la casa, donde se hallaron los cuerpos de toda la familia de Polibio.

Asimismo, en la visita a la casa-panadería de los Castos Amantes se ve a los arqueólogos en pleno trabajo. A través de pasarelas suspendidas puede contemplarse el horno de la panadería, los establos con esqueletos de mulas, el reconstruido jardín, y mosaicos y bellos frescos con escenas de banquetes. ■



EFE

AMANTE DE LA LITERATURA

MANEL FERNÁNDEZ Álvarez nunca ocultó su frustrada vocación literaria, que le llevó a trasladar un tono novelesco a sus obras; tal vez en eso radicó el secreto de su éxito comercial. Así pues, hizo alguna incursión en lo literario con su trilogía *Dies Irae*, en la que retrató los duros tiempos de la guerra civil española y de la posguerra a través de personajes reales que él mismo había conocido. El historiador también se dirigió al público juvenil con su *Pequeña historia de España*.

MANUEL FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, RECONOCIDO HISTORIADOR MODERNISTA, ASESOR DE HISTORIA NATIONAL GEOGRAPHIC

España moderna

Adiós a don Manuel Fernández Álvarez

Especialista en los siglos XVI y XVII, el prestigioso historiador fue asesor de la revista *Historia National Geographic*

El pasado mes de junio falleció en Salamanca el conocido historiador Manuel Fernández Álvarez a los 88 años. Don Manuel, que fue durante años asesor de la revista *Historia National Geographic*, era, asimismo, catedrático emérito de Historia Moderna por la Universidad de Salamanca y miembro de la Real Academia de la Historia, y recibió, además, el premio Nacional de Historia en el año 1985 por su obra *La sociedad española en el Siglo de Oro*.

Su capacidad para contar los hechos históricos de un modo ameno le hizo lograr un gran éxito entre el público en general, y sus biografías sobre Felipe II, Carlos V, Juana la Loca, el duque de Alba y Jovellanos se convirtieron en best-

sellers. Consideraba que la divulgación es la principal obligación de un historiador para con la sociedad, pero que ésta no debe estar reñida con el rigor.

Gran conocedor de los siglos XVI y XVII, y especialista en particular del reinado de Carlos V, abordó también una ambiciosa obra sobre el autor del *Quijote* que lleva por título *Cervantes visto por un historiador*, en la que traslada al lector a los escenarios de la novela. En su dilatada carrera, Manuel Fernández Álvarez ha sido autor de casi cuarenta obras, y en su último libro, que fue publicado pocos días antes de su muerte, *España: biografía de una nación*, abordó por primera vez un proyecto tan ambicioso como hacer un recorrido por toda la historia de España. ■



EL EMPERADOR Carlos V acaparó buena parte de la obra de Manuel Fernández Álvarez. Entre 1973 y 1981 publicó *Corpus documental de Carlos V*, una obra en cinco volúmenes considerada la máxima aportación al conocimiento de la época del emperador. Y en *Carlos V, el César y el hombre*, publicada en 1999, el autor aborda con un tono narrativo la personalidad del hombre más poderoso de Europa.

EL EMPERADOR CARLOS V EN LA BATALLA DE MUHLBERG. DETALLE. ÓLEO POR TIZIANO. 1548. MUSEO DEL PRADO, MADRID.

ISABEL II, entre los amantes y las revoluciones

Sus torpezas políticas y sus escándalos amorosos causaron la revolución de 1868, que la expulsó del trono de España

Cuando nació María Isabel Luisa, como se llamó a la primogénita del rey Fernando VII y su cuarta esposa, María Cristina, la situación política de España no podía estar más revuelta. Corría el año 1830 y, con el real alumbramiento, la sucesión al trono español quedaba asegurada. Por una mujer, no obstante. Un nuevo embarazo de la reina tranquilizó a los que consideraban que la estabilidad política del país estaría garantizada si llegaba el deseado heredero varón. Pero a otro feliz parto le siguió una nueva decepción: era una niña. La situación era grave, ya que hacía más de un siglo, en 1713, Felipe V había hecho proclamar la ley Sálica, que negaba la corona a las mujeres. Y aunque Carlos III había revocado esta ley, no se había publicado la pragmática necesaria. De hacerlo se ocupó el propio Fernando VII, al ser consciente de los problemas que podía provocar el asunto de la sucesión a su muerte.

Pero el hermano del rey, Carlos María Isidro, no reconoció la legitimidad de esta acción e insistió en considerarse heredero de la corona en lugar de cualquiera de las dos princesas. En septiembre de 1832, él y sus partidarios aprovecharon que el rey estaba gravemente enfermo en el palacio segoviano de La Granja para hacerle firmar un documento que restablecía la ley Sálica.

El poder de la reina madre

María Cristina, la madre de Isabel, no cejó en su defensa de los derechos de su hija a la corona, y cuando el rey se recuperó logró que volviese a anular la ley Sálica. Así, en junio de 1833, mientras don Carlos se hallaba en Portugal, Isabel fue jurada como princesa de Asturias (esto es, como heredera del trono), y el 29 de septiembre, a la muerte del rey, era proclamada reina de España.

Durante los años siguientes, el gobierno estuvo en manos de María Cristina. La reina regente no tardó en volver

Del trono español al exilio francés

ORONZO / ALBUM

1830

El 10 de octubre nace María Isabel Luisa, la futura Isabel II, hija de Fernando VII y su cuarta esposa, María Cristina de Borbón-Dos Sicilias.

1843

Tras las regencias de su madre y del general Espartero, Isabel II es declarada mayor de edad y asume el gobierno con 13 años recién cumplidos.

1854

El general O'Donnell dirige el golpe militar que abre el bienio progresista, un breve paréntesis en un reinado dominado por el liberalismo moderado.

1868

Estalla la Gloriosa, una revolución liderada por el general Prim que aparta a Isabel II del trono. La reina se exilia en París, donde residirá hasta su muerte.



LA REINA Isabel II retratada por Federico Madrazo, poco después de su matrimonio, celebrado en el año 1846. Colección del Ministerio de Hacienda, Madrid.

ORONoz / ALBUM

MUY JOVEN E INEXPERTA

LOS ERRORES de Isabel II se explican por la mala educación que recibió y las presiones a las que se vio expuesta como reina adolescente. Ya anciana, decía al novelista Pérez Galdós: «Éste me aconsejaba una cosa, aquél otra, y luego venía un tercero que me decía: ni aquello ni esto debes hacer, sino lo de más allá... Pónganse ustedes en mi caso. Diecinueve años y metida en un laberinto, por el cual tenía que andar palpando las paredes».

a casarse. El afortunado fue Fernando Muñoz, un apuesto guardia de Corps de la reina, al que hizo duque de Riánsares. De su nuevo matrimonio, María Cristina tuvo nada menos que ocho hijos, de los cuales cinco fueron varones. De ahí una coplilla popular que decía: «Lloraban los liberales que la reina no paría y parió más muñoces que liberales había». Pero María Cristina, acusada de excesivo conservadurismo por los liberales progresistas, fue empujada a renunciar a la regencia en 1840 y marchar a Francia con los hijos habidos con Fernando Muñoz. En España se quedaron Isabel y su hermana menor, la infanta Luisa Fernanda, mientras asumía la regencia el general Baldomero Espartero, quien, a causa de sus ideas liberales, era el santo político del momento.

En ese tiempo, la vida de Isabel estuvo llena de sobresaltos. En 1841 estalló un levantamiento militar contra Espartero encabezado por los generales Manuel de la Concha y Diego de León, que pretendían restaurar la regencia de María Cristina. Al frente del regimiento de Infantería de la Princesa asaltaron el palacio Real para raptar a Isabel, de once años. Las tropas alcanzaron la escalera interior, pero allí se encontraron con la resistencia de diecisiete alabarderos, capitaneados por el general Dulce. Diego de León ordenó el alto el fuego al considerar que no debían sonar disparos donde se hallaba la reina. Dulce, por su parte, ordenó a sus hombres

PALACIO DE ARANJUEZ. Los sucesivos monarcas de la casa de Borbón embellecieron esta residencia real; Isabel II ordenó construir un magnífico jardín.



AGE/FOTOSTOCK

que trajeron de la cocina todos los sacos de garbanzos que pudiesen cargar y los tirasen por la escalera. El efecto no se hizo esperar: los asaltantes no pudieron seguir avanzando y se vieron vencidos por unas sencillas legumbres. El acto tuvo consecuencias funestas para Diego de León, que murió fusilado. Espartero, tachado de inflexible por este y otros actos, perdió el favor popular y un

golpe del ejército lo obligó a exiliarse. Tras la marcha del regente las Cortes declararon la mayoría de edad de la reina, el 8 de noviembre de 1843, cuando Isabel acababa de cumplir 13 años.

La reina niña

La declaración de mayoría de edad puso freno durante un tiempo a la lucha política, pero al mismo tiempo planteó un

problema urgente: el de casar a la joven soberana. Las potencias extranjeras, deseosas de garantizarse una alianza, postularon candidatos que resultaran manejables. El elegido fue Francisco de Asís, primo de Isabel. Al comunicar a la joven la decisión, ésta se opuso horroizada, exclamando: «¡Antes de casarme con Paquita abdicaré o me pegaré un tiro!». Hacía referencia al afeminamiento de que hacía gala el que sería su esposo, hecho que era de dominio público y al que aludían numerosas coplas, como ésta: «Paquito natillas es de pasta flora y orina en cucillitas como una señora» (en realidad, esta última circunstancia se debía a la hipospadía, enfermedad que padecía Francisco).

El caso es que el matrimonio, al que la reina llegó con 16 años, no fue feliz e Isabel llegó a decir que odiaba a su marido. La soberana tuvo diez hijos, fruto de su relación con una larga serie de amantes, entre los que figuraban aristócratas, políticos,

EL CONSORTE RECHAZADO

LA POLÍTICA llevó a concertar el matrimonio de Isabel II con su primo Francisco de Asís, ya que el rey consorte debía ser noble, pero no tener opción a heredar otro trono europeo. El matrimonio fue un desastre y, ya en el exilio, se separaron (Francisco, carlista, había conspirado contra su esposa, e incluso llegó a chantajearla con lo que sabía de sus amantes).



FRANCISCO DE ASÍS DE BORBÓN. BUSTO. MUSEO DEL EJÉRCITO, MADRID.



Carlos María Isidro, tío de Isabel II, nunca aceptó la legitimidad de su sobrina y siempre se consideró el auténtico heredero al trono de España

CARLOS MARÍA ISIDRO DE BORBÓN, TÍO DE ISABEL II. ÓLEO POR VICENTE LÓPEZ. SIGLO XIX. MUSEO LAZARO GALDIANO, MADRID.



ISABEL II jura la Constitución de 1837 ante las Cortes el 10 de noviembre de 1843. Óleo por José Castelaro. Museo de Historia, Madrid.

intelectuales y militares (entre éstos se contaba Francisco Serrano, al parecer su primer amante, apodado por la propia reina «el general bonito»), aunque quizás alguno sea del mismo rey consorte. Una anécdota relata que un día, enfadada, la madre de Isabel II dijo a su yerno: «No mereces compartir el lecho ni el amor de mi hija», a lo que él respondió: «Quédate tranquila, mamá; no comparto ni lo uno ni lo otro».

Un reinado convulso

La verdad es que Isabel II no tuvo un reinado fácil. La inestabilidad política fue una constante, al igual que la corrupción. Fue un período de transición en el que la monarquía cedía poder político al parlamento y en el que los pocos cambios que se daban en la escena política llegaban de la mano de pronunciamientos militares. La personalidad de la reina, poco apta para las tareas de gobierno, no contribuyó tampoco a serene el ambiente. Pérez Galdós la des-

cribía como una mujer de alma ingenua e inmensa ternura, indolente, proclive a la piedad y al perdón, a la caridad, pero también incapaz de tomar ninguna resolución tenaz y vigorosa. Se dejó influir por un pequeño círculo de allegados —la llamada «camarilla»— de ideas reaccionarias y que la indujeron a tomar decisiones a menudo intempestivas, incluso ridículas.

Un ejemplo fue la destitución repentina del general Narváez, liberal moderado y el ministro más capacitado del período, en 1849, por haber hablado despectivamente de ella. Isabel nombró en su lugar a un reaccionario sin ninguna experiencia de gobierno, el conde de

Clonard, pero la hostilidad de la opinión pública y el boicot de las autoridades civiles hizo que sólo se mantuviera en el poder un día; fue el «ministerio relámpago», el más corto de la historia de España. La reina tuvo que tragarse su orgullo y llamar de nuevo a Narváez.

Isabel hubo de enfrentarse también a revoluciones propiamente dichas, como la Vicalvarada de 1854, un pronunciamiento dirigido por el general O'Donnell, un liberal progresista que quebró la hegemonía de los moderados. Los vaivenes políticos desestimaron cada vez más a la monarquía ante la opinión pública, como se pudo comprobar en 1865.

Tras el fracaso de la Primera República, Alfonso XII, hijo de Isabel II, fue proclamado rey

ALFONSO XII, HIJO Y SUCESOR DE ISABEL II, EN UNA MONEDA ACUÑADA EN 1877. MNAE, BARCELONA.



EL DIFÍCIL SUSTITUTO DE ISABEL

En 1868, quienes expulsaron a Isabel II del trono declararon: «Queremos vivir la vida de la honra y la libertad». La dinastía borbónica quedó identificada con las intrigas de palacio, la corrupción y el espíritu reaccionario. Pero no se abolió la monarquía, sino que, bajo la dirección del general Prim, se buscó por toda Europa un rey de una dinastía diferente, que aceptara los principios democráticos que inspiraron la revolución de 1868.

CARICATURA
APARECIDA EN 1869
EN LA REVISTA
SATÍRICA LA FLACA.



PRISMA

1 El hijo de la reina.

Algunos pedían el retorno de los Borbones con el infante Alfonso, a quien su madre, Isabel II (a su lado), había cedido sus derechos. Pero Prim dijo: «Jamás, jamás, jamás».

2 El pretendiente carlista.

Cuando se expulsó a Isabel, Carlos María de Borbón reclamó el trono de España en nombre del partido carlista. En 1872 se alzó en armas en el norte.

3 El duque de Montpensier.

Marido de la hermana de Isabel, apoyó la revolución de 1868 esperando que lo eligieran rey. Pero no despertaba simpatías y fue rechazado.

4 El candidato portugués.

Fernando de Coburgo, antiguo rey consorte de Portugal, recibió una oferta firme, pero la rechazó por temor a que favoreciera la unión entre España y su país.

5 El embajador.

Salustiano Olózaga dirigió desde París la búsqueda de candidatos. Al final, el general Prim hizo elegir a un italiano, Amadeo de Saboya, que sólo reinó dos años.

Para hacer frente al déficit del Estado, ese año se decidió poner a la venta una serie de bienes del Patrimonio Real; el 75 por ciento de los ingresos sería para el Estado, mientras que la soberana se quedaría con el 25 por ciento restante. Isabel estaba convencida de que era un gesto de generosidad por su parte, pero Emilio Castelar, un joven profesor universitario, publicó un artículo en el que recordaba que los bienes vendidos no eran de la reina, sino del Estado, y que el 25 por ciento suponía un beneficio personal injustificado. El gobierno presionó para que Castelar fuera expulsado de su cátedra y la consiguiente manifestación de estudiantes en protesta fue reprimida con sangre, en la llamada Noche de San Daniel.

Las muertes de O'Donnell (1867) y de Narváez (en abril de 1868) dejaron a Isabel totalmente en manos de los políticos reaccionarios. Su suerte personal quedó ligada a la política de represión de su ministro González Bravo. Por fin, en

septiembre de 1868 estalló una revolución diferente a otras que la reina había visto: la «Gloriosa». Los diversos grupos liberales, dirigidos por generales que habían sufrido persecución y desafío, organizaron una conspiración que tenía como objetivo no ya un cambio de gobierno, sino la expulsión de la dinastía borbónica de España.

La gloria, para los niños

Isabel estaba en San Sebastián cuando le llegaron las noticias de la insurrección, y enseguida comprendió que su reinado había terminado. Su amigo el marqués de Alcañices intentó convencerla para que no huyese, diciendo: «Señora: ¿va a renunciar al laurel de la gloria?». La reina, sin dudarlo, le respondió: «Mira, Alcañices, la gloria para los niños y el laurel para la pepitoria».

Exiliada en París, la soberana fue testigo del reinado de Amadeo I (el príncipe saboyano al que los revolucionarios de 1868 ofrecieron la corona), de la

Primera República y del retorno de su hijo Alfonso, en quien abdicó y a quien sobrevivió (Alfonso XII murió en 1885). También asistió al comienzo del reinado de su nieto, Alfonso XIII, y de la regencia ejercida por su nuera, María Cristina de Habsburgo, con la que mantuvo frecuentes altercados. Un día, ésta le advirtió: «Aquí yo soy la reina; lo que tú fuiste una vez». Isabel contestó: «Estás equivocada. Mi nombre en la historia irá acompañado por un número mientras tú no eres más que la viuda del rey». La reina falleció en el exilio el 9 de marzo de 1904, a consecuencia de una gripe, olvidada incluso por quienes más la habían atacado. ■

MARÍA FÁTIMA DE LA FUENTE DEL MORAL
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE (MADRID)

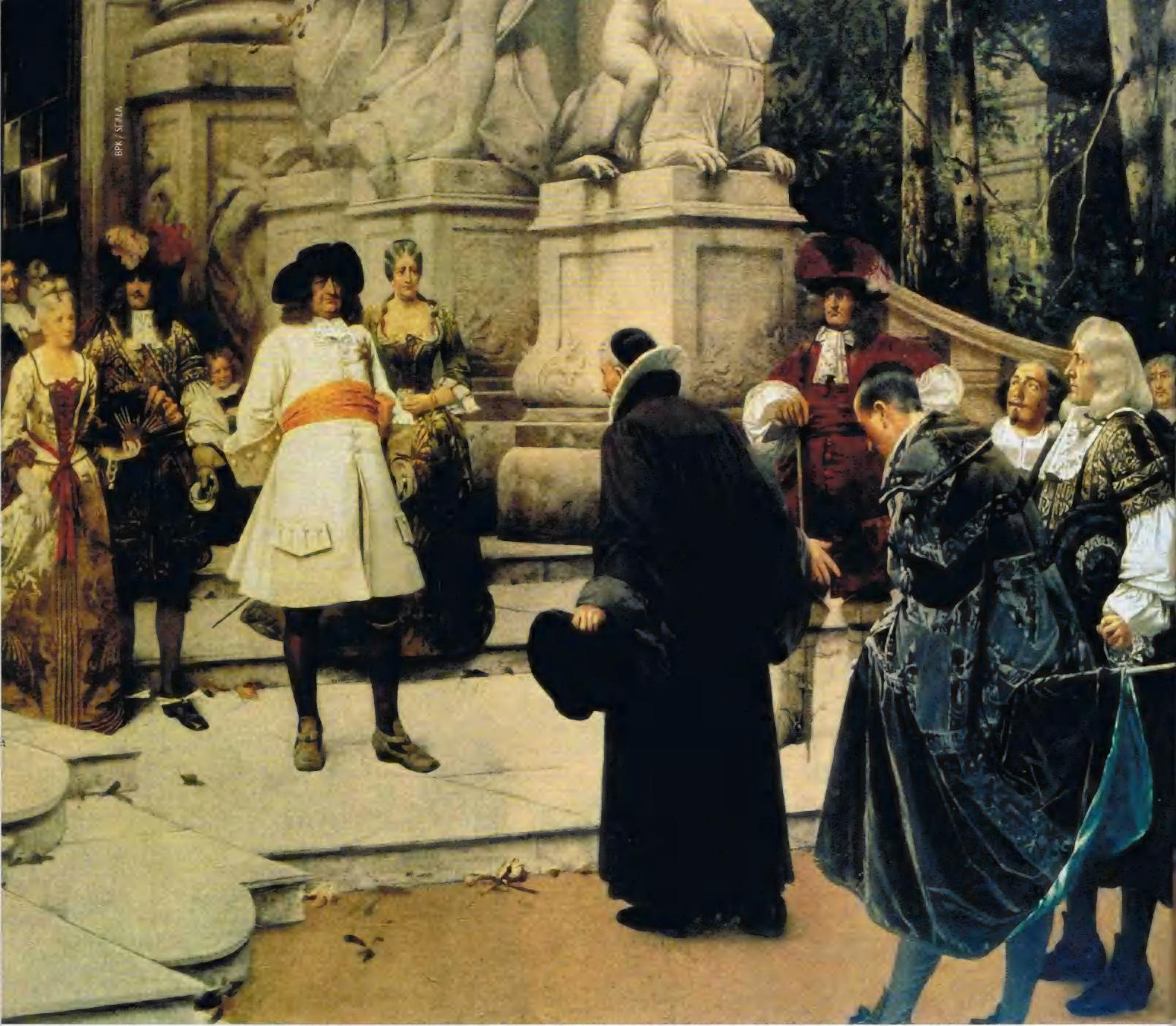
Para
saber
más

ENSAYO Isabel II

Isabel Burdiel, Espasa, Madrid, 2004.

NOVELA

Episodios nacionales. Cuarta serie
Benito Pérez Galdós, Destino, 2009.



Acaba la tolerancia: Luis XIV proscribe a los hugonotes

En 1685 Luis XIV decidió revocar el edicto de Nantes, que protegía a los protestantes de su reino, los hugonotes; éstos, acosados brutalmente por las tropas reales, emigraron en masa

Desde que asumió el gobierno de Francia, Luis XIV siguió una máxima: «una fe, una ley, un rey». Como monarca no admitiría que ningún vasallo desafiará su poder; su ley sería la única válida; y su religión, la católica, debía ser también la de todos los franceses sin excepción. Esto último, sin embargo, chocaba con la presencia en Francia, desde hacía más de un siglo, de una importante comunidad cristiana no

católica: los protestantes calvinistas, o hugonotes, que se habían desarrollado enormemente desde mediados del siglo XVI. En tiempos de Luis XIV representaban en torno a una décima parte de la población, y además gozaban de un estatuto legal especial, una serie de garantías que Enrique IV les había otorgado en 1598 mediante el edicto de Nantes.

Luis XIV estaba decidido a cambiar esta situación por cualquier medio. Primero recurrió a «incentivos». En 1676

creó una «caja de conversiones» para repartir pensiones y premios entre los hugonotes que se convirtieran al catolicismo. En 1679 se prohibió a los protestantes reunir sus sínodos sin autorización real. En 1680, un decreto prohibió a los católicos convertirse al protestantismo. También se excluyó a los hugonotes del ejército y de otros puestos oficiales. Se estrechaba así el cerco sobre la minoría hugonote, pero ésta seguía resistiendo. Hasta que en 1681



HUGONOTES emigrados de Francia son acogidos por el príncipe elector de Prusia en Potsdam. Óleo por Hugo Vogel.



ALBUM

UNA MINORÍA ACOSADA

Antes de que el protestantismo fuera proscrito de Francia en 1685, los hugonotes sufrieron una persecución implacable por parte de Luis XIV, que pretendía humillarlos y marginarlos para forzar su conversión. En los hospitales, los sacerdotes protestantes que atendían a los

enfermos de su fe debían cantar los salmos en voz baja, para que no los oyieran los demás. A las **BODAS** no podían asistir más de doce personas, y a los entierros no más de treinta. Asimismo, se introdujeron cláusulas de **CATOLICIDAD** para excluir a los hugonotes de los cargos

en el ejército y la administración. En 1682, el rey **AMENAZABA** ya a los hugonotes con algo peor: «Debéis esperar sufrimientos incomparablemente más espantosos y funestos que los que os habéis atraído hasta ahora con vuestra revuelta y vuestro cisma».

René de Marillac, intendente de la región de Poitou, probó un nuevo método para obtener la conversión forzada de los hugonotes de su circunscripción.

Las dragonadas

Existía una ley que obligaba a los ciudadanos a alojar a las tropas de paso por un determinado territorio, y Marillac, con la autorización del secretario de guerra Louvois, decidió utilizarla contra los hugonotes. El intendente y sus oficiales fueron reuniéndose con los notables protestantes de cada población para instarles a convertirse, prometiéndoles ventajas fiscales u otras si lo hacían. A los que se negaban, se les amenazaba con hospedar las tropas en sus casas. Era una amenaza temible, porque, una vez instalados en un domicilio, los soldados consumían los bienes de toda la familia hasta arruinarla, obligando incluso a la venta del patrimonio para subvenir a los gastos de las fiestas de la soldadesca. Un

soldado lo recordaba así más tarde: «Envíábamos diez, doce o quince dragones a una casa, que vivían por todo lo alto hasta que todos los de la casa se hubieran convertido. Luego nos íbamos a otra casa, y en todas partes era la misma bococa». Los soldados empleados eran en su mayoría los llamados «dragones», por lo que sus acciones, que también incluían intimidación y torturas, recibieron el nombre de «dragonadas».

El método resultó ser plenamente eficaz: Marillac obtuvo en pocos meses 38.000 conversiones forzadas en el Poitou. La experiencia se repitió con éxito en Béarn (1682) y el Delfinado (1683).

En 1685 las dragonadas se extendieron por todo el sur de la Francia protestante: de nuevo en Béarn, por Montauban y por la región de Toulouse. A finales de agosto se produjeron conversiones masivas y forzadas en Burdeos, La Rochela, Poitiers, Marsella, Loudun y Ruán.

Sin embargo, estas conversiones masivas no solucionaban el problema. Las exenciones de impuestos prometidas a los conversos eran muy gravosas para el Estado y suponían un agravio comparativo con los buenos y viejos católicos; además, muchos protestantes se resistían a convertirse.

«Los hugonotes no sois más que tolerados», dijo Luis XIV antes de proscribirlos de Francia

LUIS XIV DE FRANCIA. BUSTO POR GIAN LORENZO BERNINI. VERSALLES.



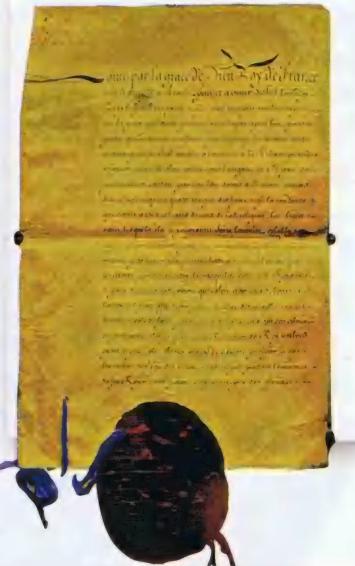


CASTILLO DE SAUMUR. Esta localidad del Loira fue un baluarte de los hugonotes antes de la revocación del edicto de Nantes en 1685.

LUCA DA ROS / FOTOTECA 9 X 12

EXTRANJEROS EN SU PAÍS

LUIS XIV DECÍA, hacia 1680, que los hugonotes sólo eran «tolerados», esto es, que gozaban de un permiso temporal para vivir en un país católico. En efecto, el edicto de Nantes (revocado por el edicto de Fontainebleau, abajo) no había establecido un régimen de «tolerancia»: sólo fue un remedio para terminar con las guerras de religión del siglo XVI.



invocando el edicto de Nantes. Por ello, los consejeros de Luis XIV convencieron al rey de que no quedaba otro remedio que anular ese edicto y prohibir totalmente la práctica del protestantismo en el interior de la monarquía.

Los hugonotes, fuera de la ley

El 17 de octubre de 1685 Luis XIV firmó el edicto de Fontainebleau, por el que se revocaba el edicto de Nantes de 1598. En él se prohibían el culto público de la religión protestante y las reuniones públicas; se imponía el exilio antes de quince días a los pastores que no quisieran convertirse; se prohibían las escuelas particulares para la instrucción de los niños en la religión protestante, y se ordenaba el bautizo católico de todos los hijos de protestantes y su educación en la religión católica. Los protestantes que hubieran huido con anterioridad tenían un plazo de cuatro meses para volver a Francia y convertirse y recuperar la propiedad de sus bienes; en

caso contrario, como pasaría con todos aquellos que huyeran después del edicto, perderían sus propiedades.

El edicto de 1685 dio inicio a una oleada general de persecución y hostigamiento de los antiguos protestantes, cuya vida se hizo particularmente dura. El mayor Le Clair, intendente de la policía de París, anotó en su cuaderno de notas: «Es fácil reconocer a un hugonote por su aspecto, puesto que, a causa de la aflicción en que viven, tienen la tez pálida y plomiza, y los ojos rojos a fuerza de llorar». Los hugonotes eran controlados para ver si asistían a misa, o si los niños acudían al catecismo, y sus reuniones eran vigiladas por curas, médicos y apotecarios.

Los niños plantearon un problema especial. Ya en 1669 se había rebajado la edad del libre discernimiento a catorce años en los niños y a doce en las niñas, y con la revocación del edicto de Nantes se rebajó de nuevo, en esta ocasión a siete años. Ello significaba que, con el

CATÓLICOS A PUNTA DE PISTOLA

Las dragonadas dejaron un recuerdo siniestro en el mundo protestante. Se llamaron así por los dragones, soldados que se alojaban a cuerpo de rey en las casas de los hugonotes y se quedaban allí hasta que lo habían consumido todo o la familia aceptaba convertirse al catolicismo. Para lograr este objetivo no dudaban en recurrir al maltrato, incluidas las violaciones y la tortura. Un panfleto protestante relata el caso de una mujer a la que ataron a la cama; junto a ella pusieron a su hijo recién nacido, al que dejaron sin comer hasta que sus lloros lograran la conversión de su madre.



① Soldado del rey

El dragón real, calificado de «misionero con botas», apunta con un fusil rematado en una cruz al hugonote al que quiere convertir.

② Acta de abjuración

Los hugonotes debían firmar un acta para abjurarse de «la herejía de Calvin» y hacer profesión de «fe católica, apostólica y romana».

③ Hugonote converso

La mayoría de protestantes sentían gran repugnancia a traicionar su fe, pero hubieron de aceptar que «la fuerza vence a la razón».

pretexto de educar a los pequeños en la fe católica, se los podía arrebatar a sus padres, encerrarlos en colegios o conventos o entregarlos a católicos seguros (a quienes los padres debían pagar una pensión). Se crearon las casas de Propagación de la Fe, que acogieron a muchos de estos niños separados a la fuerza de sus padres. Estos raptos de niños duraron hasta mediados del siglo XVIII.

Camino del exilio

En un primer momento, los hugonotes se convirtieron en masa; localidades enteras cambiaron de religión en 24 horas, bajo la presión de las tropas reales. Naturalmente, no eran conversiones sinceras, y muchos hugonotes se arrepintieron enseguida y sintieron la necesidad de practicar su religión, aunque fuera en secreto. Como los pastores se habían exiliado y todos los templos habían sido clausurados, a partir de 1686 los protestantes empezaron a organizar reuniones en lugares montañosos, ale-

jados de pueblos y ciudades. Fueron las llamadas Asambleas del Desierto, que se celebraron durante décadas. Si eran sorprendidos se exponían a que los procesaran como relapsos y los condenaran a prisión o a galeras, incluso a muerte.

La otra respuesta de los hugonotes fue la fuga al extranjero. Entre 1685 y 1687 el poder consideró el exilio como un final deseable, puesto que permitía liberar el rebaño de las malas ovejas. Por ello, hizo la vista gorda. Pero la emigración masiva suponía un perjuicio económico considerable, y pronto se aplicaron prohibiciones estrictas: los hombres que fueran sorprendidos intentando fugarse de Francia podían ser condenados a galeras, además de la confiscación de los bienes; las mujeres, por su parte, eran deportadas a las colonias francesas en América. La huida estaba expuesta a numerosos riesgos. Muchas veces eran los campesinos de las zonas fronterizas los que retenían y denunciaban a los huidos, con un celo superior

al de las tropas. Otras veces eran los guías que ejercían de pasadores, los que entregaban a las autoridades a aquellos que habían confiado en ellos.

Aun así, entre 200.000 y 250.000 hugonotes huyeron al extranjero, a países protestantes como Inglaterra, Suiza, Países Bajos, Prusia e incluso a América. Eran gentes industriosas, y muchos prosperaron rápidamente. Francia había perdido una minoría importante y, sobre todo, había perdido una ocasión de convivencia y de pluralidad. Los protestantes que permanecieron en el país deberían esperar más de cien años para recuperar sus derechos de ciudadanía. ■

JOAN TAFALLA
UNIVERSIDAD DE BARCELONA

Para
saber
más

ENSAYO
Luis XIV David L. Smith, Akal, 1994.

NOVELA
Los refugiados Arthur Conan Doyle. Valdemar, 2009.

INTERNET
www.musee protestant.org

El café conquista Europa: la bebida de la libertad

En el siglo XVIII, las capitales europeas se llenaron de locales donde, en torno a un café, se hablaba de negocios y de política

El café proviene de Yemen, en Arabia, y Moka fue durante siglos el principal puerto de salida de estos codiciados granos. Los musulmanes adoptaron con gusto una bebida que, sin ser alcohólica (el Corán prohíbe consumir alcohol), encierra virtudes estimulantes y psicotónicas. De hecho, el término árabe *qahwah*, del que deriva café (a través del turco *kahve*), significa «vigorizante».

Fue también en Oriente donde surgieron los primeros establecimientos especiales para consumir café. Desde el siglo XVI, en Constantinopla, Medina, La Meca, El Cairo, Damasco o Bagdad se abrieron salones a los que los hombres acudían en masa para saborear este brebaje oscuro mientras charlaban de sus asuntos. Un viajero italiano en Egipto, Prospero Alpino, relataba en 1592 que «los turcos tienen un brebaje negro... y no se ven asambleas entre ellos en las que no se beba».

Fueron precisamente esos viajeros, diplomáticos o comerciantes que se adentraron en el Imperio otomano, los que trajeron de vuelta a Europa el gusto por aquella exótica bebida y, también, quienes introdujeron la costumbre de tomarla en lugares especiales.

Coffee houses de mala fama

Hacia 1640, arribaron los primeros sacos de café a los puertos europeos y de ahí el comercio se extendió a las islas Británicas gracias al comerciante Daniel Edwards. Poco después, Pasqua Rosée –ayudante de Edwards– abrió la primera coffee house en Londres, en 1652. Su buena acogida contribuyó a la rápida multiplicación de unos comercios que ofrecían un «néctar al Bien común», según palabras de un poeta de entonces. Eran años de revolución en Inglaterra y muchos de los nuevos cafés se convirtieron enseguida en clubes políticos; en el café de La Rota se debatían

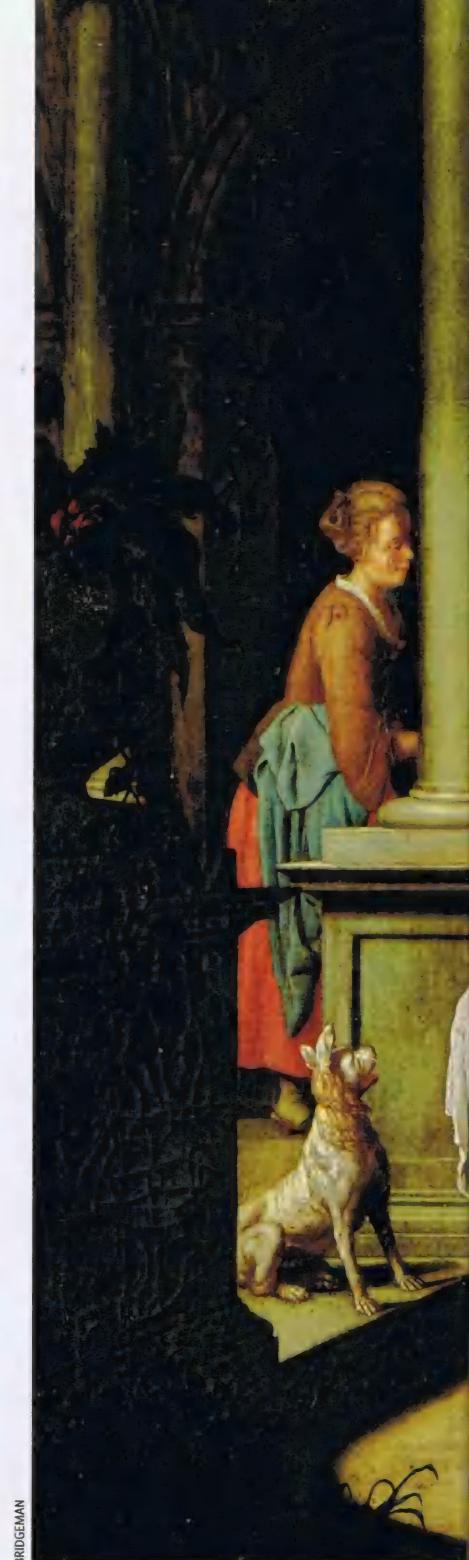
tian opiniones republicanas, mientras que los clérigos se citaban en los cafés cercanos a la catedral de San Pablo. Para acceder a esos cafés no era necesario ser rico o noble; sólo existían dos condiciones: pagar un penique e ir convenientemente vestido. En su interior, los clientes, todos varones, se dedicaban a fumar, degustar café, conversar o leer los distintos panfletos y gacetas.

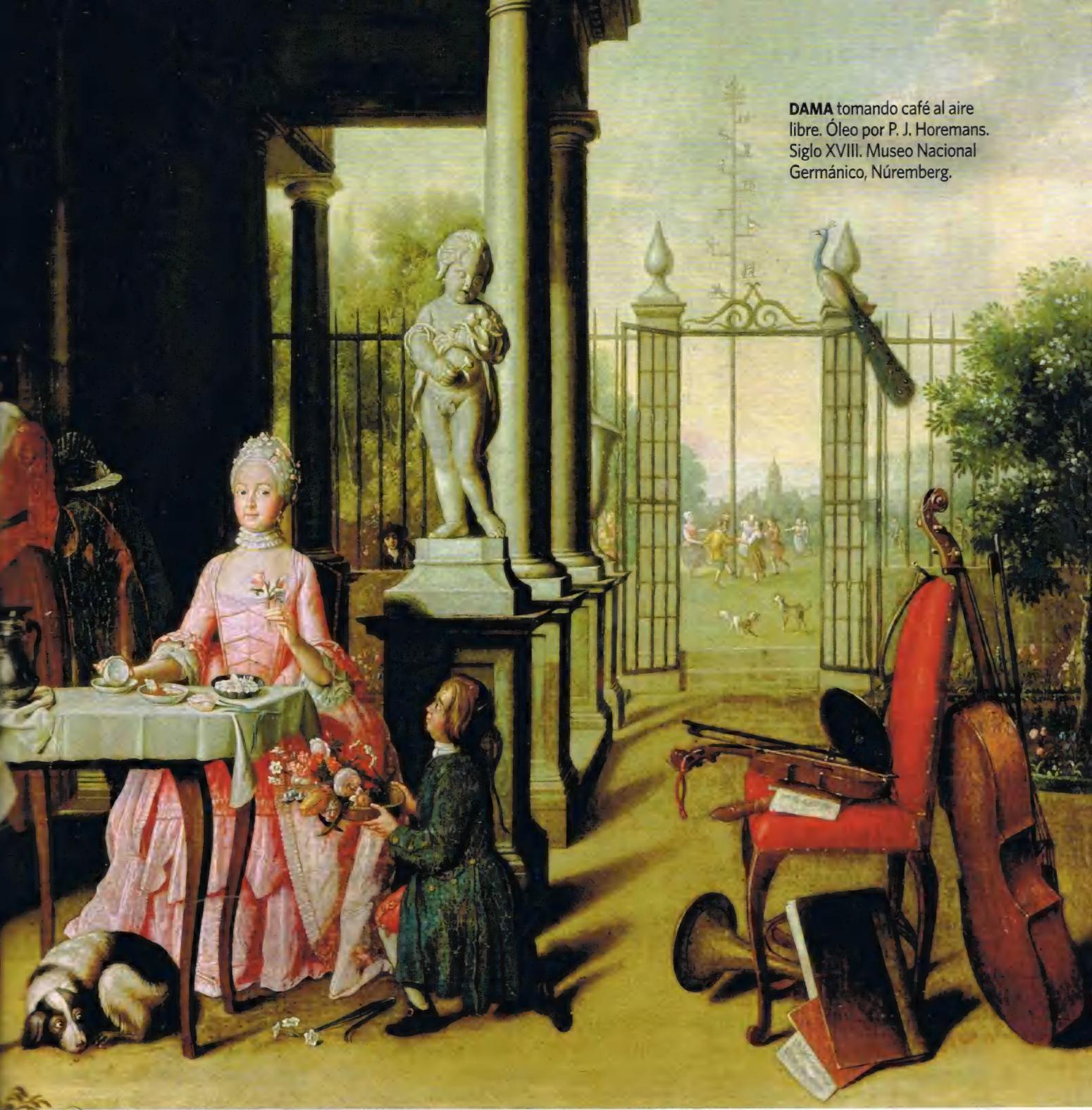
Aun así, las coffee houses inglesas no fueron al principio lugares muy recomendables. Algunas se situaron en los pisos superiores de los edificios, y consistían en una única habitación amueblada con varias mesas y sillas. En esos cafés no era raro que se jugara y eran también habituales las peleas y los duelos, para gran escándalo de las mentes

VENDEDORES AMBULANTES

LA MODA del café hizo que en París, en la década de 1670, surgieran vendedores ambulantes que lo ofrecían por las calles. Llevaban una bandeja con un pequeño brasero, tazas, cuchara y una cafetera, y subían a los apartamentos para preparar una taza al momento. Algunos hasta se vestían de turco.

VENDEDOR AMBULANTE DE CAFÉ. GRABADO DE GÉRARD SCOTIN. SIGLO XVIII.





DAMA tomando café al aire libre. Óleo por P. J. Horemans. Siglo XVIII. Museo Nacional Germánico, Núremberg.



CAFÉ A TODAS HORAS

Los europeos **enseguida** acomodaron el café a sus gustos. Al principio se tomaba amargo, ya que «si no fuera así, no sería bueno», decía un escritor de la época, que recomendaba consumirlo por sus virtudes medicinales.

Pronto se introdujo la costumbre de edulcorarlo con azúcar, se cree que por preferencia femenina. A finales del siglo XVII se difundió el **CAFÉ CON LECHE**, y también el hábito de desayunar con una taza de café o chocolate en vez del tradicional pan mojado en vino. No tardaron en aparecer los adictos. El rey Federico II de Prusia

decía a los médicos que le reprochaban sus excesos con el café: «Sólo tomo entre siete y ocho tazas por la mañana y una cafetera a lo largo de la tarde». El filósofo Immanuel Kant tomaba **VEINTE TAZAS** al día, las mismas que Napoleón. Y Voltaire atribuía su longevidad (murió a los 84 años) al consumo de la mágica bebida.

CAFETERA METÁLICA PINTADA EN ESTILO DIRECTORIO. FRANCIA. SIGLO XVIII.

NEGOCIOS Y POLÍTICA ENTRE EL AROMA DE CAFÉ

Los cafés ingleses recibían el nombre de *penny universities*, «universidades de a penique»: por lo que costaba un café en estos establecimientos (un penique) cualquiera podía pasarse horas hablando con otros clientes sobre toda clase de asuntos, desde política hasta literatura o arte, de los que aprendía más que en la escuela. También se hablaba mucho de negocios; de hecho, varias empresas e instituciones económicas que aún existen hoy en día nacieron en simples cafés desde finales del siglo XVII. Es el caso de la Bolsa de Londres, la aseguradora Lloyd's o las casas de subastas Sotheby's y Christie's. Pero los ingleses pronto cambiaron el café por el té, un producto que abundaba más en sus colonias, como India y Ceilán, y las *coffee houses* se convirtieron en *tea houses*.



FICHA DE COBRE PARA ENTRAR EN UN CAFÉ DE LA EXCHANGE ALLEY, UNA CALLE DEL CENTRO FINANCIERO DE LONDRES, SIGLO XVII.



puritanas. Por su parte, los fabricantes de cerveza se oponían al consumo de un producto foráneo y reivindicaban, en cambio, la bebida nacional. El rey Carlos II cedió ante las presiones y en 1675 ordenó el cierre de los cafés. Pero enseguida tuvo que revocar su decisión, y en lo sucesivo el número de cafés no haría sino aumentar.

En Francia, tazas de plata

El café triunfó con igual celeridad en otros países de Europa y hasta de América (la primera *coffee house* de lo que sería Estados Unidos se inauguró en Boston en 1689). En Francia se introdujo a través

de Marsella, donde a partir de 1671 se abrieron diversas «casas de café», visitadas por «comerciantes y marineros... para hablar de sus negocios», según cuenta Jean de La Roque, viajero y escritor de la época. Al igual que en las ciudades orientales, los cafés marseleses, frecuentados exclusivamente por hombres, formaban un espacio intermedio entre trabajo y ocio, donde las reglas jerárquicas eran más relajadas. El atractivo del café fue tal que nada pudo detener su expansión: volátiles y sabrosos, los nuevos aromas llegaron a la capital.

En París ya se había intentado abrir cafés anteriormente, pero estos establecimientos sólo triunfaron después

de que, en 1686, Francesco Procopio dei Coltellini –un aristócrata siciliano venido a menos– abriera su propio establecimiento, Le Procope, que todavía existe. «El lujo es una garantía de buena calidad de las consumiciones», rezaba la publicidad. Y, efectivamente, Le Procope fue el primer café elegante de Europa: la bebida se servía en tazas de plata, las mesas eran de mármol y había candelabros y espejos. Además, estaba prohibido fumar y tomar cerveza. Era un lugar al que hombres y mujeres de buena sociedad podían acudir para dejarse ver; a menudo se instalaban al aire libre, en el equivalente de las actuales terrazas. En Le Procope y otros cafés de ambiente estiloso que enseguida se inauguraron, los clientes podían degustar sorbetes, helados y siropes, jugar al ajedrez, leer o conversar. Todo lo contrario de lo que ocurría en tabernas, cabarés, antros oscuros, sucios y llenos de humo, frecuentados por borrachos, prostitutas y gente de mal vivir.

En los cafés elegantes, los clientes podían tomar sorbetes y helados, jugar al ajedrez, leer o conversar

MOLINILLO DE CAFÉ HECHO DE CAOBA. ESTE INGENIOSO UTENSILIO FUE INVENTADO EN 1687.



① La dueña

Aunque no acudían como clientes, se sabe que había mujeres que regentaban cafés en Londres.

② Preparación del café

El café se hervía en una olla y se servía mediante jarras. El método de la infusión se introdujo en 1710.

③ El camarero

Un camarero con mucha práctica sirve el café en tazas planas. Las velas sugieren que es de noche.

④ Mesa común

El vestido y las pelucas indican que los clientes son todos *gentlemen* que conversan sin formalidades.

⑤ Tabaco

Otro aliciente de las *coffee houses* era el tabaco, que se fumaba en pipas ofrecidas por la dueña del café.

⑥ Gacetas

Varios clientes leen hojas que parecen gacetas, como las que imprimían algunos dueños de café.

La atmósfera estimulante y distendida explica el éxito de tales establecimientos: en 1721 eran ya 300 los cafés que seguían la estela del italiano en París. «Casi todo el mundo» sale a tomar café a diario en las «innumerables cafeterías» de la ciudad, aseguraba en 1718 J. C. Nemeitz en su guía *Una estancia en París*. Y la expansión no se detendría: en 1788 se decía que había 1.800, y en 1807 nada menos que cuatro mil.

La bebida de los filósofos

En el siglo XVIII, el café se popularizó enormemente. Los europeos, sobre todo franceses y holandeses, introdujeron el cultivo en sus colonias americanas, lo que hizo que los precios bajaran y dejara de ser un producto de lujo. Además, para las gentes de la época el café no era una simple bebida. Como escribía un poeta francés, Jacques Delille, ese «amable licor», tan agradable de saborear, «despierta los sentidos, sin desorden ni caos», permitiendo que «los pensa-

mientos fluyan en abundancia». El café, pues, estimulaba la razón, por las virtudes propias de la bebida y por los lugares donde se tomaba, puntos de reunión de intelectuales que discutían los asuntos de actualidad superando el temor a lo políticamente correcto. De este modo, mientras saboreaban el café en estos refinados locales, los mayores agitadores de la época tramaban la Revolución.

El célebre enciclopedista Denis Diderot confesaba en *El sobrino de Rameau* que su lugar preferido en París era el café de La Régence. «Ahí me divierto viendo cómo se juega al ajedrez», escribe Diderot, lo que hace mientras filosofa con el excéntrico Rameau. Su amigo Jean-Jacques Rousseau anotó en *Las confesiones* que pese a los apuros económicos iba al café «un día sí y otro no» para conocer a los «académicos y demás literatos». Las autoridades vieron pronto con recelo estos lugares de reunión y, aunque no se llegaron a prohibir, la policía los vigilaba de cerca —eso sí, chi-

cos apostados en las cercanías daban la alerta cuando llegaban los informantes de las fuerzas del orden—. A finales del siglo XVIII, Marat, Danton y Robespierre, por citar algunos de los más famosos revolucionarios, se reunían en Le Procope, como Benjamin Franklin, quien exponía a la audiencia las bases de la futura Constitución americana.

En definitiva, tal y como apunta William H. Ukers en su obra *Todo sobre el café*, los establecimientos londinenses, al igual que los franceses, fueron «las casas de la libertad», una cualidad seguramente loable, aunque no siempre del gusto de los monarcas. ■

FRANCESCA PRINCE
ESCRITORA

Para
saber
más

ENSAYO
Historia de los estimulantes
W. Schivelbusch, Anagrama, 1995.

La esencia del estilo
Joan DeJean, Nerea, Madrid, 2008.

INTERNET
www.historiacocina.com/historia/cafe/CAFE3.HTML

Los ENEMIGOS de EGIPTO

A lo largo de más de tres mil años, los faraones, como garantes del orden del universo frente al caos, se enfrentaron a numerosos enemigos que amenazaban la estabilidad de su mundo

MERCÈ GAYA MONTSERRAT
SOCIEDAD CATALANA DE EGPTOLOGÍA



FAROU DE LUCA



El rey vence a sus enemigos

En el templo de Abu Simbel, Ramsés II, con los símbolos del poder, blande una maza con la que está a punto de aplastar a los enemigos asiáticos ante la mirada del gran dios Re.

Bajo protección de los dioses

Bajo Amenhemat III, faraón de la dinastía XII, Egipto disfrutó de una época de paz, pero el rey aparece como un guerrero en el pectoral de la izquierda. Museo Egipcio, El Cairo.





FABRICE CATELRY / AGE FOTOSTOCK

El templo de Medinet Habu

Los relieves del templo funerario de Ramsés III relatan la primera batalla naval de la historia, la que enfrentó a Egipto contra los Pueblos del Mar en 1178 a.C.

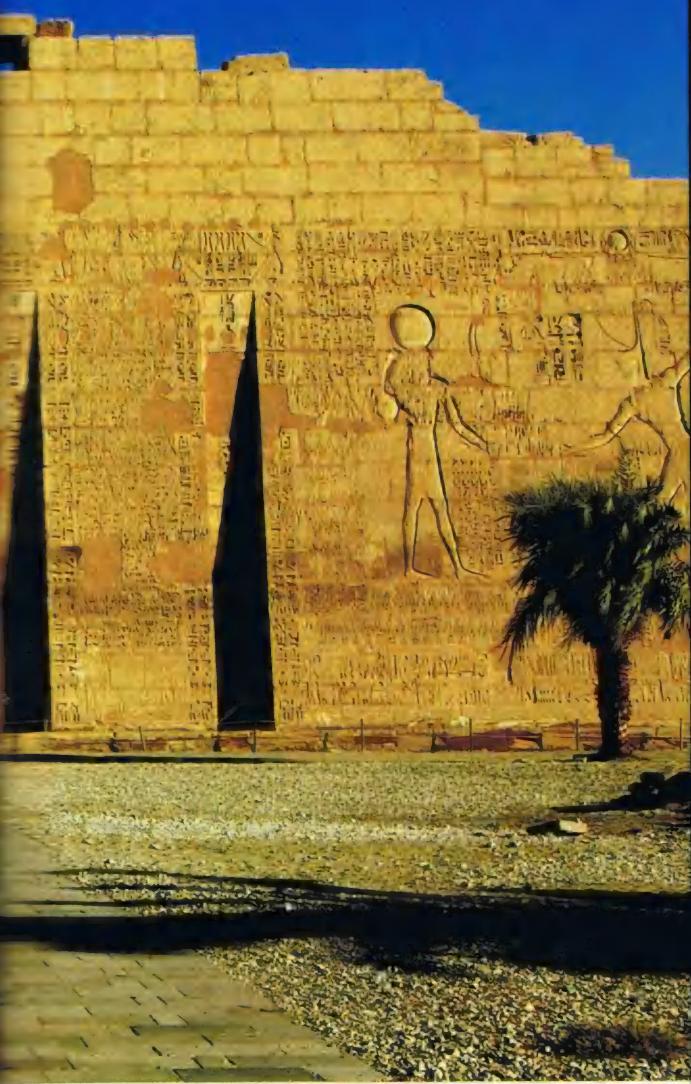
En los relieves monumentales de los antiguos templos y en joyas exquisitamente labradas aparece una y otra vez, durante tres milenios de civilización faraónica, una escena que muestra al soberano de Egipto en la plenitud de su poder: el rey blande su maza mientras sujetá por los cabellos a los enemigos que, derrotados y postrados a sus pies, aguardan el golpe fatal. Pero éste no llega jamás. El faraón nunca deja caer su brazo sobre las cabezas de los vencidos. Y éstos, humillados y atemorizados, permanecen encogidos para siempre ante un adversario invencible.

Así aparece el rey de Egipto desde los albores de la historia, en la llamada paleta de Narmer, monarca de la dinastía I. Lo que caracteriza y da fuerza a esta escena es que el soberano levanta su brazo pero nunca ejecuta el golpe, de modo que la amenaza perdura eternamente; si golpease, la acción habría concluido. En adelante, los faraones repetirán el gesto de Narmer: los forjadores del Imperio egipcio, como Tutmosis III y Ramsés II, plasmarán su imagen victoriosa con gran rotundidad desde el recinto sagrado de Karnak, en Tebas, hasta Abu Simbel, a las puertas de Nubia.

Los egipcios lograron comunicar por medio de símbolos los más diversos conceptos, y el del soberano triunfante no fue una excepción. Ya durante el IV milenio a.C., en el período Predinástico, antes de la unificación del país, encontramos objetos con la imagen de un personaje fuerte –tal vez el rey– representado como un león o un toro que vence a los enemigos. Más adelante veremos a los enemigos de Egipto representados como nueve arcos. Una escultura del faraón Djoser, de la dinastía III, pisa los arcos; y dos mil trescientos años más tarde aparecen en el zócalo de una estatua de Nectanebo II, rey de la dinastía XXX.

La virtud de la magia

¿Por qué perduran durante tanto tiempo las representaciones simbólicas del rey victorioso, ya sea con los enemigos sujetos por los cabellos o como arcos hollados por los pies del soberano? Encontramos la respuesta en el pensamiento egipcio, que recurría a los mitos y a la magia para explicar sus ideas sobre la divinidad y el orden del universo. La imagen del faraón que amenaza al enemigo resume los mitos de la creación y de la realeza. Éstos descansan en un concepto funda-



mental: la Maat, el orden que el ser supremo instauró el día de la creación y que debe seguir rigiendo todas las cosas; de lo contrario, el mundo que conocemos volvería al caos, a la no existencia. El rey, como descendiente de ese ser supremo, es dios en la tierra y, por tanto, es quien debe y puede de mantener el orden; para ello lucha contra el caos personificado en los enemigos de Egipto.

Considerada en clave simbólica, la escena del rey que levanta su maza amenazando al enemigo adquiere dimensiones cósmicas. Ya no vemos en ella a seres humanos, sino a un dios que defiende la continuidad del universo ordenado contra el caos. No importa si el enemigo es libio, asiático, nubio o beduino; lo que cuenta es que el faraón lo domina, que controla las fuerzas de la destrucción. El orden, la Maat, prevalece gracias al monarca, y ésa es la idea que muestran relieves y pinturas desde el período Predinástico hasta la época romana; una idea que justificó el poder absoluto del soberano y tranquilizó a su pueblo. Esta amenaza contra el orden cósmico se encarnó en enemigos reales, en pueblos por los que a veces Egipto se sintió amenazado, y a los que en otras ocasiones quiso sojuzgar y explotar.

El país del Nilo, una presa apetecible

A los ojos de su pueblo, los reyes divinos de Egipto eran los guardianes del orden del universo frente al caos. Para mantener la estabilidad de su mundo, se enfrentaron a múltiples enemigos que codiciaban las riquezas de la fértil tierra del Nilo.



PALETA DE NARMER.
MUSEO EGIPCIO, EL CAIRO.

3100-2134 a.C.
El rey Narmer unifica el Alto y el Bajo Egipto iniciando el período Dinástico. Durante el Imperio Antiguo, Egipto no posee un ejército profesional y recluta soldados entre la población civil. Nubios y libios participan como mercenarios en diversas campañas militares.



SOLDADOS NUBIOS. MAQUETA DE UNA TUMBA. DINASTÍA XII. MUSEO DEL CAIRO.

2040-1540 a.C.
En el Imperio Medio, Egipto se expande hacia el sur y levanta fortalezas defensivas. Durante el Segundo Período Intermedio los hicsos, un pueblo de origen asiático, gobernan el país. Son expulsados por Amosis, fundador de la dinastía XVIII.



ESCUYO DE TUTANKHAMÓN, CON EL FARAÓN A MODO DE ESFINGE. EL CAIRO.

1540-1070 a.C.
En el Imperio Nuevo, Egipto conoce su mayor expansión. Reyes como Tutmosis III o Amenhotep III, de la dinastía XVIII, y Seti I y Ramsés II, de la XIX, extienden las fronteras hasta el Próximo Oriente. Merneptah expulsa a los libios y a los Pueblos del Mar.

1070-30 a.C.
En el Tercer Período Intermedio, Egipto es gobernado por reyes nubios y libios. Tras las conquistas asiria y persa, Alejandro Magno libera Egipto de los persas en 332 a.C. Estará bajo control macedonio hasta la conquista romana.

EL TRIUNFO COTIDIANO

En el tesoro de Tutankhamón, diversos objetos de uso diario muestran la imagen



BASTÓN CON FIGURAS

En uno de los lechos funerarios de Tutankhamón se hallaron cuatro bastones con empuñadura en forma de prisioneros vencidos. Así, cuando el rey los usaba, de forma simbólica los aplastaba y sometía a su control.

AKG



COFRE DE GUERRA

Esta bella caja decorada muestra en una de sus caras cómo el faraón, seguido por su ejército en perfecto orden de batalla, aplasta bajo su carro a una horda de asiáticos, simbolizando el triunfo del orden frente al caos.

Tutankhamón se lanza al ataque en su carro, seguido por su ejército.

Los guerreros asiáticos se apiñan en desorden bajo el carro del faraón.

Tutmosis III, el guerrero

Diecisiete exitosas campañas militares extendieron las fronteras del país bajo su reinado. Abajo, estatua del Museo de Luxor.

El principal objetivo militar de Egipto fue preservar su integridad territorial. Por una parte, se defendió contra los intentos de invasión de los pueblos vecinos. Por otra parte, sus campañas en el exterior no iban encaminadas tanto a la anexión de territorios como a ocupar posiciones para alejar lo más posible a los enemigos de las fronteras naturales del Estado egipcio y, de paso, someter a pueblos vasallos que aportaran tributos.

Al sur, los faraones construyeron fortalezas a lo largo del Nilo para defenderse de los ataques de los nubios, contrarios a su expansión meridional. Al oeste, en el desierto occidental, mantuvieron una pugna intermitente con los libios por la ocupación de los oasis. Y en Asia, las grandes campañas militares de Egipto, que empezaron en el Imperio Nuevo, se dirigieron contra enemigos de diversa envergadura: pequeños grupos de beduinos, como los *shasu* de Palestina; estratégicas ciudades-estado de Palestina y Siria, cuyos pactos con unas potencias u otras alteraban el equili-

brio político de la zona; reinos como Amurru y Mitanni, del norte de Siria; y grandes imperios como los de hititas, asirios y babilonios.

El adversario del sur: los nubios

Egipto nunca consideró a Nubia un país extranjero, sino una parte menos importante de su propio territorio. Los egipcios reclutaron a sus vecinos del sur como soldados auxiliares ya en tiempos del Imperio Antiguo, en el III milenio a.C., cuando el ejército faraónico no era profesional y los combatientes de cada campaña militar se reclutaban entre la población civil. Cuando se formaron unidades de soldados profesionales (ya concluido el Imperio Antiguo), Nubia proporcionó buenos arqueros y los *medjai*, un cuerpo de policía especializado que formó parte del ejército egipcio que expulsó a los invasores hicsos.

Ya durante el Imperio Medio, en el II milenio a.C., Egipto llevó a cabo una progresiva expansión en Nubia y construyó poderosas fortalezas al sur de la primera catarata del Nilo. Buen ejemplo de ello es la inscripción de una estela hallada en la fortaleza de Semneh, en Nubia, erigida por el faraón Sesostris III, en la que éste manifiesta su



SOBRE EL ADVERSARIO

clásica del faraón victorioso y de los enemigos derrotados, puestos a sus pies



Cautivos nubios y asiáticos atados por el cuello y con las manos a la espalda.

SANDRO VANNINI / CORBIS



El rey conduce su carro, tirado por caballos bellamente enjaezados.

BRIDGEMAN

LAS SANDALIAS DEL REY

En la tumba se hallaron más de cien piezas de calzado. Este magnífico par muestra a cuatro enemigos, con cuatro arcos por encima y cuatro por debajo de cada uno, que simbolizan los enemigos tradicionales de Egipto.

LAS DOS SEÑORAS

En esta placa de oro, la diosa cobra Uadyet (tras el carro) y la diosa buitre Nekhbet (arriba) protegen al faraón. Bajo el carro corre el perro del rey. Delante del carro y debajo vemos a asiáticos sometidos.

desprecio hacia los nubios: «No son gente digna de respeto, son miserables de corazón cobarde. Mi majestad lo ha visto [...] He capturado a sus mujeres, me he traído a sus familiares [...] he arrebatado su ganado, he cortado su cereal y le he prendido fuego. Yo he dicho la verdad, sin que exageración alguna haya salido de mi boca».

Mientras, al sur de la tercera catarata se estaba formando el reino nubio de Kush, que resultaría ser un incómodo adversario de Egipto. Durante la dinastía XVIII, Tutmosis I destruyó Kerma, la capital de Kush, y remontó el Nilo hasta Tebas con el cadáver del rey kushita balanceándose boca abajo en la proa de su barco. Las tropas del faraón llegaron más allá de la cuarta catarata, el punto más meridional jamás alcanzado por el ejército egipcio. Pero a Tutmosis no le interesaba ocupar el territorio, sino controlar sus minas y la navegación por el Nilo, de manera que estableció un pacto de vasallaje con los dirigentes locales y la zona quedó bajo la influencia egipcia.

La gran irrupción de los nubios en Egipto se produjo seiscientos años más tarde, en el siglo VIII a.C., cuando los kushitas avanzaron desde su capital, Napata, para ampliar sus fronteras

hacia el norte. Esta expansión culminó en tiempos del rey Piankhy, que completó la conquista de Egipto; con él comenzó la dinastía XXV. Cinco faraones de la familia real kushita gobernaron Egipto en nombre del dios Amón y respetando las tradiciones egipcias, aunque sus sepulturas no están en las necrópolis reales egipcias, sino en El Kurru y en Nuri, cerca de Napata.

El enemigo occidental: los libios

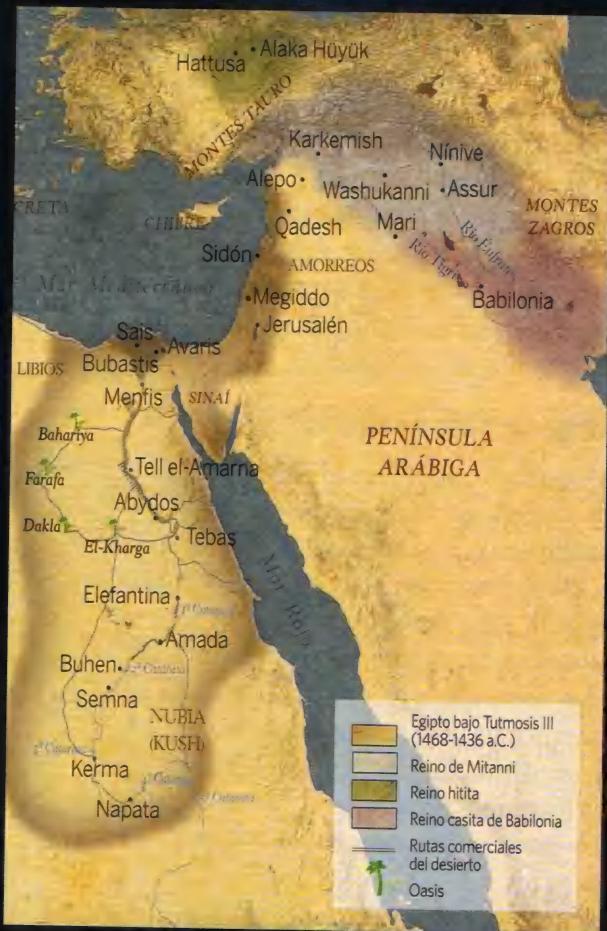
Aunque conocemos como libios a todos los habitantes del desierto occidental, éstos no constituyan un solo pueblo, sino que conformaban un conglomerado de diversas tribus que los egipcios dividieron en dos grandes grupos: los *tjehenu*, que ocupaban la zona próxima a la frontera de Egipto, y los *tjemehu*, pueblos del interior del desierto que probablemente descendían de los bereberes del Sahara. Las dos tribus libias más destacadas fueron los *libu* y los *mesheuesh*, seminómadas que se dedicaban al pastoreo y a la agricultura en los oasis. Egipto contó con ellos por ser buenos conocedores del desierto, recolectores y prospectores de minerales, y también los empleó como soldados. Pero los egipcios

El poder de Egipto: armas y carros de guerra

Por el este, por el oeste y por el sur. Durante su dilatada historia, Egipto se vio amenazado desde cada una de sus fronteras. Para defenderse, los egipcios recurrieron a la formación de un ejército que fue evolucionando a lo largo del tiempo.

DURANTE EL IMPERIO Antiguo y el Imperio Medio, el ejército egipcio estuvo compuesto por campesinos a los que se reclutaba con ocasión de las campañas militares. Pero éstas no eran muy numerosas y se circunscribían sobre todo a la región de Nubia. Durante el Segundo Período Intermedio, Egipto se vio sometido a la dominación de los hicsos, pueblo procedente del Próximo Oriente que controló el Delta durante 150 años. Los hicsos introdujeron un arma revolucionaria: el carro de combate, que los egipcios modificaron para hacerlo más ligero y ve-

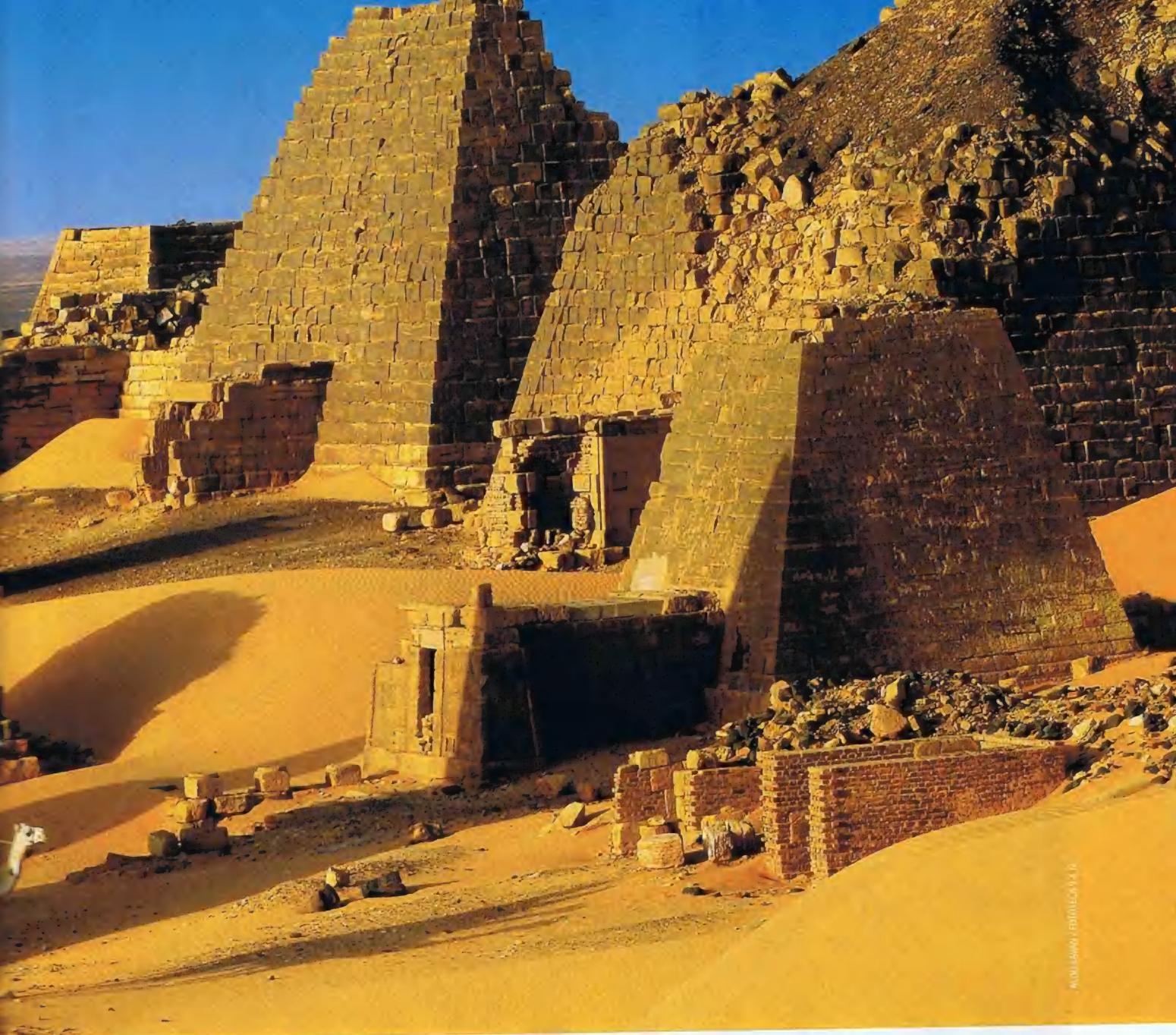
loz. De su importancia da idea el hecho de que se convirtiera en emblema del faraón, que en el futuro aparecerá montado en él, aplastando a sus enemigos. El empleo del carro, la mejora en la aleación del bronce (que permitió forjar armas más resistentes y mortíferas) y la creación de un ejército profesional permitieron al Egipto del Imperio Nuevo convertirse en una potencia hegemónica en Asia, capaz de medirse con reinos tan poderosos como Mitanni (en el norte de Siria) o Hatti (la tierra de los hititas, en la actual Anatolia).



siempre percibieron como una amenaza la atracción que estos vecinos nómadas sentían por las riquezas del fértil país del Nilo.

Los libios se convirtieron en una amenaza importante durante la dinastía XIX. Seti I sofocó un intento de incursión, éxito que conmemoró en los relieves del templo de Karnak donde aparece en su carro pisoteando a los vencidos. Su hijo, Ramsés II, construyó fortalezas a lo largo de la frontera occidental del delta del Nilo para repeler un posible ataque, aunque fue su sucesor, Merenptah, quien defendió a Egipto de la invasión de los libios. Cien años más tarde, los libios atacaron de nuevo el país durante el reinado de Ramsés III. Los relieves del inmenso templo funerario de este faraón en Medinet Habu son una fuente de información esencial sobre sus guerras contra los libios, a los que repelió en dos ocasiones.

La primera vez, los derrotados fueron los *libu*, que regresaron al desierto, aunque siguieron infiltrándose a través de la frontera. La segunda vez, el rey se enfrentó a los *mashauash*, los venció y capturó al hijo de Kaper, su rey. Éste marchó a Egipto para pedir al faraón que liberase a su vástago, pero Ramsés lo hizo prisionero también a él.



A. DEL SABO / PHOTOLIA

El faraón trasladó a los *mashauash* cautivos a Bubastis, al este del Delta. Allí se integraron en la sociedad egipcia y aumentaron su influencia, hasta el punto de que un jefe de estos *mashauash* de Bubastis (llamados *ma*) llegó a reinar como Seshonk I y fundó la dinastía XXII, a la que siguieron otras dos dinastías libias.

La amenaza oriental: los asiáticos

Fue en Asia donde los egipcios se enfrentaron a sus más peligrosos enemigos. Ya en tiempos de las primeras dinastías podemos reconocer rasgos étnicos asiáticos en representaciones del enemigo vencido por el faraón y en otras de cautivos maniatados. Pero la amenaza proveniente del Próximo Oriente sólo adquirió grandes proporciones ya terminado el Imperio Medio, durante el Segundo Período Intermedio, época en la que los hicsos –un pueblo nómada– invadieron el país del Nilo y se instalaron en el este del Delta.

Allí, desde Avaris, los reyes hicsos gobernaron gran parte de Egipto hasta que fueron expulsados por los príncipes de Tebas, considerados los legítimos dirigentes de Egipto. Un texto de la época, la denominada *Tablilla Carnarvon*, relata un

episodio de esta lucha protagonizado por Kamose, hermano de Amosis, el tebano vencedor de los hicsos: «Yo he viajado río abajo como un campeón para expulsar a los asiáticos, en el mandato de Amón, exacto de consejos. Mi valiente ejército estaba frente a mí como una ráfaga de fuego; tropas de *medjai* eran la avanzada de nuestras fortificaciones, para buscar a los asiáticos, para destruir sus lugares [...] Arrasé sus murallas, maté a su gente [...] Mi ejército era como los leones».

La victoria tebana, en torno a 1550 a.C., fue un acontecimiento trascendental: con Amosis, fundador de la dinastía XVIII, comienza el glorioso Imperio Nuevo, durante el cual Egipto tuvo que hacer frente a poderosos enemigos en el Próximo Oriente. La experiencia de la dominación hicsa caló en el ánimo de los primeros sucesores de Amosis, que ocuparon territorios en la zona de Siria y Palestina a fin de utilizarlos como escudo para proteger las fronteras de Egipto.

Esta región estaba organizada en ciudades-estado que se coaligaban entre sí o sobre las que imponían su tutela los reinos que se sucedían en el Próximo Oriente, como Mitanni (en el actual Irak) o los hititas (en Anatolia). Tutmosis III,

Los faraones negros

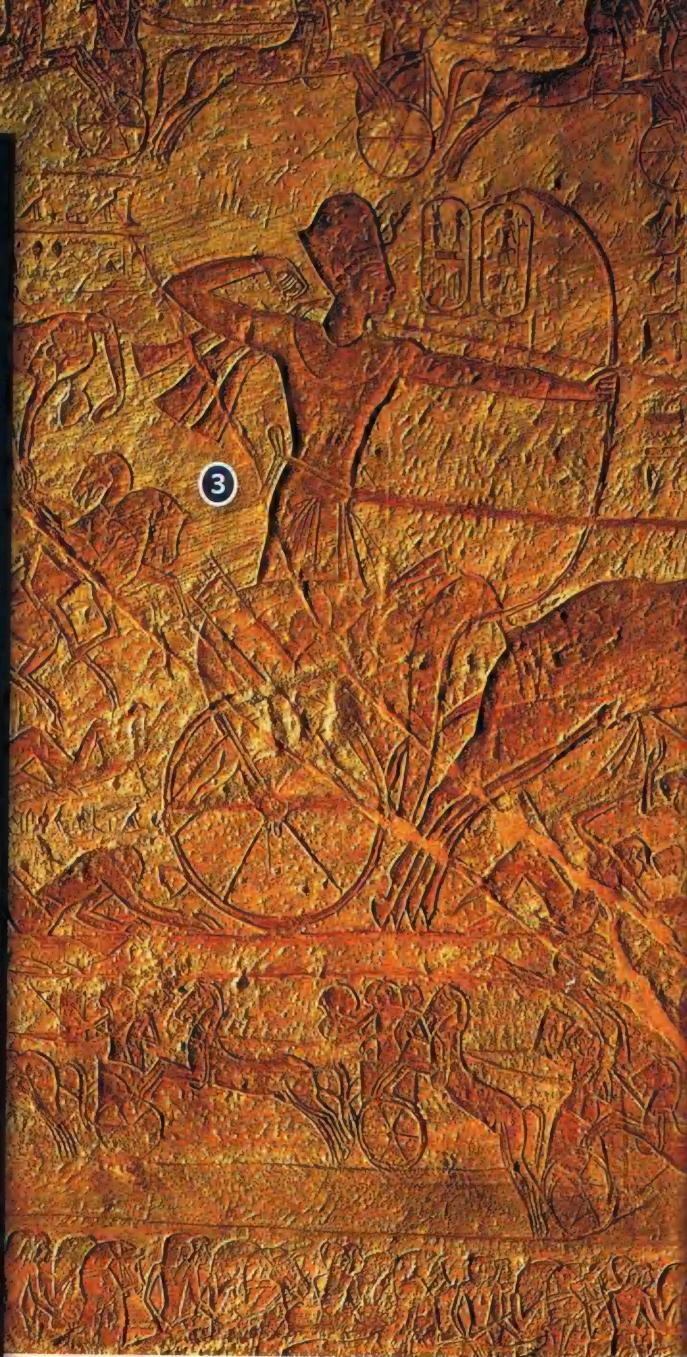
Los reyes nubios de la dinastía XXV (716-656 a.C.) gobernarón Egipto como faraones, pero se hicieron enterrar en su tierra. Arriba, pirámides de Meroe.

Qadesh: la última gran batalla en Asia

En el verano de 1274 a.C., el faraón Ramsés II se dirigió al frente de su ejército a Qadesh, en Siria. Allí se enfrentó con el ejército del rey hitita Muwatalli II. El choque, representado en un célebre relieve en Abu Simbel, acabó en tablas.

RAMSÉS II PROTAGONIZÓ la última gran batalla librada por Egipto en tierras de Asia. El faraón había lanzado una ofensiva contra los hititas, que se aliaban con los príncipes locales para debilitar las posiciones egipcias en tierras de Palestina y Siria. Ramsés alcanzó las proximidades de la fortaleza de Qadesh (1) que en el relieve aparece rodeada por el Orontes, río que marca la frontera entre egipcios e hititas; allí se habían ocultado las tropas de Muwatalli II. El rey de Egipto, al frente de una de las cuatro divisiones de su ejército, se adelantó a las otras

tres y acampó al norte de Qadesh, donde lo sorprendió el enemigo. Los hititas (unos 20.000 guerreros) atacaron con sus carros (2), aislaron a Ramsés del resto de su ejército y se lanzaron sobre su campamento, sorprendiendo por completo a los egipcios. Cuando la situación era crítica, aparecieron los *naharina*, mercenarios extranjeros de Ramsés, que obligaron a los hititas a replegarse. El faraón representó este difícil lance como una magnífica victoria, y se mostró a sí mismo (3) aplastando con su carro a los hititas vencidos.



MEGIDDO ERA, COMO QADESH, UNO DE LOS ENCLAVES DE LEVANTE RENUENTES A ACEPTAR EL DOMINIO EGIPCIO.

DUBY TAL / AGE FOTOSTOCK

por ejemplo, se enfrentó a una alianza de ciudades-estado liderada por el príncipe de Qadesh y la venció tras asediar la fortaleza de Megiddo durante siete meses. Las campañas de este rey entre 1468 y 1436 a.C. facilitaron la ocupación de buena parte de Palestina, convertida, así, en la plataforma de nuevas empresas militares que ampliaron la influencia egipcia hasta el Éufrates.

De la guerra a la paz

Durante el Imperio Nuevo, Egipto y las potencias asiáticas, como Mitanni y los hititas, se disputaron la hegemonía sobre Siria y Palestina. Mitanni fue un enemigo importante hasta que Tutmosis IV firmó la paz, que se consolidó mediante su matrimonio con varias princesas mitannias. Esta política fue seguida por su hijo Amenhotep III, que se casó con la mitannia Giluhepa, como relata un escarabeo conmemorativo del acontecimiento: «Maravillas traídas para su majestad: Giluhepa, la hija del príncipe de Naharina, Satirna, y las mejores [mujeres] de su harén».

Cuando el reino de Mitanni se hundió a manos de los hititas, en el siglo XIV a.C., éstos se perfilaron como los nuevos grandes enemigos asiáticos.



cos de Egipto. El enfrentamiento entre ambos imperios llegó a su apogeo en tiempos de Ramsés II y culminó en la batalla de Qadesh (1274 a.C.) —de resultado, al parecer, más bien favorable a los hititas—. Al final, Ramsés firmó con éstos el primer tratado de paz que registra la historia, que puso fin a largos años de hostilidades y por el que ambos bandos adquirieron el compromiso de no atacarse y de defenderse mutuamente, acuerdo que se cumplió hasta que, hacia 1200 a.C., el Imperio hitita sucumbió a manos de los Pueblos del Mar, una agresiva confederación de gentes procedentes de distintos puntos del Mediterráneo.

El último enemigo

Aunque, a diferencia de los hititas, Egipto resistió el embate de estos invasores —fue Ramsés III, el vencedor de los libios, quien los rechazó— sus días como gran potencia estaban contados. El vacío que el hundimiento hitita dejó en el Próximo Oriente fue colmado sucesivamente por nuevos y agresivos imperios: los asirios (que invadieron el país del Nilo), los babilonios y más tarde los persas, varios de cuyos reyes se proclamaron faraones. Alejandro Magno expulsó a los

persas de Egipto, que conoció su última época de esplendor como reino independiente bajo la dinastía de los Ptolomeos, fundada por un general del propio Alejandro en el siglo IV a.C..

Pero la historia se mostraría inexorable con Egipto. En los doscientos años que siguieron, el mundo cambió; el centro político del Mediterráneo se desplazó de Oriente a Occidente, donde había surgido una nueva potencia: Roma. Fue el último enemigo de un Egipto ya caduco, al que Augusto, el primer emperador, doblegó definitivamente: en 30 a.C. convirtió la milenaria tierra de Kemet (como llamaron los egipcios a su país) en una provincia romana. Los antiguos conceptos de Maat y caos quedaron diluidos en el nuevo orden impuesto por Roma, y ningún otro faraón volvió a empuñar su maza para amedrentar a los enemigos de su pueblo y de los dioses. ■

La batalla de Qadesh

Este abigarrado relieve del templo de Ramsés II en Abu Simbel muestra al faraón, enfrentado al ejército hitita, a punto de tomar la ciudadela de Qadesh, en Siria.

Para
saber
más

ENSAYO
Historia del Egipto faraónico
Josep Padró. Alianza Editorial, 2003.

La guerra en el antiguo Egipto
Bridget McDermott. Editorial Crítica, 2006.

Faraones guerreros
Javier Martínez Babón. Editorial Bigas, 2007.



Gudea, rey de Lagash

De él se conservan muchas estatuas en diorita. En ésta, las inscripciones dicen que Lagash vivió bajo su reinado un período de prosperidad. 2141-2122 a.C. Louvre, París.

Oraciones a los dioses

En Sumer, la escritura se usó pronto en textos devocionales, como la placa votiva de oro de la página siguiente, dedicada a Shara, diosa protectora de Umma. Siglo XXIV a.C. Louvre.

EL NACIMIENTO DE LA ESCRITURA SUMERIOS

Hace cinco mil años, en la fértil Mesopotamia, surgió la escritura, un arte que los sumerios desarrollaron de la mano de sus escribas, quienes aprendían su delicado oficio en las escuelas

FELIP MASÓ FERRER
ARQUEÓLOGO ESPECIALISTA EN EL PRÓXIMO ORIENTE



WHITE IMAGES / SCALA

Dur Kurigalzu, capital casita

En el II milenio a.C., los casitas conquistaron Sumer, pero adoptaron la escritura y las costumbres locales, y en honor de los dioses erigieron zigurats como éste, en su capital.



He recitado mi tablilla, he desayunado, he preparado mi nueva tablilla, la he llenado de escritura, la he terminado; después me han indicado mi recitación y, por la tarde, me han indicado mi ejercicio de escritura. Al terminar la clase he ido a mi casa. He hablado a mi padre de mi ejercicio de escritura, después le he recitado mi tablilla y mi padre ha quedado muy contento... Cuando me he despertado, al día siguiente,

por la mañana muy temprano, me he vuelto hacia mi madre y le he dicho: dame mi desayuno, que tengo que ir a la escuela». Todo aquel que haya ido a la escuela y lea estas líneas seguro que recordará una escena muy similar vivida en primera persona, pero quizás le sorprenda el hecho de que este testimonio no sea el de un estudiante de nuestra época, sino el de un alumno que vivió hace más de cuatro mil años en el antiguo país de Sumer. Posiblemente se trata de uno de los primeros testimonios del aprendizaje del que está considerado como el mayor logro de la historia de la humanidad: la escritura. Y no es de extrañar que lo encontremos plasmado, mediante unos extraños signos en forma de cuña, en una pequeña tablilla de arcilla descubierta en las cercanías de los ríos Tigris y Éufrates: fue precisamente allí, en Mesopotamia, donde este revolucionario invento vio la luz, hacia el año 3200 a.C.

A diferencia de Egipto, donde la escritura nació ya plenamente desarrollada y con fines religiosos y mágicos, en Sumer estuvo desde el principio íntimamente ligada a los aspectos más mundanos de la sociedad. Las tablillas más antiguas halladas consisten en registros para controlar los ingresos y gastos de los templos de las ciudades: contienen listas de mercancías, animales y personas. La escritura se relaciona, por tanto, con el nuevo modelo de vida urbana que se desarrolló en Mesopotamia a finales del IV milenio a.C. Inicialmen-

te se trató de una escritura pictográfica, es decir, basada en dibujos de distintos objetos y figuras, pero paulatinamente se creó un sistema de signos más estilizados, denominados cuneiformes, hasta la aparición de los primeros sistemas alfabeticos conocidos hacia el siglo XIV a.C. El término «cuneiforme» proviene de la forma de cuña, *cuneus* en latín, que presentaba la incisión del cálamo en la tablilla de arcilla.

El que traza los signos

A lo largo de todo este tiempo, la transmisión del arte de escribir estuvo en manos de unos profesionales encargados de aprenderlo y, luego, de traspasarlo a las nuevas generaciones. Esos especialistas eran los escribas, designados en sumerio mediante la palabra *dub.sar* (tupsharrum, en lengua acadia), en la que *dub* es el soporte de la escritura (la tabilla) y *sar* la acción de trazar; así pues, la definición de escriba en sumerio sería «aquel que traza [signos] sobre la tablilla».

Gracias a los llamados «textos escolares» —tablillas donde se recogen los ejercicios hechos por los alumnos y corregidos por sus profesores— y a las copias de textos literarios famosos podemos conocer de primera mano el mundo de los escribas mesopotámicos: su profesión, sus estudios, sus deberes, sus quebraderos de cabeza para aprenderse la lección o sus intentos de «untar» a los profesores. También podemos hacernos una

CRONOLOGÍA

**UNA
ESCRITURA
PARA VARIAS
LENGUAS**

3200 A.C.

Aparecen las primeras tablillas inscritas en Uruk. Se trata de signos con valor pictográfico e ideográfico.

3000 A.C.

En Uruk y Yemdet Nasr aparecen tablillas con escritura sumeria, cuyos signos ya presentan un valor fonético.

2400 A.C.

Los acadios adoptan el sistema de escritura sumeria, pero imponen su lengua en todo el Próximo Oriente.

75 D.C.

Un almanaque astronómico hallado en el templo Esagila de Babilonia es la última inscripción conocida en cuneiforme.

1835

Con el estudio del relieve de Behistún (Irán), de época de Darío I, comienza el desciframiento de la escritura cuneiforme.

EL OFICIO DE ESCRIBA

ESCRIBAS ASIRIOS
CUENTAN LAS CABEZAS
DE LOS ENEMIGOS.
SIGLO VII A.C. MUSEO
BRITÁNICO, LONDRES.

Desde el momento en que, en la antigua Mesopotamia, la escritura se consolidó como medio de contabilidad y de cultura, el oficio de escriba llegó a ser uno de los más respetados y con mayor salida profesional. Pero para lograrlo era necesario pasar por un duro entrenamiento.

LA TÉCNICA DE ESCRIBIR SOBRE TABLILLAS

El alumno y su maestro de escritura

En la cultura mesopotámica, los jóvenes aprendices de escriba, de un modo muy parecido a como los alumnos de hoy en día aprenden a escribir, hacían ejercicios para memorizar los signos y aprender a disponerlos en líneas regulares. Para ello seguían las enseñanzas del profesor, como muestran las siguientes tablillas babilónicas.



ALBUM

La tablilla del maestro

La copia del alumno

El estilete y la tablilla de arcilla

Las tablillas, soporte de la escritura, se elaboraban con barro, y los estiletes para trazar los signos con las cañas que crecían en las márgenes de los ríos. Ambos elementos se adaptaron a la forma de los signos (dibujos o signos cuneiformes), a la agilidad y rapidez de la escritura (giro de 90 grados) y a su progresivo proceso de simplificación (de más a menos cuñas). Si bien estos cambios se produjeron a lo largo de siglos, los escribas sumerios adaptaron su forma de escribir a las necesidades de cada momento.

Los signos cuneiformes se trazaban con un estilete en una tablilla de barro.



MUSEO DEL BAGDAD PERSA

LA ESCRITURA, EL MAYOR DON DE LOS DIOSES

La protección de las divinidades

A la derecha, un dios sumerio sostiene un clavo de fundación con una invocación a los dioses. Estos objetos se enterraban en los cimientos de los templos para pedir el favor divino.

Un mito muestra el enorme valor que los sumerios atribuían a la escritura. Según ellos, la civilización primitiva fue destruida por un enorme cataclismo, el Diluvio, del que quedó un solo superviviente: Utnapishtim, rey de Sippar, que –como el Noé bíblico– se salvó en un arca junto a una pareja de cada animal. Utnapishtim poseía el saber que los dioses otorgaron a sus antepasados, y se dispuso a transmitirlo a sus sucesores, a quienes entregó las tablillas en las que se habían recogido esos conocimientos y que se guardaban en la ciudad santa de Sippar. Los dioses tutelares del nuevo sistema de transmisión del saber (la escritura) fueron la diosa Nisaba y el dios Nabu, que se convirtieron, así, en los patronos de los escribas mesopotámicos.



BPK / SCALA

buenas ideas de cómo se enseñaba y se aprendía a leer y escribir en la Mesopotamia de hace más de cuatro mil años. Antes, sin embargo, debemos descartar dos grandes tópicos que han marcado las descripciones de los escribas mesopotámicos a lo largo de los años: que todos eran hombres y que constituyan una minoría especializada.

Respecto al primer punto, hay que decir que el oficio de escriba no estaba restringido a los hombres y que, si bien éstos eran mayoría, desde los tiempos del Imperio acadio existen referencias a mujeres escriba que recibían la misma educación que los hombres, pero que únicamente trabajaban en palacios o templos, donde había mujeres de alta posición encargadas de la gestión de los asuntos de las nobles o de las sacerdotisas (contratos, compra y venta de productos).

También se ha creído tradicionalmente que el conocimiento de la escritura estaba reservado a un grupo reducido de profesionales especializados que sólo alcanzaban su completa formación después de una larga carrera. La dificultad del aprendizaje de un sistema con unos seiscientos signos, cada uno de los cuales podía tener varios significados, parece que debía limitar su conocimiento a una élite intelectual. Ello quizás fue cierto en un primer momento; por ejemplo, en la ciudad de Girsu, hacia el siglo XXIV a.C., se han identificado únicamente treinta escribas. Pero en realidad, desde finales del III milenio a.C. mucha más gente sabía leer y escribir: durante el Imperio acadio (2334-2192 a.C.) se ha contabilizado un centenar de escribas, y durante el período conocido como Ur III (2120-2003 a.C.) sabe-

mos de la existencia de más de 1.600. Estas personas capaces de leer y escribir eran de condición muy diversa; desde reyes y profesionales liberales –como médicos, juristas o exorcistas– hasta ricos comerciantes y pequeños mercaderes, todos necesitaban saber leer y escribir para poder desempeñar correctamente sus funciones.

Para entender esta relativa democratización de la escritura hay que tener presente que en un nivel básico podía bastar con conocer unos cien signos (68 en época paleoasiria, 82 en época paleobabilónica, 112 en época neoasiria...). De este modo, el aprendizaje de la escritura cuneiforme, por lo menos en su estadio básico, era algo asequible y estaba al alcance de todo aquel que lo necesitara en su vida diaria.

El padre de la escuela

Los testimonios de escritura se remontan a las etapas más antiguas de la historia de Sumer. Desde los inicios del período de Uruk se conservan textos escolares, como copias de signos o listas lexicales (listas de signos ideográficos o fonéticos, a veces organizadas por temas, acompañadas de su traducción a una lengua determinada). Pero sólo en época de la III dinastía de Ur, y especialmente bajo el reinado de Shulgi (2094-2047 a.C.), es cuando aparece todo un nuevo léxico relacionado con esta profesión, como la misma palabra «escriba», *dub.sar*, y un derivado de la misma, *é.dub.ba* 𒂔𒁕, traducido como la «casa de las tablillas», es decir, la escuela. La más antigua de

TABLILLAS Y NÚMEROS

Las primeras tablillas sumerias surgieron hacia 3200 a.C. pero no contenían textos, sino registros numéricos relativos a la administración de los bienes de los templos. Se trata de sencillas anotaciones referentes a las entradas y salidas de diversos tipos de productos (carne, cebada, cerveza...), representados mediante pictogramas.



UNA TABLILLA CONTABLE DE HACIA 3100 AC

Esta tablilla, procedente de Uruk, es un ejemplo de registro contable en el período primitivo de la historia sumeria. Se anota la cantidad de cebada procesada y otros datos, como el nombre del funcionario responsable.

- Cantidad del producto:**
aproximadamente
135.000 litros,
indicados mediante
múltiplos.

- 2 **Periodo—**
abarcando
unos 37 meses
(tres signos de
decenas y siete
de unidades).

- 3 **Tipo de producto:** la cebada se representa mediante el pictograma primitivo.

- Nombre del
funcionario:**
Kushim (compuesto
por dos signos que
se han hallado en
otras tablillas).

- 5 **Finalización del documento:** tal vez consista en una **hoja de balance** realizada por los funcionarios.

- 6 **Destino del producto:** puede tratarse de una operación de trueque, aunque no hay seguridad.



Los primeros escribas desarrollaron un sistema numérico rudimentario, basado en múltiplos sucesivos, que permitía anotar cantidades elevadas.

$$5 \cup = 1 \cap \quad 3 \bullet = 1 \cap$$

En el caso de la cebada, la unidad más pequeña representaba probablemente **4,8 litros**. De este modo, la cantidad de cebada indicada en la tablilla equivaldría a unos **135.000 litros**:

Al desarrollarse la escritura cuneiforme, los números también empezaron a manzarse con notaciones en forma de cuña. Los sumerios combinaban el sistema decimal (por múltiplos de diez) y el sexagesimal (por múltiplos de sesenta).

LAS UNIDADES BÁSICAS (DEL 1 AL 9)



EL SISTEMA DECIMAL (DEL 10 AL 59)



EL SISTEMA SEXAGESIMAL (A PARTIR DE 60)



En los textos se insta a los hijos a ir a la *escuela*: «¿Por qué te quedas aquí como un golfo sin hacer nada? Anda, vete a la escuela, recita tu *lección*, graba tu *tablilla*»

estas casas corresponde al reinado de Shulgi, quien decidió asegurar la pervivencia de los himnos dedicados a dioses y a reyes, grabados hasta entonces en estatuas y otros elementos votivos, copiándolos en tabillas y cilindros de arcilla. Para ello fundó una Casa de la Sabiduría consagrada a Nisaba, la diosa de la escritura, donde una serie de escribas se dedicaron a copiar esos textos sagrados «para que jamás sean olvidados». Por consiguiente, no era tanto una escuela donde se enseñaba como una escuela donde se copiaba.

A partir del período paleobabilónico (2000-1535 a.C.) tenemos más detalles sobre el funcionamiento de la enseñanza en Mesopotamia. Algunos especialistas creen que, más que escuelas en el sentido moderno del término (instituciones públicas con un profesorado profesional), los sumerios tenían un sistema de enseñanza privada, en el que la escritura se transmitía en el seno de la familia, como cualquier otro oficio, o a través de profesores privados a cuyas casas iban los alumnos. Así lo sugiere el hallazgo de muchas tablillas en casas particulares, al igual que las denominaciones de carácter filial relacionadas con el aprendizaje: al profesor se le llama *um.mi.a* o *ad.da é.dub.ba*, «padre de la escuela»; a sus auxiliares, *shesh.gal*, «grandes hermanos»; y a los alumnos, *dumu.é.dub.ba*, «hijos de la escuela». Sin embargo, los textos describen otra realidad: la de un espacio específico dedicado a la enseñanza.

Aprendiendo a escribir

El texto con el que se inicia este artículo refiere que el alumno sale de su casa para ir a la escuela; más adelante se dice que el alumno llega tarde y, para compensar, invita al profesor a cenar a su casa. En otros textos también se insta a los hijos a ir a la escuela: «¿A dónde has ido? —A ningún lado. —Si es verdad que no has ido a ninguna parte, ¿por qué te quedas aquí como un golfo sin hacer nada? Anda, vete a la escuela, preséntate al padre de la escuela, recita tu lección, graba tu tablilla y deja que tu hermano mayor caligrafie tu tablilla nueva». Y en otros se recomienda a los alumnos no salir a la calle mientras estén en la escuela. Lo más probable es que coexistieran un sistema privado y otro público de enseñanza.

Algunos textos nos permiten reconstruir los niveles y el «plan de estudios» de las escuelas mesopotámicas. En primer lugar, existiría una enseñanza elemental (nuestra primaria) en el

transcurso de la cual el alumno pasaba por diferentes fases. Primero era necesario conocer y aprender a manejar los dos instrumentos básicos de la escritura: la tablilla y el cálamo. Las tablillas de arcilla (*dub* 𒁔) eran el material óptimo para un estilo de escritura basado en la incisión. Las tabillas podían tener múlti-

ples formatos, según la función a que se destinaban. El tamaño más frecuente era el que se adaptaba a la palma de la mano, entre 4-5 por 5-6 centímetros, y a tuvieran forma redonda, cuadrangular, redondeada o alargada. Pero también se hacían tablillas mucho más grandes (la mayor, de 30 x 46 centímetros) y otras que eran verdaderas miniaturas (de 1 x 1 centímetros, o, por ejemplo, una de 2,2 x 2,6, ¡con más de 30 líneas y 144 signos!). En cuanto al cálamo (*gi.dub.ba*, 𒄑 𒁔 «la caña de/para la tablilla»), estaba hecho de caña, madera, hueso o metal. Su factura evolucionó al tiempo que la escritura; en su estado final presentaba un extremo superior cilíndrico para realizar las marcas circulares o semicirculares correspondientes a los numerales, y un extremo inferior biselado, de manera que al realizar la incisión la marca resultante fuera una cuña.

Una vez dominados los instrumentos hacia falta ejercitarse en la práctica de las incisiones de los diferentes signos (nuestra caligrafía): mediante cuñas horizontales, verticales y oblicuas se ensayaban primero los signos por separado y después las combinaciones entre ellos, de más sencillos a más complejos. Adquirida la soltura necesaria era el momento de practicar con la copia de nombres propios y de palabras agrupadas en listas lexicales (primero sólo en sumerio, pero a partir del II milenio a.C. también en acadio). En la siguiente fase ya aumentaba la dificultad, pues era necesario conocer y aprender los diferentes valores de los signos. También era el momento de introducir conocimientos matemáticos básicos (cálculo y aritmética) y fraseología jurídica



Fundación de un templo

Era una de las principales atribuciones de gobernantes como Ur-Nanše, o Ur-Nina, rey sumerio de Lagash hacia 2550 a.C., tal como se conmemora en esta placa votiva.

La escritura no se inventó de una sola vez, sino que fue el fruto de una serie de innovaciones debidas al ingenio de los escribas. Las primeras tablillas contenían pictogramas (dibujos esquemáticos de cosas), dispuestos en desorden, como registro contable. Poco a poco los signos se simplificaron y se dispusieron en líneas horizontales, como en los libros actuales. Pero el cambio fundamental fue el desarrollo de un sistema de signos con valor fonético, que permitía expresar por escrito la totalidad de la lengua hablada.

LOS SIGNOS CUNIFORMES



**CÓDIGO DE HAMMURABI
ESTELA DEL SIGLO XVIII A.C.
CON INSCRIPCIONES EN
PALEOBABILONIÓ. LOUVRE**

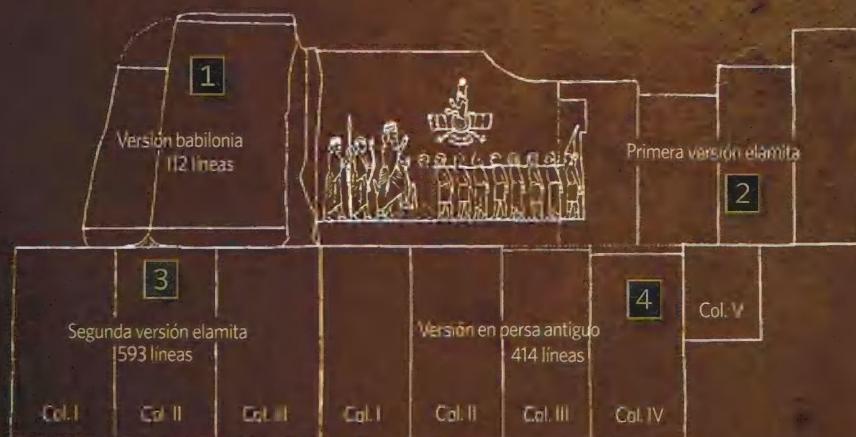
INSCRIPCIÓN
GRABADA POR EL REY
PERSA DARIO I EN
EL ACANTILADO DE
BEHISTÚN. SIGLO VI A.C.



LA INSCRIPCIÓN DE BEHISTÚN

«Yo soy Dario, rey de reyes, rey de los pueblos... Por voluntad de Ahura Mazda yo conseguí la realeza». Así empieza la inscripción que grabó en la roca de Behistún, al oeste de Irán, el rey persa Darío I (521-485 a.C.) para legitimar su realeza y dar fe de sus gestas militares. La inscripción, que mide 15 metros de alto por 25 de ancho, está situada a unos 60 metros del suelo y se alza al borde de un acantilado. En la escena del relieve (de 3 metros de alto y 6 de largo), Darío aparece pisoteando al mago meda Gaumata, que se sublevó contra su poder.

Peróno es el elemento figurativo lo más importante del relieve, sino las inscripciones, realizadas en las tres lenguas oficiales del imperio y grabadas en caracteres cuneiformes: persa antiguo, elamita y babilonio. Así, el descubrimiento de la inscripción en 1835 por Henry Rawlinson, un oficial del ejército británico, tuvo gran trascendencia, ya que su enorme extensión y su carácter trilingüe la convirtieron en una especie de «piedra de Rosetta» que permitió a Rawlinson y otros estudiosos descifrar las tres lenguas y dar nacimiento a la moderna asirología.



Henry Rawlinson
(1810-1895)

Para poder descifrar la inscripción, Rawlinson primero tenía que copiarla. Esta tarea no estuvo exenta de peligros, dado su difícil acceso. Así, sobre un andamio y en precario equilibrio, Rawlinson copió la versión en persa antiguo en 1835, y pudo descifrar esta lengua en 1838. En 1847 acabó de copiar toda la inscripción y con la ayuda de la traducción del persa descifró el babilonio en 1849. Pero no pudo descifrar el elamita, tarea que realizó Edwin Norris en 1851.

EL DURADERO PRESTIGIO DE LA LENGUA SUMERIA

Sargón de Acad, el conquistador

El fundador del Imperio acadio impuso una nueva lengua en Sumer: el acadio, pero adoptó la escritura usada por los sumerios. A la derecha, Sargón (o quizá Naram-Sin). III milenio a.C.

En torno a 2400 a.C., los acadios se adueñaron de toda Mesopotamia, absorbiendo a las poblaciones sumerias del norte. Desde ese momento se creó una cultura bilingüe: los acadios adoptaron el sistema cuneiforme de los sumerios para escribir su propia lengua, de raíz semítica, que se convirtió en lengua oficial, pero mantuvieron el sumerio como lengua de prestigio y cultura. Ambas lenguas coexistieron pacíficamente y eran enseñadas a la vez en las escuelas, hasta el punto de que un buen escriba debía ser capaz de responder en sumerio a las preguntas que le hacía su profesor en acadio y viceversa. Como herramientas de aprendizaje, además de las gramáticas propias de cada lengua se disponía de listas lexicales (listas de signos) y de extensos vocabularios en sumerio-acadio.

ART ARCHIVE



para la redacción de contratos. Esta primera etapa finalizaba con la copia de pequeños textos literarios sumerios y acadios para alcanzar un alto nivel en el dominio de las dos lenguas y llegar a ser plenamente bilingüe: «Un escriba que no sabe sumerio, ¿qué clase de escriba es?», rezaba un proverbio copiado en una tablilla. De esta forma, los alumnos ya podían ejercer de escribas y desempeñar las tareas básicas de registro, cuentas y contratos. Uno de ellos se ufana de sus conocimientos en otra tablilla: «Yo me puedo defender en lengua sumeria, escritura, cálculo, archivística y contabilidad. ¡Y también puedo mantener una conversación en sumerio!».

Especialización y disciplina

Pero para quien quisiera seguir estudiando, esta primera enseñanza elemental se podía complementar con otra de nivel superior (nuestra secundaria) consistente en perfeccionar y ampliar los conocimientos de cada área –lengua, literatura, matemáticas, geometría...– adquiriendo, de este modo, una formación más amplia. En este nivel, el alumno debía ser capaz de repetir oralmente y copiar un dictado recitado por el profesor. Una tablilla se refería a los que no escribían con suficiente velocidad: «Tu mano no puede seguir el ritmo de tu boca». También tendría que copiar grandes fragmentos o composiciones enteras de obras literarias e himnos sumerios. Pero aún se podía ir más allá con una especialización en diferentes materias (nuestra universidad) hasta convertirse en experto adivino, exorcista, sacerdote lector, arquitecto, profesor...

No sabemos a qué edad se empezaba a estudiar y el tiempo necesario para superar cada fase de la educación mesopotámica. En cambio, en las tablillas se encuentran datos curiosos que permiten acercarnos a la cotidianidad de los jóvenes estudiantes mesopotámicos de hace cuatro mil años. En una de ellas, un estudiante habla de su calendario escolar: «Mis días de vacaciones son tres por mes; las diferentes fiestas son tres días por mes; con esto son veinticuatro días por mes que yo paso en la escuela [los meses eran de 29 y 30 días], el tiempo no es demasiado largo».

En otras vemos como a los jóvenes se les aconseja esforzarse en los estudios y abandonar la vida fácil: «¿Crees que llegarás al éxito, tú que te arrastras por los jardines públicos? Piensa en las generaciones de antaño, frequenta la escuela y sacarás un gran provecho». Los estudiantes no se libraban de los deberes en casa: «Ellos [los profesores] me han asignado mis deberes, me han asignado una tablilla de mano [im.shu 𒂗-𒂢]; cuando entré en la casa llevé la tablilla de mano a mi padre, le recité mi tablilla y se puso muy contento».

También conocemos la dura disciplina que se aplicaba en la escuela y el respeto mostrado hacia cualquiera de sus miembros, desde el conserje hasta el profesor. Cualquier gesto de irreverencia o indisciplina –como levantarse o hablar en clase, llegar tarde, salir antes de tiempo o no hacer correctamente los deberes– era castigado con penas

Assurbanipal, el sabio rey asirio

Este firme impulsor de la cultura fue uno de los pocos reyes que sabía escribir, y fundó una gran biblioteca en Nínive. Este relieve del siglo VII a.C. se conserva en el Louvre.



En las bibliotecas, se escribían en el *lomo* de las tablillas las primeras palabras de la obra, a modo de *título*, para poder localizar con facilidad las distintas obras

corporales. Una tablilla explica: «En la escuela, el vigilante de turno me ha dicho: "Por qué has llegado tarde?". Asustado y con el corazón palpitante he ido al encuentro de mi maestro y le he hecho una respetuosa reverencia».

Completada su educación, los escribas empezaban a desempeñar diversas tareas profesionales. Los podemos encontrar en cualquier ámbito de la sociedad, desde los templos y los palacios a las casas particulares, en el campo o ejerciendo de diplomáticos o comerciantes en cualquier ciudad. Pero, a pesar de lo variado que podía ser su lugar de trabajo, todos necesitaban depositar sus tablillas en un mismo lugar una vez finalizada su labor: en un archivo o en una biblioteca.

Archivos y bibliotecas

Desde finales del siglo XIX, los arqueólogos han descubierto numerosos conjuntos de tablillas enterrados en lugares determinados. El estudio de los textos reveló que hacían referencia a unas mismas personas o a un mismo tema; por tanto, se habían almacenado, sin duda por obra de los escribas, para formar algún tipo de archivo. Algunos de tales archivos quedaron sepultados desde la Antigüedad debido a una catástrofe (un incendio, la destrucción de una ciudad), y conservan, por ello, la disposición y el contenido de cuando estaban en uso. Así, no parece haber existido un espacio especial destinado a almacenar tablillas, sino que éstas han aparecido tanto en habitaciones normales como en cajas fuertes. Otros conjuntos de tablillas, en cambio, procedían de archivos que habían sido desmantelados y se utilizaron para otras finalidades como el revestimiento de suelos y el relleno de paredes o pozos. Algunos archivos eran privados, es decir, pertenecían a familias y fueron hallados en casas particulares; las tablillas conservadas son, en este caso, muy heterogéneas y suelen estar incompletas. En cambio, los archivos públicos, propiedad del Estado y hallados en palacios y templos –como los de Ugarit, Ebla y Mari en Siria–, normalmente pertenecen a una época concreta, son más homogéneos y acostumbran a estar mucho más completos.

Pero aparte de archivos, los escribas también disponían de bibliotecas. Allí, los documentos se acumulaban en habitaciones especiales, donde se guardaban en cestas, cajas y jarras, estanterías de madera y nichos de barro. Para poderlos identificar rápidamente, se separaban las tablillas por

temas o se colocaba una etiqueta con el contenido de un grupo de textos; en el caso de grandes obras literarias, en el «lomo» de la tablilla se copiaban las primeras palabras de la obra, que hacían las veces de título. También podía indicarse el número de tablilla, el número de líneas, el nombre del copista, el lugar de conservación del original... Al igual que sucedía con los archivos, había bibliotecas en casas particulares –por ejemplo, de profesores privados o especialistas– y en centros públicos, ya fuese en templos donde se recogía todo el conocimiento de la época, sobre todo literario y religioso, o en palacios como el de Asurbanipal (del siglo VII a.C.), donde se ha hallado documentación básicamente literaria.

Hasta la fecha se han encontrado en Mesopotamia más de medio millón de textos escritos sobre tablillas, lo que es muy poco teniendo en cuenta que estamos hablando de un período de al menos tres mil años de historia en el que se sucedieron varias civilizaciones. Por supuesto, aún no se ha descubierto todo, pero aunque fuera así seguiría siendo poco, ya que la escritura no fue (ni lo es aún) capaz de sustituir al sistema de comunicación por excelencia: la transmisión oral. Y, con todo, la escritura no deja de ser uno de los avances más significativos de la historia de la humanidad. Al practicarla hoy en día vale la pena recordar que estamos tomando el relevo de esos primeros escribas mesopotámicos con el mismo compromiso que ellos: comunicar. ■



El lujoso tesoro de una reina

Un cilindro sello con el nombre de Puabi permitió identificar a esta reina en el cementerio real de Ur. Arriba, copa de oro hallada en su tumba. Siglo XXVI a.C.

Para
saber
más

ENSAYO
La escritura, la razón y los dioses
Jean Bottéro. Cátedra, Madrid, 2004.

Historia de la escritura. De Mesopotamia a nuestros días L. J. Calvet. Paidós, Barcelona, 2001.

TEXTO
La historia empieza en Sumer
Samuel Noah Kramer. Alianza, Madrid, 2010.

NOVELA
La Biblia de barro
Julia Navarro. Plaza & Janés. Barcelona, 2005.

INTERNET
www.etana.org/etact

El triunfo de Tiberio

Emperador contra su voluntad, el sucesor de Augusto aparece celebrando un triunfo en esta copa de metal repujado. Tesoro de Boscocoreale. Siglo I d.C. Louvre, París.

Las águilas de Roma

En el año 20 a.C., Tiberio marchó a Oriente a recuperar las águilas robadas a Craso por los partos. Derecha, camefeo con un águila, símbolo de la legión.





FRANCIS G. MAYER / CORBIS

UN EMPERADOR EXILIADO EN CAPRI

TIBERIO

Hombre taciturno y retraído, Tiberio gobernó los destinos de Roma desde la isla de Capri, donde disfrutó de un retiro dorado y dejó el gobierno del Imperio en manos de Sejano, su ambicioso favorito

ELENA CASTILLO RAMÍREZ

PROFESORA DE ARQUEOLOGÍA CLÁSICA
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID



PIETRO CANALI / FOTOTECA 9 X 12

Amante de la justicia

Al principio de su gobierno, Tiberio impartía justicia en el Foro (arriba, los foros imperiales) y escuchaba a las partes implicadas.

Habiéndome arrebatado la adversa fortuna a mis hijos, Cayo y Lucio, nombro a Tiberio César mi heredero por una mitad más un sexto». De este modo designaba el emperador Augusto en su testamento, en el año 14 d.C., a su hijo adoptivo Tiberio como sucesor en la dignidad imperial. Lo hacía más por necesidad que por voluntad, ante la desaparición de sus nietos preferidos —Cayo y Lucio, los «hijos» de los que habla en su testamento— en circunstancias sospechosas, tras las que algunos vieron la mano de Livia, la influyente esposa de Augusto y madre de Tiberio. Sin embargo, aunque Tiberio no había sido el primer candidato a la sucesión, a sus 56 años

contaba con una considerable experiencia militar y política. El pueblo conocía de él especialmente sus virtudes militares, su resistencia en la batalla, su capacidad para mantener la disciplina entre las tropas y su sobria vida castrense, que compartía con sus soldados. Se recordaban las campañas de los Alpes y el Danubio, de las que había regresado victorioso junto a su hermano Druso, así como su participación en las campañas de Germania y Panonia, compartidas con su sobrino Germánico. A los 19 años había sido cuestor y se había ocupado de paliar la grave hambruna que entonces azotaba Roma. Había sido cónsul en dos ocasiones antes de su ascenso al trono y había obtenido la potestad tribunicia en el año 6 a.C.

CRONOLOGÍA

UN PODER QUE NO DESEÓ

42 A.C.

El 16 de noviembre nace **Tiberio Claudio Nerón**, hijo de Tiberio Claudio y de Livia Drusila, de la familia (*gens*) Claudio. Cuando tiene cuatro años, su madre se divorcia y se casa con César Octavio, el futuro emperador Augusto.

12 A.C.

Tiberio es obligado por Livia a divorciarse de la hija de Agripa, **Vipsanía**, con quien estaba felizmente casado, para contrarrear matrimonio con Julia, hija de Augusto y viuda de Agripa. Tiberio es asociado al gobierno por Augusto.

4 A.C.

Mueren los nietos de Augusto, **Lucio y Cayo**, hijos de Agripa y Julia, quienes debían sucederle al Principado. Augusto adopta a Tiberio y a Agripa Póstumo, su superviviente, y obliga a Tiberio a adoptar a Germánico, su sobrino.



Fue también un peón en la política de alianzas matrimoniales entre las familias Julia y Claudio: se le obligó a divorciarse de su primera esposa, Vipsania Agripina, para casarse con la que había sido su suegra, Julia, que había enviudado.

Emperador contra su voluntad

Aquel divorcio no deseado, que frustró su vida conyugal, así como la conciencia de ser el instrumento de su madre Livia y el haber sido relegado al último puesto en los planes de sucesión de Augusto marcaron la personalidad de Tiberio.

Suetonio y Tácito coinciden en resaltar como rasgos de su carácter la antipatía, el resentimiento y la necesidad de soledad, consecuencia de su

timidez. «Andaba Tiberio —escribe Suetonio— con la cabeza inmóvil y baja y las facciones contraídas, casi siempre silencioso, sin dirigir la palabra más que de raro en raro, incluso a los que lo rodeaban habitualmente, y también entonces con extrema desgana y con una gesticulación desdenosa de los dedos». Pero, a pesar de ese carácter arisco y tímido, Tiberio tenía una preparación excelente para el gobierno y fue para algunos «modelo de perfección burocrática». Las cuatro fuentes principales para conocer la vida pública y privada de Tiberio (los historiadores Suetonio, Tácito, Dión Casio y Veleyo Patérculo) parecen coincidir en elogiar la gestión intachable del Imperio durante los primeros años de

Los sucesores de Augusto

El camaleo reproducido abajo muestra a Augusto, en el centro, como Júpiter; Tiberio y Germánico bajan de una cuádriga.

14 D.C.

26-29 D.C.

31-37 D.C.

Emperador Augusto muere en Nola a los 71 años, tal vez envenenado por su propia esposa Livia. Tiberio es nombrado sucesor, pero no acepta el título de *Imperator*, con un intento de mantener la autoridad civil del Principado.

Tras las muertes de su hijo Druso y de su sobrino Germánico, y cansado de las intromisiones de Livia, Tiberio se retira a Capri. Cuando muere Livia, el emperador prohíbe que le sean concedidos honores extraordinarios.

Se descubre el complot de Sejano, que es condenado a muerte. Tiberio nombra sucesores a su nieto Gemelo y a Calígula, hijo de Germánico. Muere en Miseno, de camino a Capri.





EL HÉROE DEL PUEBLO

EL MISTERIOSO FINAL DE GERMANICO

«Poseía una belleza y una fortaleza extraordinarias, un ingenio que sobresalía en elocuencia y la erudición tanto en griego como en latín, una bondad excepcional, y una admirable y eficaz inclinación a granjearse la amistad de los hombres y a conquistar su afecto». Así describe Suetonio a Julio César Germánico, sobrino de Tiberio, a quien éste había adoptado en el año 4 a.C. Germánico tenía una

popularidad de la que carecía Tiberio. Tras sus victoriosas campañas en Germania regresó a Roma por orden del emperador en 17 d.C. Al año siguiente, Tiberio le concedió el mando de las provincias orientales, excepto Siria, donde era gobernador Calpurnio Pisón. Durante una misión diplomática en Siria, la enemistad entre Pisón y Germánico, y entre sus esposas Plancina y Agripina, pronto se puso de manifiesto. Entonces Germánico

cayó gravemente enfermo y murió el 9 de octubre del año 19 d.C. La opinión pública y su esposa Agripina acusaron a Pisón y Plancina de envenenarle por orden del emperador y de su madre Livia. La conmoción por su muerte fue tal que Tiberio se vio obligado a llevar a Pisón y Plancina a juicio: Pisón se suicidó antes de conocer la sentencia, pero Plancina fue exonerada de los cargos gracias a la influencia de Livia, de quien era amiga íntima.

Livia Drusila divinizada

Tiberio negó a Livia honores especiales a su muerte. Fue Claudio, su nieto, quien finalmente la deificó. En la imagen, Livia como la diosa Ceres. Louvre, París.

meros años de su gobierno, siempre favorable a la *res publica*: no tomaba ninguna decisión sino después de consultar al Senado, administraba justicia públicamente en el Foro sirviéndose siempre de válidos consejeros, permitía la réplica o la oposición a sus decisiones, trataba de mantener separados de la vida pública sus asuntos privados, no condenaba a nadie por ultraje contra su persona y odiaba la adulación, llegando en ocasiones a repelerla incluso con violencia.

Según Dión Casio, Tiberio declaraba: «Para los esclavos no soy más que un amo; para los soldados, un general, y para todos los demás, un jefe de gobierno (prókritos)».

Sin embargo, Tiberio no dejó nunca de ser un títere de ambiciones ajenas, primero de su madre y después de su principal favorito,

Sejano. En el año 26 d.C., cuando tenía ya 68 años, quiso sacudirse el yugo de Livia trasladándose a un lugar alejado

de Roma. La decisión definitiva parece que la tomó Tiberio tras una disputa con su madre, durante la cual Livia hizo leer unos «documentos mortificantes» escritos por Augusto en los que criticaba «el carácter intratable de su hijastro». El pretexto oficial para la huida fue un viaje por la Campania para dedicar un templo a Júpiter en Capua y otro a Augusto en Nola. Una vez cumplidas las ceremonias, Tiberio se dirigió a Capri, una pequeña isla en el mar Tirreno, frente a la península Sorrentina, en el golfo de Nápoles, donde se había hecho construir una suntuosa residencia: la villa Iovis («villa de Júpiter»).

El refugio de Capri

En principio, la decisión de Tiberio de retirarse a la isla de Capri no pareció sorprender en exceso a nadie. Las familias aristocráticas romanas de aquel tiempo acostumbraban a pasar largas temporadas en villas lujosas en la Campania, región famosa por su belleza y su salubridad, elegida desde fines de la República como lugar idóneo para el *otium*, el ocio. Sin embargo, a diferencia de sus contemporáneos, Tiberio se instaló en Capri de forma definitiva y no volvió





G. FISCHER / AGE FOTOSSTOCK

nunca más a Roma, ni siquiera para asistir a los funerales de su madre. Desde el año 26 d.C., Capri se convirtió en sede de la mayor residencia imperial hasta entonces conocida —pues la *villa Iovis*, con sus más de 7.000 metros cuadrados, ocupaba tres veces la extensión de la casa imperial en el monte Palatino de Roma—, y en el centro de la administración del Imperio.

Aparte del deseo de alejarse de su madre, había otras razones que movieron al emperador a retirarse a Capri. Por un lado, es posible que Tiberio buscara el beneficio de las aguas marinas y de los baños sulfurosos de la Campania para curar una afección que por aquellos años comenzaba a afectarle y que cubría su rostro de heridas supurantes. Según Plinio el Viejo, se trataba de una rara enfermedad aparecida en Italia por aquellos años y que había atacado principalmente a miembros de la clase alta. Al parecer, era tan desagradable que quienes la sufrían preferían la muerte. El mal no se curó, sino que fue cubriendo la piel del emperador de úlceras, costras y quemaduras que le daban un aspecto parecido al de un leproso, una imagen que «le inspiraba vergüenza a él mismo», como indica Tácito.

Por otro lado, Capri, «abordable por un lado y por una entrada muy estrecha, haciéndola inaccesible por los otros escarpadas rocas inmensamente altas y el abismo de los mares», ocupaba una posición estratégica para el control de Italia: se encontraba a tan sólo 29 kilómetros de Miseno, base de la flota militar romana, y a 30 de Puteolum (Pozzuoli), mercado de abastecimiento de grano para la capital y uno de los puertos comerciales más activos del Mediterráneo.

Pero, además, Capri, como el resto de la Campania, era también centro de la vida intelectual y cultural griega, por la que Tiberio sentía una gran atracción desde su juventud. Los ocho años que vivió en la isla de Rodas (desde el 6 a.C. hasta el 2 d.C.) lo habían aproximado a los grandes maestros de la filosofía epicúrea y lo habían puesto en contacto con algunas de las personas que lo acompañarían durante el resto de su vida, como el astrónomo alejandrino Trasilo, los escritores Diodoro y Apolónides de Nicea, y su maestro de retórica Teodoro de Gádara.

Retirado en la isla de Capri, Tiberio se rodeó de sus más afines, en el marco de una corte de tipo helenístico: algunos familiares, entre ellos, dos de

La opulenta Leptis Magna

Durante el reinado de Tiberio, esta próspera ciudad del norte de África pasó a formar parte de la provincia romana de África. Arriba, teatro del siglo I d.C.

VIDA SECRETA DE TIBERIO EN CAPRI

Historiadores como Tácito y Suetonio refieren que durante su retiro en Capri Tiberio dio rienda suelta a sus instintos sádicos y a toda clase de depravaciones sexuales. Pero también muestran al emperador conversando animadamente con literatos y filósofos.



SCALA

AISLAMIENTO DE UN MISÁNTROPO

«CREO QUE SOBRE TODO LE GUSTABA LA SOLEDAD DE AQUELLA ISLA DE CAPRI...»

TÁCITO

Tácito explicaba que Tiberio eligió la isla de Capri por la suavidad del clima y, sobre todo, porque allí podía aislarse por completo de la gente, como había hecho en el pasado al instalarse en Rodas y, luego, en una mansión en las afueras de Roma. Según el mismo cronista, «quería esconder en aquellos lugares su残酷 y sus vicios. Había quien pensaba también que se avergonzaba, con el envejecimiento del cuerpo, del aspecto de su persona».



VILLA EN LA COSTA. FRESCO HALLADO EN UNA FINCA RÚSTICA DE BOSCOREALE, SIGLO I D.C. MUSEO DEL LOUVRE, PARÍS.

Calígula, el sucesor

Calígula pasó seis años en Capri con su tío abuelo Tiberio, que lo nombró sucesor. Estatua de Calígula como emperador. Museo de Nápoles.



los hijos de Germánico (Druso y Cayo Calígula), y su nieto Tiberio Gemelo; personajes de nobles familias, como los futuros emperadores Vitelio, Sulpicio Galba y Vespasiano, así como poetas, filósofos, músicos, actores, refinados cocineros y hasta un *procurator a voluptatibus*, que se encargaba de la organización de las fiestas y celebraciones privadas. La fama de éstas inspiró las habladurías del pueblo, que puso al emperador el apodo de «capríneo», porque se decía que en la isla se veía «en la entrada de las grutas y en los huecos de

las rocas a la juventud de ambos sexos mezclada en actitud voluptuosa, ataviada con trajes de ninfas y faunos».

Aunque Tiberio acudía a los alrededores de Roma al menos una vez al año —a sus residencias de Sperlonga y Tusculum—, había dejado en la capital a Lucio Elio Sejano, prefecto de la guardia pretoriana; un hombre al que conside-

raba tan fiel como el general Agripa lo había sido del emperador Augusto. La fortuna de Sejano comenzó con el acceso al trono de Tiberio, cuando fue enviado junto a Druso, el hijo del emperador, a Panonia, para aplacar la sublevación de las legiones. La confianza del soberano hacia su ministro aumentó tras un incidente ocurrido en la villa de Sperlonga. Durante un banquete celebrado en la cueva de la villa hubo un derrumbamiento y varios esclavos perecieron aplastados. Sejano, apoyándose sobre una rodilla, contuvo unos bloques que caían sobre Tiberio y le salvó la vida.

El todopoderoso Sejano

En poco tiempo, el gran favor que el emperador mostraba hacia el prefecto comenzó a alimentar su ambición de forma incontrolable. Sejano consiguió que su nombre apareciera ligado al del *princeps* en inscripciones públicas y monedas, que sus estatuas fueran expuestas junto a las de Tiberio y que su retrato fuera incluido en las insignias de las legiones. Exaltado por el deseo de poder y alimentada su ambición con la adulación de las masas, pronto comenzó a tramantar la usurpación del trono; y no reparó en medios pa-

«ACOSTUMBRABA A PLANTEAR EN LA MESA CUESTIONES SOBRE LOS LIBROS QUE LEÍA»

SUETONIO

Tiberio tan sólo aceptó en Capri la presencia de dos notables romanos, amigos personales. Los demás eran hombres de letras, la mayoría griegos, como el astrónomo alejandrino Tránsilo, el médico Caricles y el bibliotecario Pappo. A veces era muy puntilloso en sus conversaciones y a los filólogos les hacía preguntas como: ¿Quién era la madre de Hécuba? ¿Cuál era el nombre de Aquiles entre las doncellas? ¿Qué cantaban las sirenas?



AQUILES DESCUBIERTO POR ULISES. FRESCO MITOLÓGICO PROCEDENTE DE POMPEYA. MUSEO ARQUEOLÓGICO, NÁPOLES.



ARREBATOS DE SADISMO

«TODAVÍA SE ENSEÑA EN CAPRI EL LUGAR DE LAS EJECUCIONES, UNA ROCA...»

SUETONIO

Al menor disgusto Tiberio descargaba su cólera contra sus allegados. Así al menos lo afirman los historiadores antiguos, que hablan de una roca en Capri desde donde Tiberio hacía despeñar a los condenados hasta una playa en la que unos marineros los remataban a golpes de remo, o de un método de tortura consistente en hacer beber a los convidados a un banquete gran cantidad de vino y luego impedirles orinar mediante una ligadura en el pene.



PAREJA EN UN BANQUETE, RECOSTADA EN UN TRICLINIO. FRESCO DE POMPEYA. MUSEO ARQUEOLÓGICO, NÁPOLES.



VICIOS INCONFESABLES

«DEMOSTRÓ AMORES INCONTINENTES POR HOMBRES Y POR MUJERES»

DIÓN CASIO

Lo que más ha marcado la imagen de Tiberio en la historia son las escenas de depravación sexual que le atribuyen los historiadores antiguos. Suetonio alude a un grupo de jóvenes de ambos性es que «fornicaban en su presencia para, de este modo, despertar sus lánguidos deseos». También afirma que, tras abusar de un efebo flautista y de su hermano, Tiberio les rompió las piernas «porque mutuamente se echaban en cara su infamia».



ESCENA ERÓTICA EN UN FRESCO HALLADO EN LA ANTIGUA POMPEYA. SIGLO I D.C. MUSEO ARQUEOLÓGICO, NÁPOLES.



ra alcanzar su objetivo. Se propuso desacreditar a sus enemigos más poderosos, y con este fin seducía a sus mujeres, a las que arrancaba, en los transportes de pasión, los secretos más ocultos de sus maridos. Aspiraba también a emparentar con la familia imperial, por lo que se convirtió en amante de Claudia Livila, hermana de Germánico y de Claudio y esposa del hijo de Tiberio, Druso. Ella constituía la alianza perfecta para conducir al prefecto del pretorio a la residencia imperial; era el escalón que al cabo de unos pocos años, dada la avanzada edad de Tiberio, le permitiría ocupar la mayor dignidad del Imperio.

Para lograrlo no dudó en llevar su ambición hasta más allá del crimen. Una de las primeras víctimas fue, según la opinión popular, el propio Druso, que murió en el año 23 d.C. envenenado por Livila a instancias de Sejano. Desde esa fecha y en los años sucesivos, con Tiberio ya retirado en Capri, las intrigas de Sejano se dirigieron a la eliminación de todos aquellos que de un modo u otro podían interponerse en su camino al poder.

Sejano ha pasado a la historia como un monstruo de maldad, prototipo de hombre ambicioso y amoral. Fueron numerosos los condenados a

muerte en esa época, y muchas las leyendas que surgieron en torno a su eliminación. La ejecución de Tito Sabino, por ejemplo, noble de un partido que apoyaba a la viuda de Germánico, Agripina, y a sus hijos, y víctima de un proceso ilegal de lesa majestad, conmocionó al pueblo. Su cadáver fue arrojado desde las rocas Gemonias, el lugar junto al monte capitolino donde se abandonaban los cadáveres de los ejecutados para que los devoraran las fieras y echarlos luego al Tíber. Durante varios días un perro fiel, que había acompañado a su amo hasta la cárcel, le llevaba comida, que dejaba junto a la boca del muerto; cuando el cuerpo fue arrojado al Tíber, el animal se lanzó al agua y lo mantuvo a flote ante los ojos comovidos de cuantos se agolpaban en sus orillas.

Se impuso en Roma una verdadera política de terror, de la que Tiberio no estaba informado, pues toda la correspondencia que se le enviaba era minuciosamente intervenida por los secuaces de Sejano. Los senadores eran intimidados o amenazados y sobornados con donativos y falsas promesas; no faltaban los dispuestos a denunciar a cualquiera a cambio de dinero. Quienes no podían soportar la humillación y se negaban a adular a



LOS PRETORIANOS

GUARDAESPALDAS DEL EMPERADOR

El odio del pueblo y las amenazas que se abatían sobre su gobierno causaron miedo y desconfianza en Tiberio. Éste, aconsejado por Sejano, entre los años 21 y 23 d.C., reunió a la guardia pretoriana en un único campamento, conocido como *castra praetoria*, situado entre la vía Nomentana y la vía Tiburtina. Hasta ese momento, las cohortes pretorianas, unidades instituidas por Augusto co-

mo guardia permanente del emperador, estaban acuarteladas en diferentes puntos de la ciudad. La reunión de entre seis y nueve mil soldados en un único lugar permitía que éstos «recibieran a un tiempo las órdenes, y así, por su número, su fuerza y por verse recíprocamente, aumentaba la seguridad entre ellos y el miedo entre los demás» (Tácito, *Annales* IV, 2). Cuando el *castrum* estuvo terminado, Sejano eligió a los centuriones y a los tri-

bunos y se ganó el favor de las cohortes, manteniendo con ellas un trato cercano. El campamento ocupaba un rectángulo de 440 por 380 metros y estaba rodeado por un muro de ladrillo de casi cinco metros de alto en el que se abrían cuatro puertas. Tres de sus cuatro lados fueron incluidos por Aureliano en las nuevas murallas de la ciudad. Cuando Constantino abolió el cuerpo de pretorianos, parte del campamento fue destruido.

El general victorioso

En su juventud, Tiberio fue un hábil general que logró victorias en Oriente y en Germania. Abajo, Tiberio montado en una cuádriga, en el reverso de un áureo.

aquel al que odiaban, no tenían otra alternativa que el suicidio o la espera de una pronta condena. Sejano, «ensoberbecido por su desmesurado orgullo y por su gran poder, parecía ser el emperador, mientras que Tiberio parecía el gobernador de una isla», escribe Dión Casio. Según Flavio Josefo, al final fue su cuñada Antonia (viuda de su hermano Druso y madre de Germánico, Claudio y Livila) quien informó a Tiberio por escrito del complot que tramaba Sejano para suplantar a Tiberio en el poder.

Cuando el emperador conoció las verdaderas intenciones de su socio tramó el modo de eliminarlo consciente de que tendría que hacerlo sin el apoyo de la guardia pretoriana, partidaria de su prefecto. Para darle pruebas de que seguía manteniendo la alianza con él, Tiberio lo nombró colega consular en el año 31 d.C., pero comenzó a enviarle noticias contradictorias, que levantaron en Sejano la sospecha de su fin. El pueblo, que ignoraba las verdaderas intenciones del emperador, continuaba ofreciendo a ambos todo tipo de homenajes.



El golpe definitivo se dio a principios de octubre de ese mismo año con la colaboración de Nevio Sertorio Macrón, Grecino Lacón y Memmio Régulo. Uno se puso al frente de la guardia de cuerpo; otro, de los *vigiles* (cuerpo de vigilancia urbana), y el tercero se encargó de controlar la reacción de los demás senadores.

La muerte de Sejano

El día fijado, Macrón comunicó a Sejano que durante la sesión del Senado en el templo de Apolo Palatino le sería concedida la potestad tribunicia, honor que le confería poder de veto, derecho a reunir y presidir las asambleas del pueblo y del Senado, y la *sacrosanctitas* o inviolabilidad. Al mismo tiempo, mandó regresar al *castrum* pretorío a los soldados que acompañaban a Sejano para comunicar al resto de los pretorianos la concesión de un supuesto donativo por parte del *princeps*.

El templo de Apolo fue rodeado por los *vigiles*. En el interior, Régulo leyó la inesperada condena de traición contra el antiguo favorito del emperador, ante la cual «algunos de los que estaban sentados al lado de Sejano se levantaron, porque no querían compartir más el mismo asiento de



WHITE STAR

aquel al que poco antes habían considerado importante tener como amigo [...]. Cuando la lectura de la carta se completó, todos al unísono lo insultaban, algunos porque habían sufrido injusticias de su parte, otros por miedo y otros para esconder la amistad con él». Sejano fue llevado a prisión y condenado a muerte en el templo de la Concordia, tras ser declarado culpable de un sinfín de asesinatos. El pueblo, liberado del temor que lo había oprimido durante años, abatió todas las imágenes que le habían dedicado y las golpeaba como si lo hiciese sobre su propia persona.

El reo fue estrangulado y arrojado desde las rocas Gemonias el 18 de octubre del año 31 d.C. Tres días después, el cadáver desapareció en las aguas del Tíber. El Senado también decretó la muerte de sus hijos. Tácito escribe que «como las vírgenes no podían sufrir la muerte de los criminales, el verdugo violó a la niña antes de ahorrarla». Los dos hermanos fueron estrangulados y arrojados a las Gemonias. Apicata, la esposa de Sejano, decidió suicidarse, pero antes denunció como asesina de Druso a la amante de su marido, Livila, que fue condenada a morir de hambre por Antonia, su propia madre.

En los meses que siguieron a estas ejecuciones «ninguno tenía un amigo seguro del que fiarse» en Roma. Las denuncias suponían la muerte no sólo para los directamente implicados en la trama de Sejano, sino también para otros muchos que, para salvar su patrimonio y gozar del derecho a la sepultura (que perderían en caso de ser procesados), se suicidaban. Tiberio preparó la escolta para su regreso a Roma, pero no se decidió a entrar en la ciudad y volvió de nuevo a Capri, donde permaneció los cinco años siguientes, hasta su fallecimiento, el 26 de marzo del año 37 d.C. Refiere Suetonio que el pueblo de Roma «se alegró sobremanera de su muerte», hasta pedir que su cuerpo fuera lanzado al Tíber o arrojado por las Gemonias, el mismo destino que habían sufrido muchas de las víctimas de su régimen. ■

Para
saber
más

ENSAYO
Tiberio
David Shotter. Acento, Madrid, 2002.

TEXTO
Vida de los césares
Cayo Suetonio. Alianza, Madrid, 2010.

NOVELA
Yo, Claudio
Robert Graves. Edhasa, Barcelona, 1996.

Roma, la odiada capital

Tiberio, cada vez más a disgusto en Roma, se retiró a Capri y dejó el gobierno en manos de Sejano, el prefecto del pretorio. Arriba, el Palatino, la residencia imperial.

Pórtico de la Gloria

El maestro Mateo labró las esculturas de la entrada principal de la catedral románica. En esta página aparecen los profetas Jeremías, Daniel, Isaías y Moisés; en la siguiente, Santiago.





LA CIUDAD DEL APÓSTOL

SANTIAGO DE COMPOSTELA

Meta de peregrinos, comerciantes y colonos que recorrían el «camino francés», Compostela se convirtió en los siglos XI y XII en una ciudad de vida a veces tumultuosa, cuyos habitantes no dudaron en rebelarse contra los poderosos arzobispos

JESÚS VILLANUEVA
HISTORIADOR



La catedral del apóstol

Fernando Casas y Novoa proyectó, en el siglo XVIII, una nueva fachada barroca, que da paso al pórtico de la Gloria y a la catedral románica.

997

El caudillo musulmán Almanzor ataca y arrasa Santiago de Compostela, aunque respeta el sepulcro del apóstol Santiago.

1075

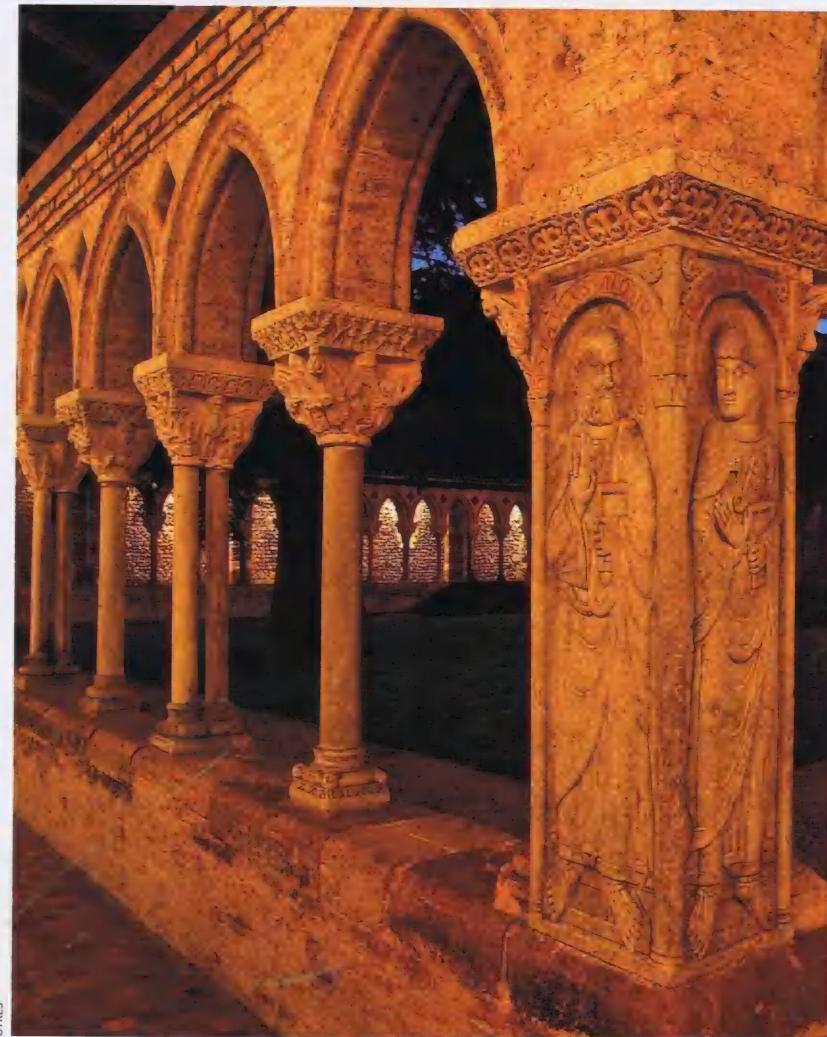
El obispo de Santiago, Diego Peláez, inicia las obras de la gran catedral románica, lo que da un impulso definitivo a las peregrinaciones.

1117

Siendo obispo de Santiago Diego Gelmírez, estalla una gran revuelta urbana entre partidarios de la reina Urraca y de su hijo Alfonso Raimúndez.

1120

Diego Gelmírez convierte Santiago de Compostela en arzobispado y reorganiza el protocolo eclesiástico. La catedral se consagra en 1211.



GRIES

San Pedro de Moissac

Esta abadía, cuyo bello claustro románico del siglo XII se muestra a la izquierda, era una parada para los peregrinos que realizaban el Camino de Santiago desde Francia.



PEREGRINOS EN
SANTIAGO. CANTIGAS DE
SANTA MARÍA. SIGLO XIII.
BIBL. NAC. FLORENCIA.

Océano Atlántico

que su cuerpo estaba enterrado en un lugar de Galicia llamado *Acha Marmorica*. El descubrimiento del monje Pelayo era la oportuna confirmación de todas aquellas noticias. Por los *Hechos de los Apóstoles* se sabía que el apóstol Santiago había sufrido martirio en Jerusalén, donde siempre se había pensado que estaba enterrado; pero ahora se creía que sus discípulos trasladaron el cuerpo a Galicia, y pronto surgieron explicaciones maravillosas sobre cómo se hizo este traslado.

Los reyes asturianos comprendieron de inmediato el interés político que podría tener el hallazgo del sepulcro, que les proporcionaba una legitimidad adicional en un momento crítico del desarrollo de la Reconquista. Por ello, Alfonso II (791-842) ordenó edificar una pequeña iglesia *supra corpus apostoli*, «encima del cuerpo del Apóstol», junto a un baptisterio y otra iglesia dedicada al Salvador, y le otorgó un territorio con las rentas correspondientes. Los obispos de Iria se vincularon al nuevo «lugar santo» y se vieron favorecidos por monarcas como Alfonso III (866-910). El mismo Alfonso III emprendió también, en el lugar que todavía se llamaba simplemente *Archis Marmoricas*, la construcción de una basílica, el edificio de mayores dimensiones del arte asturiano.

La sensacional noticia del hallazgo del sepulcro del apóstol se difundió por toda Europa. En 906, por ejemplo, desde la iglesia francesa de San Martín de Tours se preguntaba a Alfonso III quién era

ese Santiago al que se veneraba en Galicia, y el rey lo explicó en una carta. Empezaron a llegar peregrinos. El primero que conocemos por su nombre es Godescalco, obispo de Le Puy. Su viaje quedó registrado hacia 950 en una crónica escrita por un monje del cenobio riojano de Albelda: «Por motivo de oración, saliendo de la región de Aquitania, con una gran devoción y acompañado de una gran comitiva, se dirigía apresurado a los confines de Galicia para implorar humildemente la misericordia de Dios y el sufragio del apóstol Santiago».

La meta de los peregrinos

En adelante, el flujo de peregrinos no se detendría: entre ellos hubo individuos ilustres y gentes humildes, laicos y religiosos, sobre todo hombres, pero también mujeres, personas piadosas y simples aventureros. Los peregrinos se confundían a menudo con comerciantes y emigrantes en busca de oportunidades: las gentes que hicieron del Camino de Santiago un eje del desarrollo económico peninsular. Es significativo que en 1072, Alfonso VI, rey de León y Castilla, suprimiera el peaje que se cobraba en Autares, en la frontera entre Galicia y León, a los peregrinos que venían «de Italia, Francia y Alemania», a quienes se consideraba abusivamente mercaderes para hacerles pagar.

En unas décadas, Santiago, centro de un amplio señorío en manos de sus obispos, dejó de ser simplemente un «lugar santo» para convertirse



LA PEREGRINACIÓN HASTA SANTIAGO

Desde sus inicios, el camino de Santiago fue la principal conexión entre Europa y la Península, y Santiago de Compostela se convirtió, junto con Jerusalén y Roma, en un lugar sagrado que todo cristiano debía visitar una vez en la vida. Normalmente, los peregrinos viajaban en grupo, y en su mayoría a pie, cubriendo etapas de hasta 35 kilómetros

diarios. Las ciudades que jalonaban la ruta hasta Santiago se beneficiaron de la peregrinación tanto en lo que se refiere al comercio, con la organización de mercados semanales para proveer de lo necesario a quienes realizaban el Camino, como con la creación de hospedajes y hospitales (en Burgos hubo hasta 32) para atenderlos.

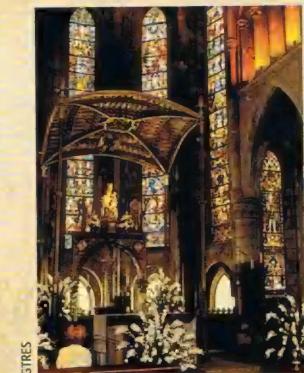
CARTOGRAFÍA: EOSGIS



1
Catedral de Santa María, en León
Comenzada en el siglo XIII, e inspirada en la catedral de Reims, su cabecera es más grande de lo habitual para dar cabida a la multitud de peregrinos que iban a Santiago.



2
Catedral de Santa María, en Burgos
La creciente importancia de Burgos como hito destacado en el Camino de Santiago favoreció la construcción de su gran catedral, iniciada en 1221.



3
Torre de Santiago, en París
Único vestigio de la iglesia gótica de Saint Jacques de la Boucherie, esta torre era el punto de reunión de los peregrinos que iban a Santiago a través de Tours.



4
Colegiata de Roncesvalles
Roncesvalles era el principal punto de entrada de los peregrinos a la Península. En el siglo XIII, el rey Sancho VII mandó erigir la iglesia, de estilo gótico francés.



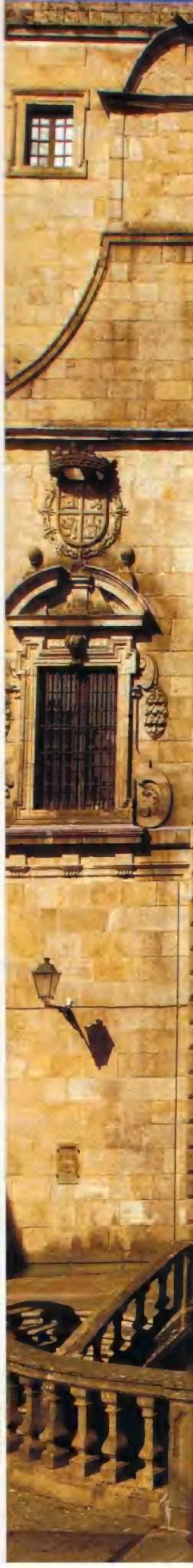
AISA

Almuerzo de peregrinos

En la ruta hacia Santiago proliferaron las tabernas para atender a la creciente multitud de peregrinos, que a la izquierda aparecen en un óleo de F. Herlin, pintado en el siglo XV.

San Martín Pinario

Este monasterio benedictino, fundado en el siglo X, se convirtió en el mayor complejo religioso de Santiago después de la catedral. A la derecha, su fachada, del siglo XVII.



XURXO LOBATO

en una ciudad propiamente dicha. En 915, Ordoño II, rey de León, otorgó franquicias a los nuevos habitantes que se instalaron en las calles en torno a la basílica, y unas décadas después se erigió una primera muralla urbana, de la que se han localizado algunos restos en excavaciones recientes en el sector de la Azabachería y La Senra.

La terrible expedición de Almanzor, en 997, arrasó la población hasta sus cimientos, excepto el sepulcro del apóstol, que el caudillo cordobés decidió respetar, pero la reconstrucción no se hizo esperar. A mediados del siglo XI, el obispo Cresconio hizo erigir una nueva muralla en torno a la población, que empezó a llamarse Compostela (término seguramente relacionado con la idea de cementerio, por la necrópolis en que se halló el cuerpo de Santiago). A finales de ese mismo siglo, coincidiendo con el traslado oficial de la sede episcopal de Iria a Santiago, el obispo Diego Peláez impulsó la erección de la catedral románica.

Santiago, no menos que Roma

Pero fue bajo el obispo Diego Gelmírez, en la primera mitad del siglo XII, cuando Compostela alcanzó su primer gran momento de esplendor. Convertida en arzobispado en 1120, Santiago reivindicó por entonces su preeminencia en la Iglesia hispana, por encima de Toledo o Tarragona, sedes primadas tradicionales. El propio Gelmírez, en comunicación directa con el papa o los abades

de Cluny, reorganizó el protocolo de la Iglesia compostelana siguiendo el modelo de Roma, en un intento de equiparar Santiago, como sede apostólica, con la capital de la Cristiandad (los obispos compostelanos mantenían ahora que sus antecesores se remontaban en una serie ininterrumpida hasta los orígenes del cristianismo). En las festividades solemnes, las dignidades eclesiásticas se cubrían la cabeza dentro del templo con mitras adornadas con piedras preciosas, «como lo hacen los cardenales presbíteros o diáconos de la sede apostólica». Gelmírez creó también siete cardenales presbíteros, «según la costumbre de la iglesia romana», y adoptó el uso de la rota papal, símbolo circular para la firma de los documentos.

Algunos lo acusaron de comportarse como un papa, por el tipo de vestiduras que lucía y por la gran cantidad de ofrendas de peregrinos que recolectaba el cabildo. El poder económico de la sede compostelana, ciertamente, no tenía rival, y suscitó la codicia de los monarcas leoneses; así, Alfonso VII intervino los cepos de limosnas de la catedral y el arca de la obra, hasta que Gelmírez aceptó pagar 500 marcas de plata y ponerse bajo la protección del soberano. Al mismo tiempo, Gelmírez se cuidó de acumular reliquias que realzaran el prestigio de la catedral: en 1117, por ejemplo, logró trasladar a Santiago la cabeza del apóstol, que poco antes Mauricio de Coimbra había traído de Jerusalén para depositarla en León.



LA CIUDAD DE LOS OFICIOS

AL SERVICIO DE LOS PEREGRINOS

La **economía** de Santiago se desarrolló al soporte de la mitra episcopal y de las peregrinaciones. Surgió gran número de oficios para atender a los viajeros: zapateros, herreros, cambistas, e incluso fabricantes de conchas de plomo y estaño que reemplazaron a las que los peregrinos cogían del mar.

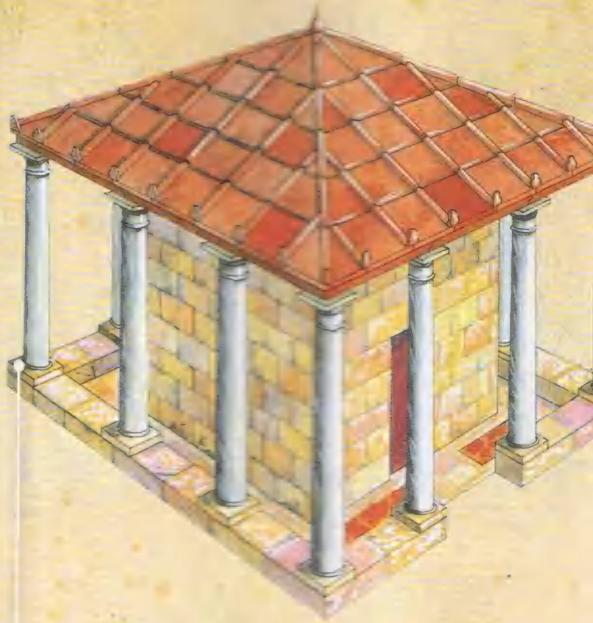
Los peregrinos se alojaban en posadas y mesones que no tenían muy buena fama; las fuentes hablan de los múltiples engaños y maltratos que cometían sus dueños. También había hospitales para acoger a los peregrinos enfermos, muy numerosos, ya que uno de los principales motivos del viaje era pedir al apóstol la curación.

En 1486, los Reyes Católicos, en una visita a Santiago, advirtieron las malas condiciones de los hospitales y decidieron construir uno nuevo, en la plaza del Obradoiro. Disponía de numerosas salas «especializadas»: hombres, mujeres, «personas principales», sacerdotes... Como se ve, entre los peregrinos también había clases.



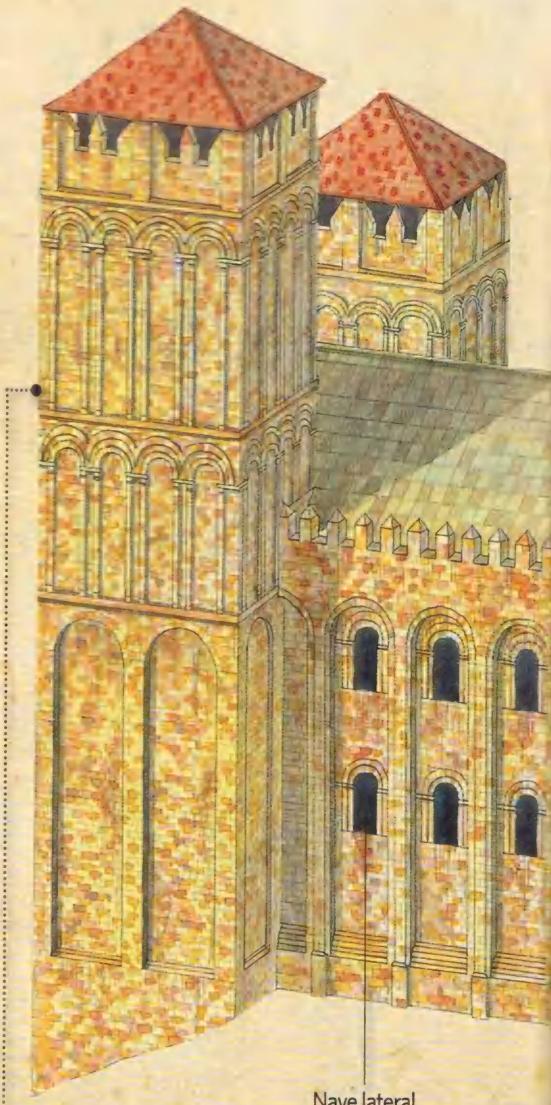
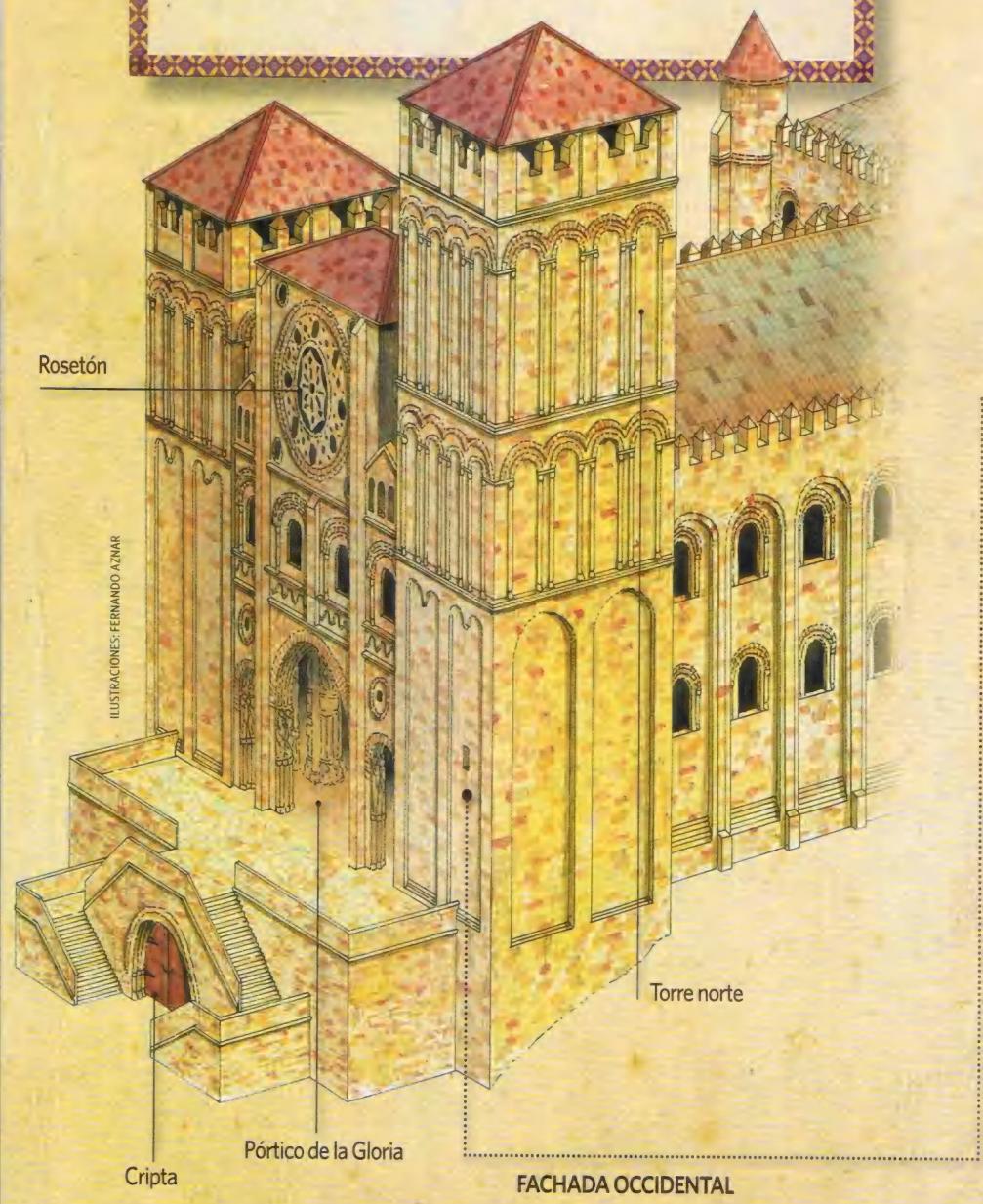
LUGARES DE CULTO

Desde el descubrimiento del sepulcro del apóstol Santiago, hacia el año 830, los reyes de Asturias levantaron diversas iglesias, cada una más grande que la anterior, para albergar su sepultura y acoger a quienes acudían a venerarlo.



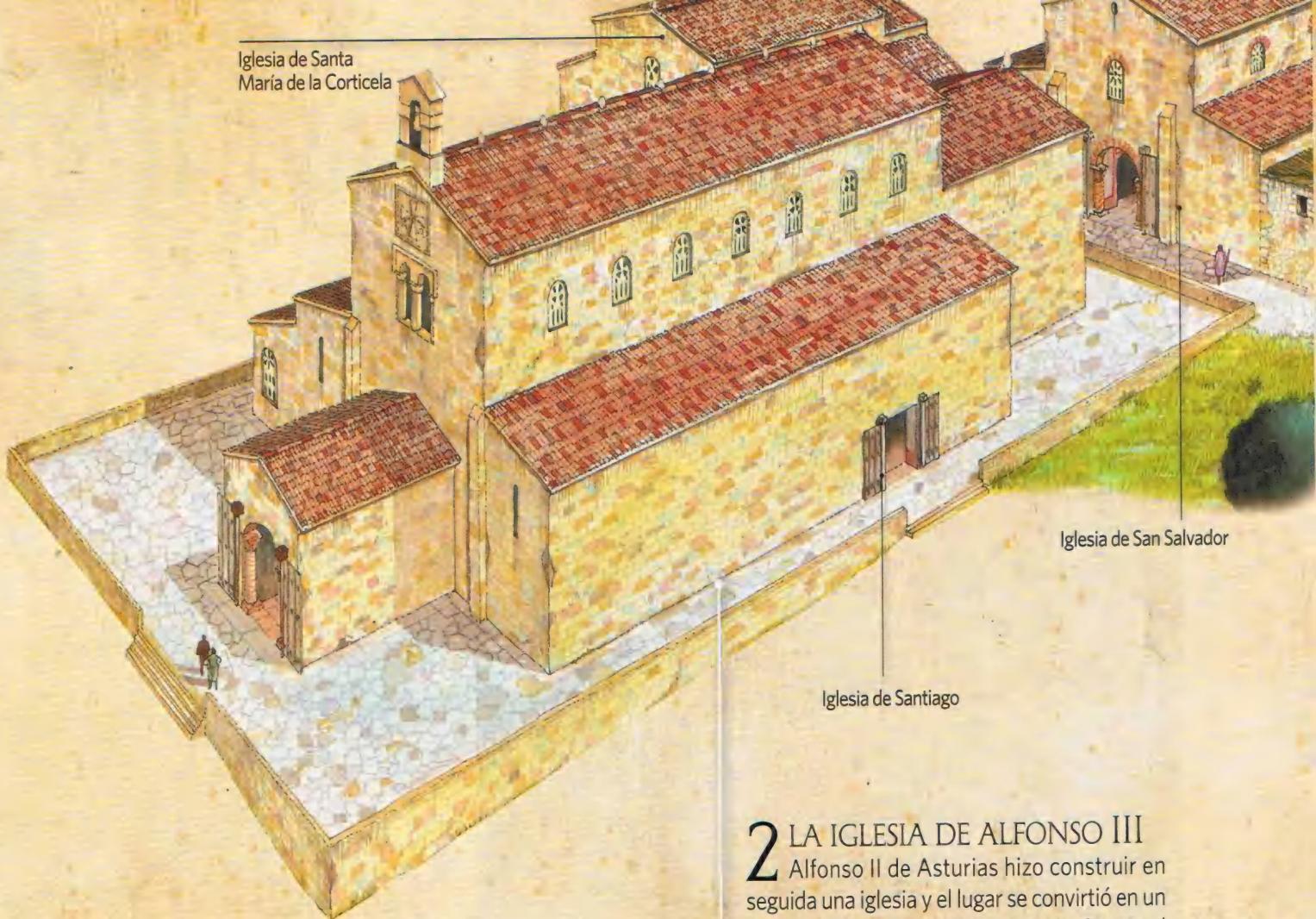
1 EL SEPULCRO DEL APÓSTOL

Una tradición, recogida en el *Breviario de los Apóstoles*, del siglo VII, afirma que el apóstol Santiago predicó en España y tras su muerte fue enterrado en Galicia por sus discípulos. El ermitaño Pelayo descubrió su tumba de un modo milagroso y el obispo Teodomiro dio fe de la autenticidad de la sepultura. Al parecer, ésta consistía en un recinto al estilo de un mausoleo, que pudo ser similar a la recreación que aquí se ofrece.



Nave lateral

Iglesia de Santa María de la Corticela



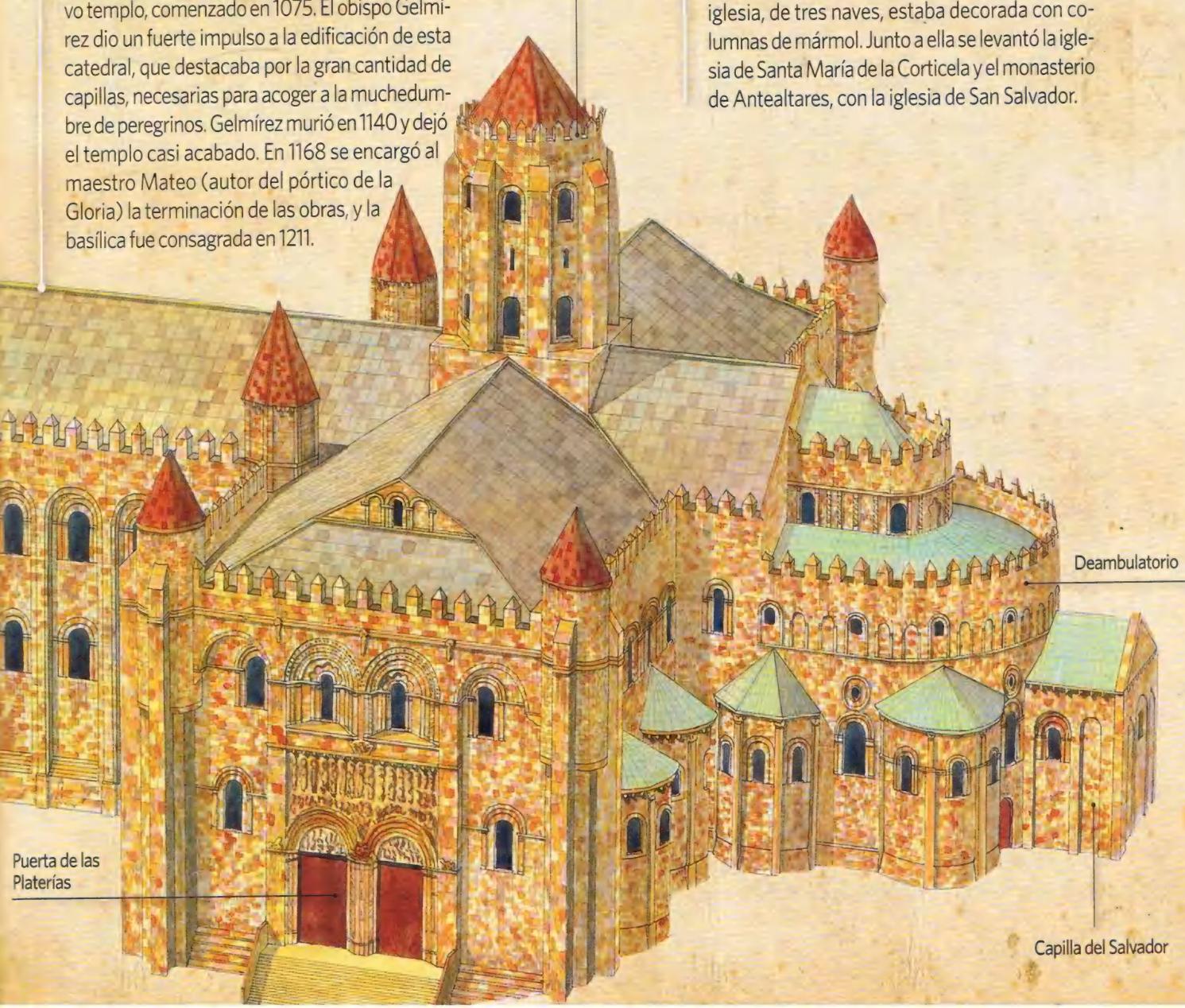
3 LA NUEVA CATEDRAL

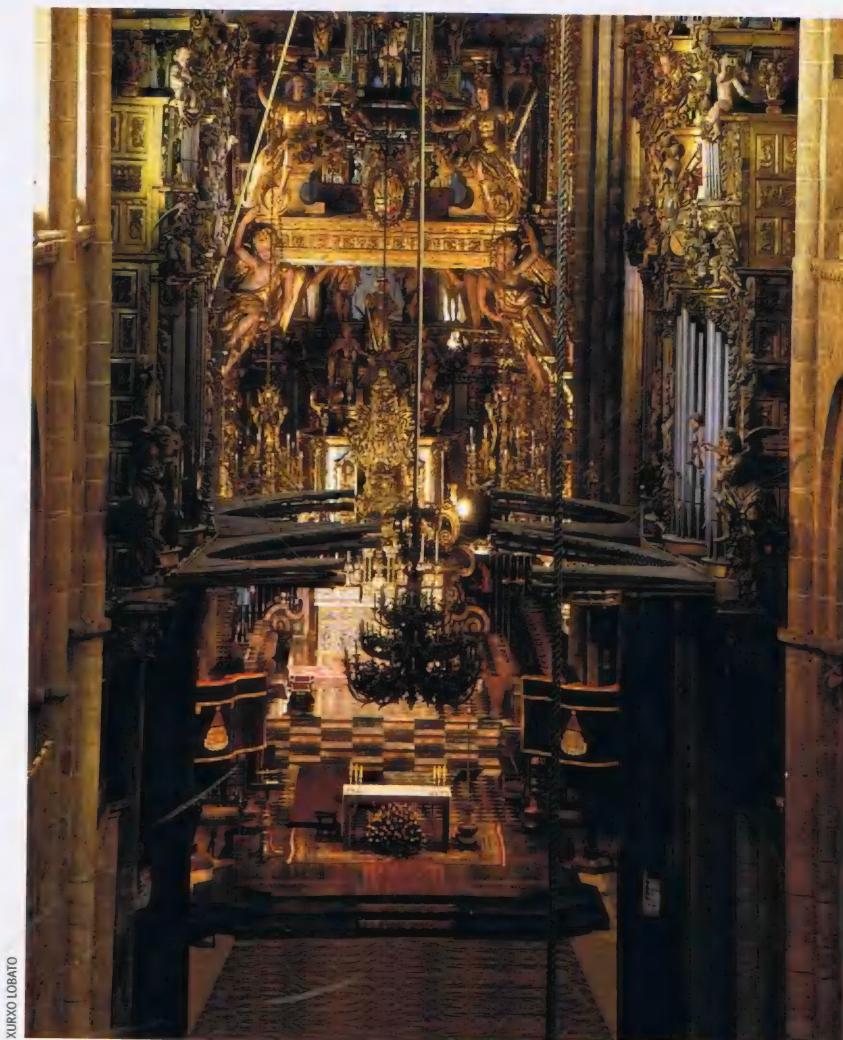
Tras la destrucción de la iglesia del apóstol por Almanzor, en 997, se decidió levantar un nuevo templo, comenzado en 1075. El obispo Gelmírez dio un fuerte impulso a la edificación de esta catedral, que destacaba por la gran cantidad de capillas, necesarias para acoger a la muchedumbre de peregrinos. Gelmírez murió en 1140 y dejó el templo casi acabado. En 1168 se encargó al maestro Mateo (autor del pórtico de la Gloria) la terminación de las obras, y la basílica fue consagrada en 1211.

Cimborrio

2 LA IGLESIA DE ALFONSO III

Alfonso II de Asturias hizo construir en seguida una iglesia y el lugar se convirtió en un importante centro de peregrinación. Pronto el templo se hizo pequeño y, en 872, Alfonso III hizo erigir una basílica mayor (la reconstruida arriba), consagrada en 899 por el obispo Sisnando. La iglesia, de tres naves, estaba decorada con columnas de mármol. Junto a ella se levantó la iglesia de Santa María de la Corticela y el monasterio de Antealtares, con la iglesia de San Salvador.





Interior de la catedral

Corazón de la ciudad de Santiago, el templo conserva en su cripta los restos atribuidos al apóstol. La espléndida ornamentación de la basílica refleja la riqueza de la sede.

ORONZ / ALBUM

SANTIAGO A CABALLO.
CÓDICE CALIXTINO. 1330.
BIBLIOTECA, UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA.

Iglesia de San Juan Bautista

Palacio episcopal

El largo gobierno de Gelmírez coincidió, asimismo, con uno de los períodos más turbulentos de la historia de la ciudad. Desde hacía décadas se habían desarrollado en Santiago unos grupos sociales que no siempre aceptaban de buen grado el dominio del obispo, titular del señorío compostelano. Junto a los canónigos y el clero urbano, con intereses diferenciados de Gelmírez, podía verse un conjunto de caballeros feudales que tenían casa en la ciudad y, sobre todo, un patriciado urbano que había sido el más beneficiado por el progreso económico posterior al año Mil. El propio Gelmírez era hijo de un caballero que regía una fortaleza en nombre de la mitra compostelana y controlaba un amplio dominio. Las tensiones acumuladas estallaron en 1117, en una gran revuelta urbana que conocemos en detalle gracias a un documento excepcional: la *Historia compostelana*, extensa crónica patrocinada por el propio Diego Gelmírez.

Lucha en la catedral

El detonante del conflicto fue una disputa dinástica en la corte leonesa entre la reina Urraca y los partidarios de su hijo Alfonso Raimúndez, el futuro Alfonso VII, rey de León y Castilla. Gelmírez tomó partido por este último, a quien recibió en la propia Santiago; pero un grupo de canónigos y notables compostelanos formaron una hermandad y prometieron fidelidad a Urraca, a la que nombraron Señora y Abadesa. Tras recibirla a su

vez en Compostela, los conjurados forzaron a Gelmírez, a quien por un momento habían pensado en destituir, a que les cediera el gobierno de la ciudad. Unos meses después, sin embargo, cuando Urraca y Gelmírez llegaron a un entendimiento y estaban entrevistándose en el palacio episcopal, los ciudadanos, sintiéndose traicionados, protagonizaron una violenta rebelión. El palacio fue asaltado, y también la catedral, donde se habían refugiado Urraca, Gelmírez y sus acompañantes respectivos. El cronista, hostil a los sublevados, relataba: «Vuelan las piedras, las flechas, los dardos sobre el altar y se llevan a cabo sacrilegos combates por parte de los traidores. ¿A qué no se atreverán manos infames? Los perversísimos atacantes pegan fuego a la iglesia de Santiago y la incendian por uno y otro lado... ¡Oh maldad! La llama de la iglesia del Apóstol sube a lo alto y por todas partes se ofrece un horrendo espectáculo».

La reina y el obispo buscaron refugio en una nueva torre que se estaba construyendo para la catedral, pero los rebeldes también la incendiaron. La reina, aterrorizada, se vio obligada a salir, y entonces se produjo una escena extraordinaria: «Cuando la turba la vio salir, se abalanzaron sobre ella, la cogieron y la echaron en tierra en un lodazal, la raptaron como lobos y desgarraron sus vestidos; con el cuerpo desnudo del pecho abajo, y delante de todos, quedó en tierra durante mucho tiempo vergonzosamente». El obispo Gelmírez,

Iglesia de Santiago

Palacio episcopal



EL FINAL DEL CAMINO

Alrededor de la tumba del apóstol Santiago se desarrolló un pequeño núcleo urbano que fue creciendo para dar cabida a una ingente multitud de peregrinos. Así, en el siglo XI, Santiago de Compostela era una ciudad cosmopolita, meta de la vía de peregrinación más importante de la Edad Media.

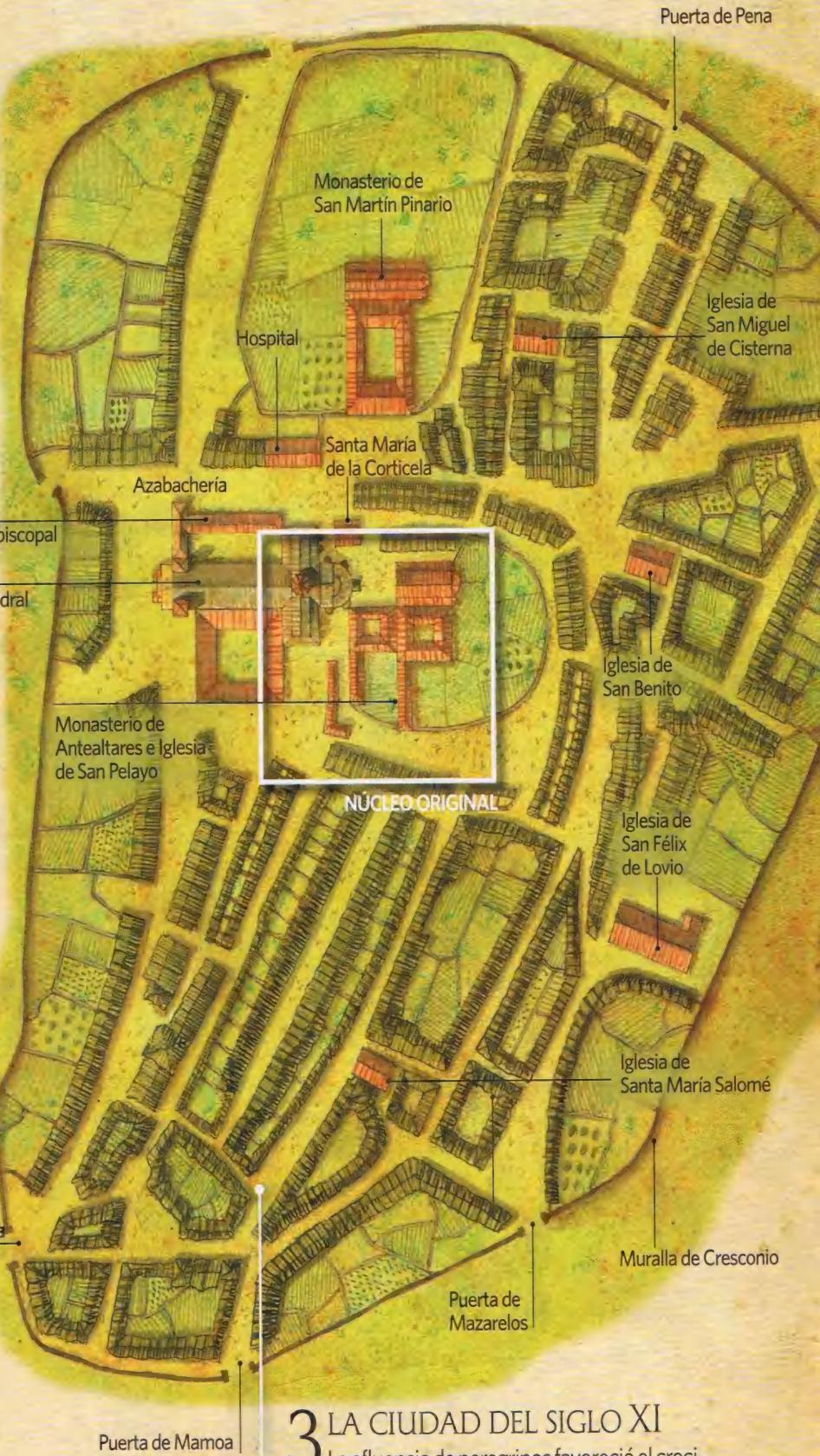
1 MEDIADOS DEL SIGLO IX

El rey de Asturias Alfonso II no puso en duda la veracidad del relato del obispo Teodomiro y se apresuró a erigir una iglesia que acogiese el sepulcro del apóstol Santiago, a quien declaró patrón del reino. El monarca también ordenó levantar dos iglesias más, una dedicada a San Salvador y otra a San Juan Bautista.



2 SANTIAGO EN EL SIGLO X

La Corona donó tierras, que se arrendaron a campesinos, y en el año 862, Santiago de Compostela se convirtió en diócesis. En 960, Sisnando, su primer obispo, fortificó el recinto, que se convirtió pronto en una pequeña ciudad en constante crecimiento y en importante centro de peregrinación. Almanzor destruyó la ciudad en 997.



3 LA CIUDAD DEL SIGLO XI

La afluencia de peregrinos favoreció el crecimiento urbano. El obispo Cresconio mandó erigir una nueva muralla con siete puertas, dentro de la cual se alzaban varias iglesias y monasterios además de la catedral, iniciada en 1075. En Santiago, próspera y bulliciosa, el peregrino encontraba hosterías, tiendas, hospitales y casas de cambio.





La basílica de Santiago

La antigua estructura románica de la sede compostelana se ha mantenido en sus elementos básicos, pero el paso del tiempo ha modificado su aspecto con la adición de elementos como el claustro renacentista, la fachada barroca de la plaza del Obradoiro y la fachada neoclásica de la Azabachería.



GRIES

Plaza de las Platerías

Este espacio (a la izquierda), situado en la fachada sur de la catedral, era lugar de reunión de orfebres y plateros, que proliferaron con al auge comercial de la ciudad.

El martirio de Santiago

Así lo imaginó Juan Fernández de Navarrete en 1571, en un óleo pintado para el monasterio de El Escorial, que entonces se estaba construyendo por orden de Felipe II.



ORONoz / ALBUM

en cambio, logró abrirse paso protegido por un crucifijo que alzó en sus manos y se ocultó en una iglesia, adonde también llegó la reina poco después «con los cabellos desgreñados, el cuerpo desnudo y cubierto de fango». Varios de sus servidores murieron en la refriega.

Urraca y Gelmírez lograron escapar de la ciudad y unirse a sus partidarios, encabezados por el conde Froilaz, quienes seguidamente se volvieron hacia Compostela para reprimir la revuelta. Es significativo del poder que la ciudad tenía entonces el que, pese a la gravedad de la ofensa sufrida por la reina, el episodio se saldara con tan sólo cien condenas de destierro y una multa colectiva. No fue el último conflicto; hasta el siglo XV, los clanes de Santiago y su comarca se alzaron en diversas ocasiones contra el poder de los arzobispos, alguno de los cuales murió violentamente.

Grande, espaciosa, clara

El autor de la *Historia Compostelana*, al relatar la revuelta de 1117 y los daños a la catedral y el palacio episcopal, comenta también: «¡Oh, cuánto era el llanto de los peregrinos que desde diversas regiones habían venido a venerar el cuerpo del apóstol!». La peregrinación, en efecto, no se interrumpió en ningún momento. Otro documento de la misma época, el Códice Calixtino, o *Liber Sancti Jacobi*, una suerte de «guía del peregrino» del siglo XII, refleja la impresión que causaba la catedral y

la ciudad a los que llegaban a ella. La sede románica resultaba impactante: «En esta iglesia, en fin, no se encuentra ninguna grieta ni defecto; está admirablemente construida, es grande, espaciosa, clara, de conveniente tamaño, proporcionada en anchura, longitud y altura, de admirable e inefable fábrica, y está edificada doblemente, como un palacio real». Pero sobre todo el autor del Códice destacaba la presencia de los peregrinos: «Florece por el brillo de los milagros de Santiago, pues en ella se concede la salud a los enfermos, se les devuelve la vista a los ciegos, se les suelta la lengua a los mudos, se les abre el oído a los sordos, se les da sana andadura a los cojos, se otorga la liberación a los endemoniados, y lo que es más grande, se atienden las preces de las gentes fieles, se abre al cielo a los que a él llaman, se da consuelo a los tristes y todos los pueblos extranjeros de todos los climas del mundo acuden allí a montones, llevando ofrendas en alabanzas del Señor».

Para saber más

ENSAYO
El mundo de las peregrinaciones
P. Caucci von Saucken (ed.). Lunwerg, Barcelona, 1999.

TEXTOS
Historia compostelana
Emma Falque (ed.). Akal, Madrid, 1994.

NOVELA
El peregrino
Jesús Torbado. Ediciones B, Barcelona, 2008.

INTERNET
http://cvc.cervantes.es/arte/ciudades_patrimonio/Santiago



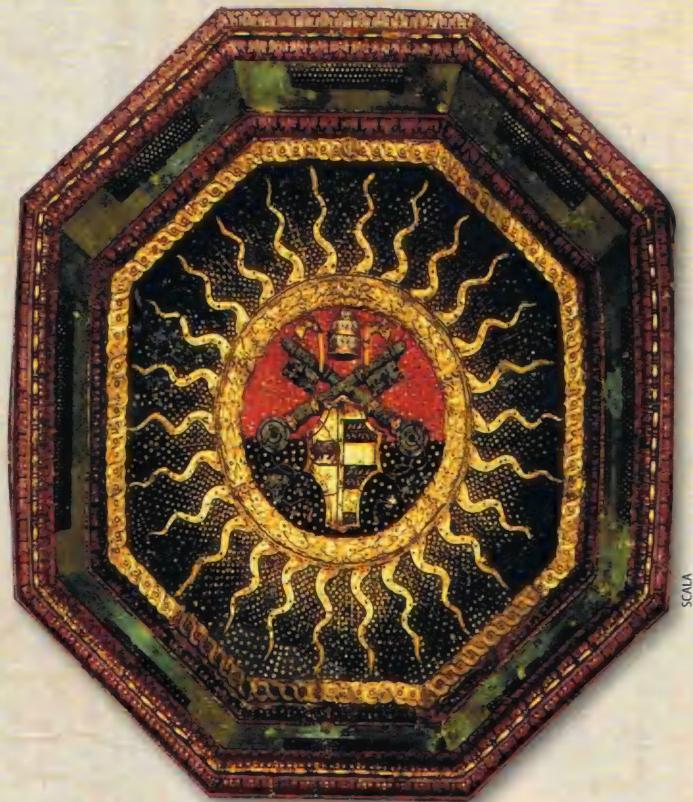
DE MÁRTIR A SOLDADO

UN APÓSTOL PARA LA RECONQUISTA

En 1571, Juan Fernández de Navarrete pinto el *Martirio de Santiago*, en una época en la que ya se ponía en duda la venida del apóstol a España. En el óleo, Santiago aparece como peregrino, según indican el sombrero y el bordón que se están junto a él. Y, aunque el tema central de la pintura es el martirio del apóstol, el artista lo ha vinculado sutilmente con la Reconquista y la monarquía.

Al fondo vemos a Santiago sobre un caballo blanco, tal y como intervino en favor de los cristianos durante la legendaria batalla de Clavijo; una leyenda que aparece escrita por primera vez en el *Privilegio de los votos*, redactado en el siglo XII por Pedro Marcio, canónigo compostelano. En el *Códice Calixtino*, del mismo siglo, el santo participa incluso en la toma de Coimbra, junto a Fernando I de Castilla.

El óleo entronca pasado y presente: Santiago, en su corcel blanco, socorre a los españoles que visten armaduras propias de la época del pintor, dirigidas por Felipe II (como un nuevo Santiago) en lucha contra el Imperio turco, al que en 1571 derrotó en Lepanto.



INTRIGA Y CRIMEN EN LA ROMA DEL RENACIMIENTO

LUCRECIA BORGIA

Bella, culta y refinada, Lucrecia fue ante todo un peón al servicio de las ambiciones de su padre, el papa Alejandro VI, y su temible hermano César, que la implicaron en la agitada política italiana

JOSEP PALAU I ORTA

DOCTOR EN HISTORIA

Una mujer del Renacimiento

Este supuesto retrato de Lucrecia Borgia, de Bartolommeo Veneto (siglo XVI), la muestra como una joven dulce y refinada, en contraste con la siniestra imagen dada por sus enemigos.

El poder de una dinastía

Los Borgia, pese a su condición de extranjeros (procedían de Valencia), lograron dominar la política italiana. A la izquierda, su escudo familiar en el Vaticano.



CRONOLOGÍA

Lucrecia, al servicio de los Borgia

1480

Nace Lucrecia Borgia en Subiaco, cerca de Roma. Es hija ilegítima del cardenal Rodrigo Borgia, futuro papa Alejandro VI, y de su concubina Vannozza Cattanei.

1493

La boda de Lucrecia con Giovanni Sforza, sobrino del duque de Milán Ludovico el Moro, asegura al papa Borgia un aliado en el norte de Italia.

1494

El rey francés Carlos VIII invade el norte de Italia y el duque de Milán se convierte en su aliado. El matrimonio de Lucrecia se anula alegando que no fue consumado.

1498

Tras pasar años recluida en el convento de San Sixto, Lucrecia Borgia se casa con el joven y apuesto Alfonso de Aragón, hijo ilegítimo del rey de Nápoles.

1500

Alfonso, atacado y herido de gravedad, es cuidado por Lucrecia, pero a los pocos días aparece estrangulado. Los rumores apuntan a César Borgia.

1501

Se concierta la boda de Lucrecia con Alfonso d'Este, heredero del ducado de Ferrara. La familia Este, opuesta en principio al enlace, es convencida por el papa.

1502-1518

Lucrecia se gana la estima de sus súbditos y de su familia política. Transforma la corte de Ferrara en una de las más cultivadas de Italia.

1519

Debido a las complicaciones del parto, Lucrecia muere en Ferrara tras dar a luz a su quinto hijo. Había sobrevivido a su padre y a su hermano César.



Castillo de Sant'Angelo

Los Borgia se refugiaron aquí en 1494, cuando el rey Carlos VIII de Francia entró en Roma. Más tarde, el papa anuló el matrimonio de su hija con Giovanni Sforza, aliado de Francia.

El 18 de abril de 1480, el cardenal Rodrigo Borgia convocó en su mansión de Roma a unos astrólogos para conocer el porvenir de una recién nacida. La niña se llamaba Lucrecia y su madre era Vannozza Cattanei, una bella romana casada por entonces con el caballero milanés Giorgio San Croce. El verdadero padre, sin embargo, era el propio cardenal Borgia, de quien Vannozza era la concubina preferida desde hacía años. Los astrólogos vaticinaron un futuro memorable para la pequeña, y lo cierto es que no se equivocaron; Lucrecia llegaría a ser tan célebre y tan controvertida como los demás miembros de la familia que dominó la capital de la Cristiandad a finales del siglo XV.

Aunque los primeros años de vida de Lucrecia transcurrieron en casa de su madre, en el bullicioso barrio romano del Ponte, el cardenal Borgia no tardó en disponer el traslado de la niña a su opulento palacio. Allí confió su educación a la joven viuda Adriana Orsini, su prima y confidente, que introdujo a Lucrecia en el conocimiento de las artes más cultas y refinadas. Con Orsini aprendió latín, griego, italiano, castellano y francés, así como música, canto y dibujo, pero también



OTTO WERNER/AGE FOTOSTOCK

a moverse en los ambientes cortesanos más refinados: «Ante todo estad segura de que tenéis algo que decir, luego expresadlo con sencillez y franqueza, evitad las palabras rebuscadas. Quiero que aprendáis a pensar y no a decir frases brillantes». Esta cuidada educación se completó con la instrucción religiosa recibida de las monjas del convento de San Sixto, uno de los pocos cuya integridad y buen nombre aún se mantenían intactos en la capital romana. En una carta fechada a comienzos de 1493, Andrea Boccaccio, embajador en Roma del duque de Ferrara, describe a Lucrecia como una joven exquisita y grácil, cuya educación a manos de la viuda Orsini ha estado «llena de cristiana piedad y devoción».

Desde luego, Lucrecia no era una joven como las demás. Y aún menos desde el 26 de agosto de 1492, cuando su padre fue elegido papa con el nombre de Alejandro VI. Desde ese momento, Lucrecia se convirtió rápidamente en objeto de deseo para las principales familias italianas, deseosas de emparentarse con la hija del propio titular del trono de San Pedro. El cardenal Ascanio Sforza describía así la situación: «Muchos son los que desean entroncarse con el papa por medio de

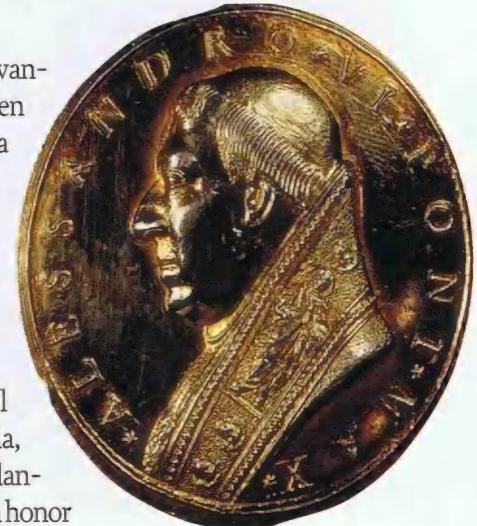
su hija y a muchos se les da esperanzas. ¡Hasta el mismísimo rey de Nápoles aspira a conseguir su mano!» Pero ninguna estaba tan bien situada como la familia del propio cardenal Sforza, que había tenido un papel decisivo en la elección de Alejandro VI. Su propuesta de unir a Lucrecia con Giovanni Sforza, pariente suyo y de su hermano el duque de Milán, Ludovico el Moro, fue aceptada por los Borgia, que consiguieron, así, un poderoso aliado en el norte y centro de Italia.

Casada con Milán

El 9 de junio de 1493, el joven Giovanni Sforza hacía su entrada triunfal en Roma por la puerta de Santa María del Popolo y tres días después se celebraba la boda. Todos los embajadores, condottieri y demás autoridades fueron invitados al acto con sus esposas (aunque algunos dijeron que el papa sólo permitió a las mujeres asistir al oficio). Al terminar la ceremonia, centenares de bombones fueron lanzados a los pies de las mujeres «en honor

El todopoderoso papa Borgia

Alejandro VI sentía debilidad por su hija Lucrecia, pero ello no le impidió utilizarla a su conveniencia. Abajo, moneda con efigie del pontífice. Museo Lázaro Galdiano, Madrid.



ORONZO / ALBUM



UNA NIÑA PRODIGIO

ELEGANTE Y GENTIL

Pocas imágenes se conservan que atesoren el distinguido porte de Lucrecia Borgia. En la Sala de los Santos de los apartamentos Borgia, en el palacio del Vaticano, el pintor Bernardino Betto Bardo, Pinturicchio, pintó a la princesa en un fresco dedicado a *La disputa de Santa Catalina*. La joven Borgia fue la modelo escogida para encarnar a esta

santa de Alejandría, que vivió a principios del siglo IV y se enfrentó a cincuenta filósofos paganos en una disputa. La figura aparece de pie, en medio de la escena. Sus cabellos largos y como de oro fino recorren su tez blanquecina y su barbilla menuda, y sus delicados labios acompañan la elegancia y gracia de su silueta. Todo su semblante es solemne y cortés. Santa Catalina defiende sus argumentos con sabiduría y elocuencia ante los doctores que

la rodean. ¿Quién mejor que Lucrecia como modelo para santa tan culta y elegante? De hecho, sabemos que en diciembre de 1497, cuando tenía 17 años, asistió en el Vaticano a la lectura de la sentencia de anulación de su matrimonio con Giovanni Sforza, y tras escucharla dio las gracias en latín «con tanta elegancia y gentileza que si hubiera sido Cicerón no habría podido hablar con más agudeza y más gracia», según un embajador.

y gloria de Dios Todopoderoso y de la Iglesia de Roma». En el ágape posterior, como de costumbre, el papa y los cardenales comieron y bailaron toda la noche, con una dama a cada lado. Ya de madrugada, el pontífice acompañó a la pareja al palacio de Santa María in Portico.

Sin embargo, la suerte del joven matrimonio se truncó rápidamente. A comienzos de 1494, las huestes del rey Carlos VIII de Francia irrumpieron en el norte de Italia, alterando el equilibrio político y amenazando los Estados Pontificios. Ludovico Sforza el Moro, duque de Milán, pactó una alianza con el monarca francés, y su sobrino Giovanni rechazó ayudar al ejército pontificio dirigido por Juan y César Borgia, hermanos de Lucrecia. Éstos amenazaron a Giovanni con arrebatarle la suculenta dote de su esposa. El matrimonio de Lucrecia con el Sforza se había convertido en un peligro para los intereses de los Borgia.

César fue el encargado de informar a Lucrecia de que su marido debía morir. Tal vez por escrúpulos, Lucrecia se lo hizo saber a Giovanni, quien no dudó ni un momento y huyó disfrazado de mendigo hacia Milán. Los Borgia iniciaron entonces un largo proceso para justificar la nulidad del

La corte de los Este en Ferrara

Lucrecia hizo de la corte ferraresa una de las más refinadas de Italia, superando a su suegro Hércules I, gran mecenas de las artes. En la imagen, el castillo de los Este, en Ferrara.



PHOTOBIBLI



SCALA

matrimonio. Se adujo que la relación había sido estéril e incluso Lucrecia declaró que no habían llegado a consumarla. En diciembre de 1494, dos miembros de la curia cardenalicia confirmaron que Lucrecia era virgen, pues Giovanni «era impotente por completo y de naturaleza frígida». Ludovico aconsejó a su sobrino que demostrara su virilidad, a lo que, sorprendentemente, éste se negó, e incluso llegó a firmar una declaración en la que reconocía su impotencia y confirmaba que no había consumado el matrimonio. Tal vez actuó así como agradecimiento a Lucrecia por haberle salvado de la muerte. Pero, en todo caso, meses después, en junio de 1495, una carta del embajador de Ferrara en Milán refería cómo Giovanni hacía alarde en público de haberse acostado en más de una ocasión con Lucrecia.

Nápoles, el siguiente objetivo

Lucrecia se retiró entonces al convento de San Sixto, en Roma. Durante su reclusión se enteró del asesinato de su hermano Juan, duque de Gandía, a manos de unos esbirros que lanzaron su cuerpo al río Tíber, y del ascenso meteórico de su otro hermano, César, que no tardó en conver-

tirse en el jefe militar de los Estados Pontificios. Así, cuando los intereses familiares acuciaron, un nuevo enlace matrimonial puso fin a la reclusión de Lucrecia en el convento. En esta ocasión, el elegido fue Alfonso de Aragón, hijo ilegítimo del rey de Nápoles, Alfonso II. Este enlace debía facilitar el de su hermano César con Carlota de Aragón, hija del monarca napolitano, adversario de Francia. El propio Alejandro se trasladó a Nápoles para certificar la alianza con este reino.

La boda no se celebró esta vez con grandes festejos, pero, a cambio, debió de satisfacer a los dos jóvenes. Lucrecia tenía veinte años y su consorte, un año menor, era uno de los varones más agraciados de su tiempo. Pero las cosas pronto se torcieron. El matrimonio de César con la primogénita de la casa napolitana se frustró, y él viró su política ciento ochenta grados para acercarse a la órbita del rey de Francia, Luis XII. En 1500 se casó con Carlota Albret, hija del duque de Albret y pariente del monarca francés. Los intereses de los Borgia se unían, pues, a los de Francia. Esto hizo que el esposo de Lucrecia se convirtiera de nuevo en un incordio para su hermano; un incordio del que había que deshacerse como fuera.

La sabiduría de Santa Catalina

En 1492, Pinturicchio representó en este fresco a Lucrecia como santa Catalina de Alejandría debatiendo con el emperador Maximiano. Estancias Borgia, Vaticano.

SUPUESTOS ESCÁNDALOS

Las malas lenguas hicieron circular por Italia gran número de rumores maliciosos



ALEJANDRO VI.
RETRATO DEL
PAPA CONSERVADO
EN EL PALACIO
PITI, FLORENCIA.



NA MUJER ENTRE CARDENALES

La presencia de Lucrecia en el Vaticano pronto provocó murmullos de escándalo entre el clero y los enemigos del papa Alejandro VI. Un cronista de la época se indignaba porque Lucrecia y sus damas ocuparan el coro de la basílica de San Pedro, lugar donde nunca se habían sentado mujeres. También se decía que, al partir el papa de viaje, dejaba a cargo de los asuntos oficiales a su hija, que despachaba sonriente y despreocupada con los cardenales. Otros hablaban de fiestas de carnaval, banquetes e incluso orgías a las que asistía una complaciente Lucrecia.



EVORADORA DE HOMBRES

El historial matrimonial de Lucrecia parece a primera vista poco normal. Sus dos pretendientes valencianos, cuando apenas era púber, fueron despedidos sin contemplaciones en cuanto se presentó un mejor partido, Giovanni Sforza; poco después éste fue repudiado de forma humillante, y el siguiente en la lista, Alfonso de Aragón, fue asesinado. Hoy se sabe que Lucrecia fue en todo ello un juguete en manos de su padre y su hermano, aunque los biógrafos le han reprochado la rapidez con que perdonó a César Borgia la muerte de Alfonso de Aragón.



LUCRECIA BORGIA
SE lava las manos
tras envenenar a
su segundo marido
Óleo por Dante
GABRIEL ROSETTI

DOV'È LUCREZIA È MORTA

LA LEYENDA NEGRA

Los Borgia no eran precisamente unos santos, pero mucho de lo que se dijo en su época fueron exageraciones o invenciones por parte de sus enemigos. En cuanto a Lucrecia, quedó envuelta en la mala fama general de la familia, pero lo cierto es que no se le hicieron ataques personales específicos; al contrario, su comportamiento como duquesa de

Ferrara resultó irreprochable. La leyenda negra de Lucrecia surgió más tarde, en el siglo XIX; fue entonces cuando se la presentó como una mujer vengativa, experta en el uso de venenos contra sus maridos y sus rivales. El principal responsable de esta leyenda fue Victor Hugo, quien en su obra teatral *Lucrezia Borgia* imaginaba diálogos de este tipo entre Lucrecia y un servidor: «¿Qué se ha hecho de Galeas Accioli? - Sigue en prisión, esperando que vues-

tra alteza ordene ahorcarlo. - ¿Y Guifry Buendelmonte? - En prisión. Todavía no habéis ordenado estrangularlo. - ¿Y Spadacappa? - Según vuestras órdenes, no hay que darle el veneno hasta el día de Pascua, en la hostia». La ópera de Donizetti haría triunfar esta imagen: «Dov'è Lucrezia, è morte», dice («Donde está Lucrecia, hay muerte»). Imagen que también pasó a la pintura, como es el caso del prerrafaelita inglés Dante Gabriel Rossetti.

En vísperas del jubileo del año 1500, un astrólogo había vaticinado al papa que estuviera preavisoado, pues el año jubilar podía presentarse acompañado de alguna desgracia. Curiosamente, el 29 de junio del mismo año, mientras Alejandro VI estaba reunido en la sala de audiencias, un viento huracanado derribó una chimenea sobre el tejado de la estancia. Tres personas murieron y el papa, que estaba sentado en su trono pontificio, resultó herido. Dos semanas después, el 15 de julio, y mientras Lucrecia atendía a su padre de las heridas, Alfonso de Aragón y su séquito fueron asaltados cuchillo en mano por una multitud de esbirros en las mismas escalinatas del Vaticano. Gravemente herido, Alfonso fue conducido a las estancias papales.

El hermano mata al marido

Con su padre aún convaleciente y sabedora de los enemigos que acechaban a su marido, Lucrecia decidió cuidar ella misma del herido. Se encargaba de prepararle las comidas personalmente y ordenó llamar a médicos napolitanos de confianza. Aunque aún no estaba recuperado, el propio Alejandro ordenó que una docena de hombres

DE LA HIJA DEL PAPA

en torno a Lucrecia Borgia, la mayoría imposibles de verificar

L PRESUNTO INCESTO

LLa peor ofensa dirigida a Lucrecia Borgia fue la de haber cometido incesto con su hermano César, incluso con su padre. No hay duda de que se trata de un infundio sin base real, y su creador fue probablemente el primer marido de Lucrecia, Giovanni Sforza, quien arguyó que Alejandro VI había anulado su matrimonio con Lucrecia «para tener libertad de gozar él mismo de su propia hija». Los enemigos de los Borgia retomaron la acusación añadiéndole detalles cada vez más escabrosos, que han contribuido a crear la leyenda negra de Lucrecia y su familia.

L HIJO SECRETO

LEn 1498 se difundió por las cortes italianas el rumor de que la hija del papa, recién «divorciada» de Giovanni Sforza, había dado a luz un niño ilegítimo. Esta vez el rumor era cierto. El padre era un valenciano empleado del papa, Pedro Caldes, apodado Perotto, que unos días antes del parto apareció muerto a orillas del Tíber. Tres años después el papa, en una bula, se declaró padre del niño. Se ha visto en ello una prueba del famoso incesto, pero en realidad era un intento de proteger la reputación de la hija, a punto de casarse con el duque de Ferrara.

CÉSAR BORGIA
EN UN RETRATO
DEL PALACIO PITTI,
EN FLORENCIA.

hicieran guardia en la estancia de Alfonso. Los rumores empezaron a correr por las calles de Roma. El embajador florentino escribió que la emboscada había sido muy bien planeada y que sin duda había sido ordenada desde altas instancias, pues «en ese palacio hay tanto odio, viejo y nuevo, tanta envidia y celos políticos y de otra clase, que han de producirse necesariamente escándalos».

De hecho, según contaban los panfletos napolitanos que corrieron más tarde, César visitó al convaleciente Alfonso y le susurró al oído: «Lo que no ocurre durante el almuerzo puede aún producirse en la cena». Un mes después, el 18 de agosto, Alfonso moría estrangulado en su cama. Los médicos napolitanos y un jorobado de la corte fueron inculpados. La relación de los Borgia con la casa de Nápoles llegaba a su fin, al tiempo que empezaban los preparativos de la ocupación francesa de la Península con ayuda de los Borgia.

Desolada, Lucrecia decidió retirarse entonces a Nepi «con la esperanza de encontrar algún consuelo o distracción para su pena». Allí llevó un luto riguroso. Su pequeño desquite personal fue firmar las cartas a sus estimados padre y hermano bajo la rúbrica de *La Infelicissima*. Pero uno y

otro no tardaron en ponerse manos a la obra para conseguir a la joven viuda de veinte años un nuevo marido que, por su peso político, satisfaciera los intereses estratégicos de la familia.

Camino de Ferrara

Padre e hijo encontraron en Alfonso d'Este al candidato perfecto. Viudo, de 24 años y sin descendencia, el heredero del duque de Ferrara ofrecía una alianza muy atractiva para los Borgia por sus posesiones en el centro de Italia y por los lazos que mantenía con Francia, todo lo cual aportaba una garantía para los dominios papales en la Romaña frente a las acometidas napolitanas y venecianas. El contrato matrimonial se firmó en Roma, el 26 de mayo de 1501, y después del verano se firmaron las actas matrimoniales en Ferrara.

Al llegar la noticia de la rúbrica, los cañones del castillo de Sant'Angelo y las campanas de toda Roma retronaron de alegría hasta la caída del sol. El 5 de septiembre, Lucrecia se dirigió a la basílica de Santa María del Popolo para dar gracias a la Virgen. Fue acompañada por una escolta de medio millar de caballeros, embajadores, obispos, gentileshombres e incluso bufones de la

El banquete de los dioses

Este cuadro de Giovanni Bellini, de 1514, era una de las obras que Alfonso d'Este, tan amante de las artes como su esposa Lucrecia, atesoraba en su gabinete privado.



AMADA Y ADMIRADA

LUCRECIA EN FERRARA

Muchos cronistas y cortesanos describieron la llegada de Lucrecia a Ferrara en 1503, como esposa del heredero ducal Alfonso d'Este, con palabras de admiración a su gracia y belleza. La marquesa de Crotona dijo que «si la novia hubiera hecho su entrada a la luz de las antorchas, las hubiera eclipsado a todas». El cronista Zambotto quedó

admirado por «los adorables ojos de la joven, llenos de vida y alegría», y elogió su carácter «-tiene mucho tacto, es prudente, muy inteligente, viva y muy amable»-, mientras que Cagnolo de Parma escribió que «todo su ser irradiaba un buen humor y una alegría indescriptibles».

Lucrecia vivió en Ferrara una vida placentera, rodeada de poetas, artistas y cortesanos. Con uno de ellos, Pietro Bembo, entabló una relación de intimidad, un amor pla-

tónico del que se conservan poesías y cartas; en una el poeta veneciano le decía: «Os recuerdo que no pienso, miro ni honro ninguna otra cosa sino vos, y si, muerto, pudiera volar en torno a vos con el espíritu, no querría vivir más». Alfonso d'Este hubo de ordenar a Bembo que se marchara. Por lo demás, la relación entre los dos esposos fue plácida, y Alfonso lloró sinceramente la desaparición de su «dulce compañera» en 1519.

corte. Allí hizo donación de un precioso vestido. Acto seguido, como era tradición, uno de sus bufones se puso el vestido y empezó a recorrer las calles de Roma al grito de: «¡Larga vida a la duquesa de Ferrara! ¡Viva el papa Alejandro!»

La delegación de Ferrara no tardó en llegar a Roma, y enseguida enviaron al duque y a su hijo informes tranquilizadores sobre la princesa romana. Uno de los embajadores, llamado *Il Prete*, describe a Lucrecia con las siguientes palabras: «Esta señora va peinada con toda simplicidad, sin rizos; lleva cubierto el seno, como todas sus damas. Se perfecciona cada día, y es muy inteligente y muy fina», por lo que «que no hay derecho ni razón para sospechar de su parte ningún mal designio». Otro de los embajadores dice en una carta al duque Hércules d'Este, padre de Alfonso, que a sus ojos Lucrecia «parecía ya una excelente ferraraesa» y que «cuanto más la vemos y estudiamos su vida de cerca, más elevada opinión tenemos de su bondad, su castidad y su discreción».

El 6 de enero de 1502, Lucrecia partía de Roma en dirección a Ferrara. El papa Borgia, su padre, le decía estas palabras al despedirse: «Harás más por mí estando lejos, que lo que hubieras podido hacer



SCALA

hallándose en Roma». En una carta a su padre, escrita dos meses después de su marcha, Lucrecia le decía: «Yo considero a su señoría como el más querido bien que tengo en este mundo». Pero lejos de la influencia del papa Alejandro VI y de su poderoso hermano César, Lucrecia pudo desplegar todas sus virtudes. En Ferrara, Lucrecia reunió a poetas y humanistas de la talla de Ludovico Ariosto, Pietro Bembo o los hermanos Strozzi. Una corte que supo mantener pese a la desgracia y el infortunio que fustigó al resto de los Borgia.

La caída de los Borgia

El papa Alejandro VI fallecía el 18 de agosto de 1503 a los 73 años, tras unas terribles fiebres contraídas en la residencia campestre del cardenal Adriano da Corneto. Según algunos, murió a causa de un veneno que se le administró por error, aunque es más probable que fuera por una malaria. Comoquiera que fuese, con su fallecimiento la estrella de su hijo César se apagó rápidamente. Perseguido por sus enemigos, su huida terminó en Navarra, tierra natal de su esposa; allí, en 1507, pereció durante el sitio de Viana, en el que participaba por cuenta de su cuñado, el rey navarro.

La fatal desgracia del resto de su familia no afectó la posición de Lucrecia en Ferrara. Además de formar una de las cortes más cultivadas del Renacimiento, Lucrecia se ganó la estima de sus súbditos. En 1516, en su famoso *Orlando Furioso*, el poeta Ludovico Ariosto afirmaba que Lucrecia debería figurar en el templo de honor de las mujeres por su «bellezza ed onestà». Pero a su muerte, el 14 de junio de 1519, tras un complicado parto, la imagen que se tenía de Lucrecia en los territorios italianos y europeos no era la proyectada por Ariosto y el resto de la corte de Ferrara. Los numerosos enemigos de los Borgia se habían encargado ya de convertir a Lucrecia en la personificación de la lujuria y la perversión, imagen que fatalmente ha persistido hasta nuestros días. ■

La catedral de Ferrara

Iniciada en el siglo XII y terminada en el siglo XVIII, fue el escenario de la misa solemne en honor de Lucrecia Borgia y Alfonso d'Este celebrada con motivo de sus espousales, en 1502.

Para saber más

ENSAYO

Lucrecia Borgia

Sarah Bradford. Planeta, Barcelona, 2005.

Lucrecia Borgia: ángel o demonio

Geneviève Chastenet. Vergara, Barcelona, 2004.

NOVELA

Lucrecia Borgia, la hija del papa

Geneviève Chauvel. Edhasa, Barcelona, 2002.

INTERNET

<http://cvc.cervantes.es/actcult/borgia>

Vasa, el gran navío real sueco: un Titanic del siglo XVII

En 1628, el mayor buque de la armada sueca no llegó a salir del puerto de Estocolmo: se hundió y no fue rescatado hasta 1961

El 10 de agosto de 1628, el comandante Söfring Hansson mandaba izar las velas del *Vasa*, el nuevo navío de guerra del rey Gustavo II Adolfo de Suecia. Era un despejado domingo de verano, sobre las tres o cuatro de la tarde, y en el puerto de Estocolmo soplabía una suave brisa del sur. El estruendo de los cañones resonaba en los oídos de quienes habían ido a despedir la nave. Algunos familiares de los marineros habían subido a bordo para acompañar al navío en su primer periplo por la zona.

Pero el primer viaje del *Vasa* no se prolongó más de 1.500 metros: una fuerte ráfaga de viento escoró la nave, el agua empezó a entrar por las troneras de los cañones de la batería baja y el barco se hundió en las frías aguas del puerto de Estocolmo. De las 150 personas que iban a bordo se calcula que perecieron cerca de treinta, incluyendo mujeres y niños. Fue una auténtica catástrofe nacional:



el flamante navío de guerra había sido diseñado para fortalecer la presencia sueca en el Báltico y como instrumento de propaganda, y entre los asistentes a la botadura había diplomáticos extranjeros. Inmediatamente, la marina sueca ordenó una investigación para determinar las causas del hundimiento. Pero la vista duró apenas un día y no se condenó a nadie.

Intentos de rescate

Los intentos de salvamento comenzaron de inmediato, con el ingeniero inglés Ian Bulmer al mando. El mástil principal sobresalía en ángulo y Bulmer logró enderezar el

casco. Pero sus esfuerzos por reflotar el navío fueron vanos y sólo lograron que la nave se hundiese más en el lodo.

En 1663, el sueco Hans Albrekt von Treileben propuso rescatar los cañones de bronce de 24 libras del *Vasa*. Una vez obtenido el permiso, se asoció con el alemán Andreas Peckell para realizar el salvamento mediante una campaña de buceo. Esta técnica, ya mencionada por Aristóteles, consistía en sumergir una campana en el agua de manera que los buzos pudieran respirar mientras realizaban las labores de salvamento. Se pudieron rescatar más de cincuenta de los 64 cañones del *Vasa*, aunque para acceder a ellos se tuvo que destruir parte de la cubierta superior. En el siglo XIX se sucedieron varias visitas de buceadores al pecio, y en 1920 se propuso un plan para rescatar el barco. Sin embargo, el proyecto no vería la luz hasta la llegada de Anders Franzén en la década de 1950.



Gtres

Franzén era un técnico marino que, aunque no terminó sus estudios de ingeniería naval, desarrolló gran interés por la historia náutica. Al estudiar naufragios históricos se dio cuenta de que las condiciones salinas de las aguas



CORONA UTILIZADA POR LOS REYES DE SUECIA EN EL SIGLO XVII.

1628

El *Vasa*, buque insignia de la marina sueca, se hunde en las aguas de la bahía de Estocolmo el 10 de agosto, el mismo día de su botadura.

1663

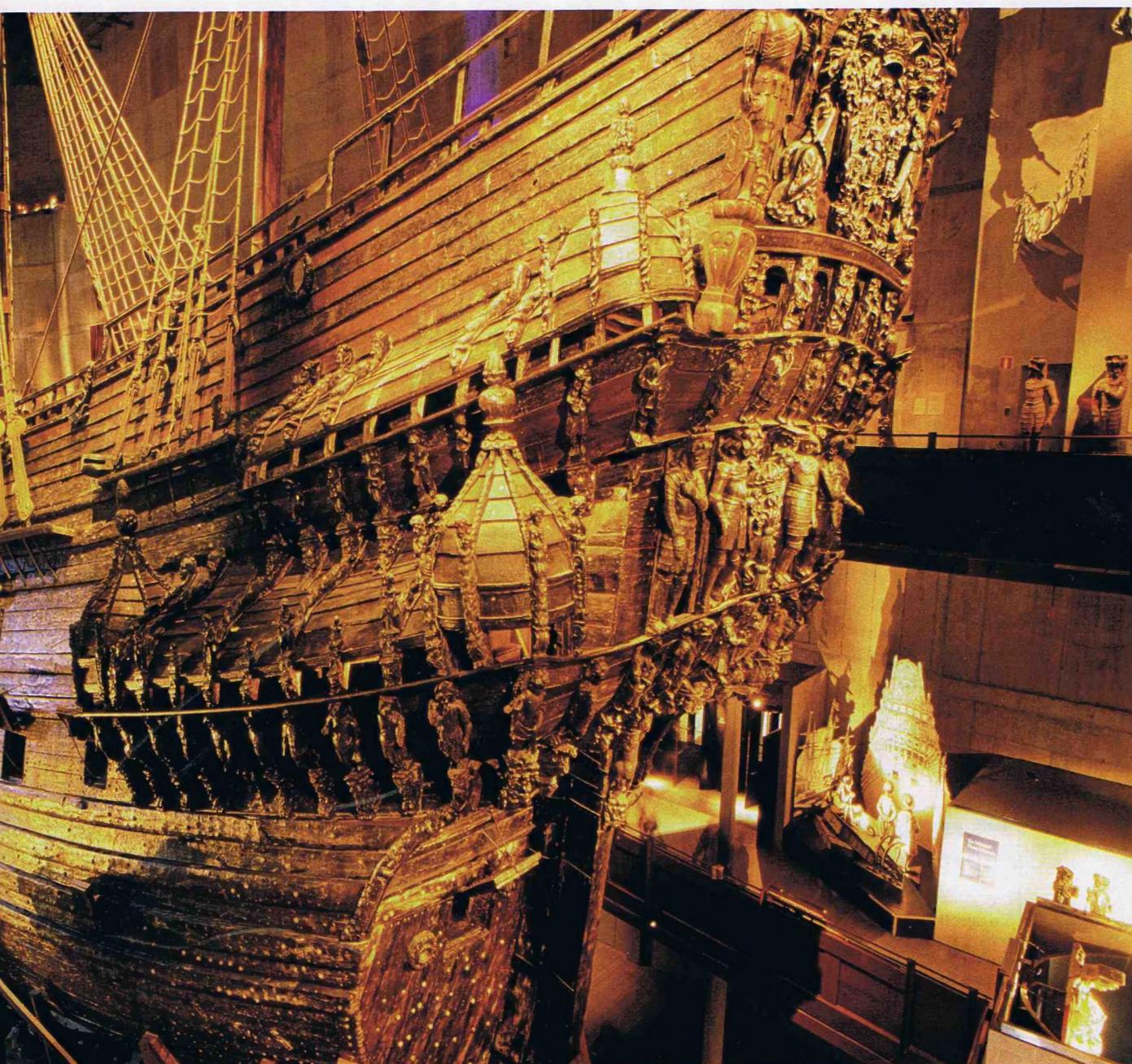
Von Treileben, sueco, y el alemán Peckell consiguieron recuperar 53 de los 64 cañones del *Vasa* utilizando campanas de buceo.

1961

El 24 de abril el navío es izado desde el lugar donde el equipo de Anders Franzén lo había localizado en el año 1956.

1990

Se inaugura cerca de Estocolmo el Museo Vasa, con el propósito de conservar los restos del *Vasa* y los objetos rescatados junto a él.

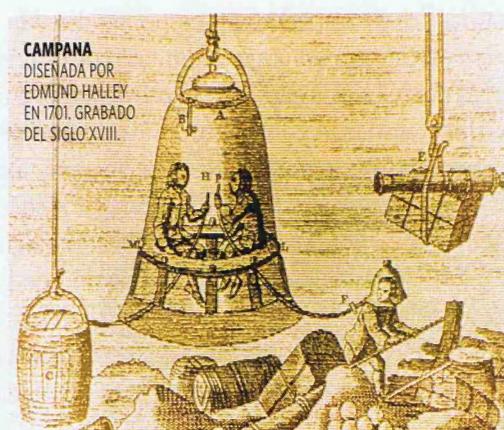


del Báltico protegían la madera de los barcos de la broma o *Teredo navalis*, un molusco que se alimenta sobre todo de madera, así que dedujó que el *Vasa* y sus «tesoros» debían de estar intactos. Comenzó entonces la ardua tarea de localizar el pecio. La búsqueda en archivos y las prospecciones en el puerto tardaron tres años en dar frutos.

El *Vasa* sale a flote

En agosto de 1956, Franzén y su equipo (formado por Per Edvin Fälting y otros buzos de la marina sueca) recogieron unos fragmentos de madera de roble negro que les hicieron presentir que habían localizado el navío. Llevaron

la propuesta de prospección a la marina y en poco tiempo se aprobó el plan de rescate. Se decidió que la excelente conservación del barco justificaba su reflotación; para ello se hicieron seis túneles bajo el casco que permitirían pasar unos cables con los que se alzaría el barco usando dos pontones de gran tamaño. La idea era izar el barco lo suficiente como para permitir su reparación bajo el agua y que pudiera entrar en dique seco sin la ayuda de los pontones, que no podrían remolcarlo hasta su interior. La tarea no fue nada sencilla, pero el esfuerzo se vio recompensado. El 24 de abril de 1961, a las nueve de la mañana, mientras



LAS CAMPANAS DE BUCEO

EN EL SIGLO XVII se diseñaron campanas de metal y madera para rescatar pecios del fondo del mar. Los buzos se sumergían junto a la campana llena de aire, hacían las tareas de rescate a pulmón y volvían a la campana a respirar. Así se hizo con el *Vasa* en 1663.

DEMASIADOS CAÑONES

Gustavo II Adolfo de Suecia decidió crear, en la década de 1620, una flota de guerra para secundar su política de expansión en Europa. El *Vasa* era el más grande de los nuevos cinco navíos reales y el mayor motivo de orgullo para el rey; quizás por ello ignoró los avisos de los expertos sobre sus problemas de estabilidad, que causaron su hundimiento.

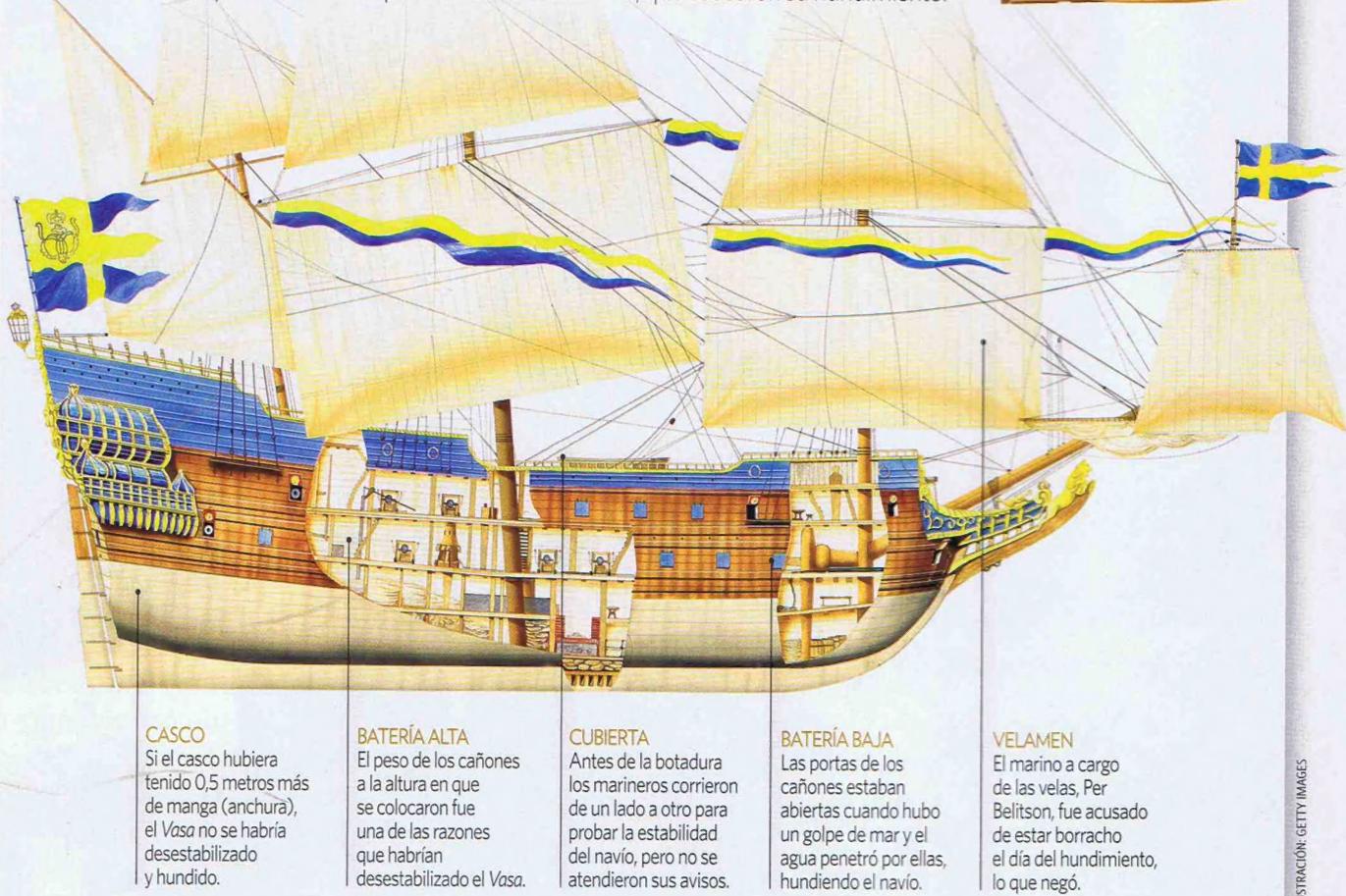


FOTO: ILUSTRACIÓN: GETTY IMAGES

todo el país contenía la respiración, las primeras maderas del *Vasa* volvieron a ver la luz tras más de tres siglos sumidas en la oscuridad. A continuación, se puso en marcha un ambicioso proyecto de conservación, de enorme complejidad técnica, que permitió por primera vez salvaguardar el casco completo de un barco y preservar unos 25.000 objetos.

El aire, una amenaza

El mayor desafío del proceso fue el casco. La madera empapada mantiene su forma gracias a que su estructura celular está rellena de agua. Si ésta se evapora, la madera comienza a encogerse y agri-

tarse, hasta que se destruye a los pocos días de estar en contacto con el aire. Por ello, el *Vasa* debía ser tratado con un método que permitiese extraer el agua y evitar la destrucción de la madera.

El método elegido fue la pulverización de la madera con polietilén glicol (PEG), una cera sintética capaz de mezclarse con agua. El PEG tiene la capacidad de penetrar en la madera, sustituir el agua contenida en ésta, desecándola progresivamente y evitando su destrucción. Aunque la técnica era conocida, jamás se había intentado conservar un volumen tan grande de madera anegada. Hasta 580 toneladas de agua

debían ser extraídas del casco, que entre 1962 y 1979 se pulverizó con una solución de PEG y agua.

Pero la conservación del *Vasa* no acabó en 1979. En el año 2000 se descubrió que la madera rezumaba sales de azufre, que había penetrado en la madera durante los trescientos años en los que el navío permaneció bajo el agua. El azufre, mezclado con el óxido de hierro resultado de la oxidación de los más de 5.000 pernos originales del casco, producía ácido sulfúrico. En 2003 se calculó que en el casco se habían formado dos toneladas de ácido sulfúrico, lo que ponía en serio peligro su preservación. Ex-

pertos de todo el mundo buscaron soluciones para controlar la amenaza, y hoy en día se puede decir que el problema está bajo control, aunque no del todo solucionado. Todos estos esfuerzos pretenden garantizar la preservación del pecio para poder seguir viendo un auténtico barco del siglo XVII —el único del mundo— en el Museo Vasa de Estocolmo. ■

VERÓNICA WALKER / CARLOS CABRERA
ARQUEÓLOGA / RESTAURADOR

Para
saber
más

LIBROS
Vasa I. The Archaeology of a Swedish Royal ship
Statens Marítima Museer, Estocolmo, 2006.

INTERNET
www.vasamuseet.se/sv/Sprak/Espanol/

Próximo número

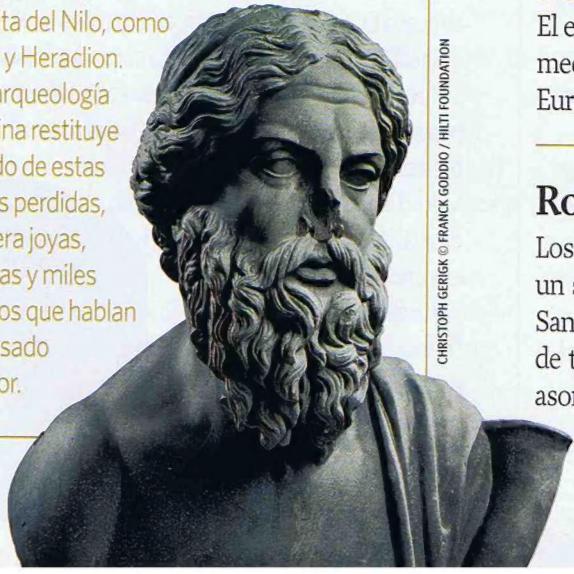


EL ESPLendor DE TIKAL: EL APOGEO DEL MUNDO MAYA

SUS ALTAS PIRÁMIDES aún desafían a la voraz vegetación de la selva, alzándose soberbias por encima del océano verde que un día sus reyes dominaron. La conocemos como Tikal, pero éste es un nombre moderno: los mayas la llamaron Mutul, y con este nombre alcanzó la gloria en el siglo VII d.C., cuando bajo su soberano Jasaw Chan Kawil se convirtió en la más importante metrópoli maya; sus monumentos son el testimonio más elocuente de su poder.

ALEJANDRÍA, LA CIUDAD SUMERGIDA

MAREMOTOS, TEMBLORES DE TIERRA y el propio peso de sus monumentos terminaron por hundir bajo las aguas el Gran Puerto y la residencia real de Alejandría en el siglo VIII d.C. La capital fundada por Alejandro Magno compartió este singular destino con otras ciudades que, en época faraónica, florecieron en el delta del Nilo, como Canope y Heraclion. Hoy, la arqueología submarina restituye el trazado de estas ciudades perdidas, y recupera joyas, esculturas y miles de objetos que hablan de su pasado esplendor.



CHRISTOPH GERIGK © FRANCK GODDIO / HILTI FOUNDATION

Juliano el Apóstata

Flavio Claudio Juliano fue el último emperador pagano de Roma. Intentó evitar que los cristianos dominaran el Estado, y éstos lo llamaron «apóstata» e «impío». Sobrevivió a las intrigas que rodearon su infancia y quiso restaurar el culto a los antiguos dioses, pero cayó luchando contra los persas.

La ruta a Oriente de Cristóbal Colón

Colón había llegado a un continente desconocido, pero él creía estar cerca del oro y las especias del Lejano Oriente. El estudio de los geógrafos antiguos y de la cosmografía medieval le había convencido de que la distancia entre Europa y Asia era menor de lo que entonces se suponía.

Roma, la capital de la Contrarreforma

Los papas de los siglos XVI y XVII convirtieron Roma en un soberbio escenario –con centro en la colossal basílica de San Pedro– donde la Iglesia se prodigaba en celebraciones de todo tipo, entre edificios suntuosos y vastas plazas que asombraban a los visitantes de la ciudad.